

# Nuestra Bandera

revista  
teórica y política  
del Partido Comunista de España  
ENERO 1979 - N.º 97  
150 PTAS.

Roberto Lertxundi:

*Las perspectivas inmediatas de Euzkadi*

*Eurocomunismo:*

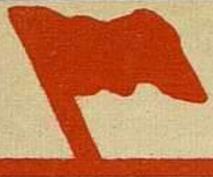
*guerra de posiciones y alternativa de sociedades*

*Entrevista a Roberto Bodegas*

*La cultura en los barrios*







# Nuestra Bandera

N.º 97

## Sumario

**Nuestra Bandera**  
EDITORIAL ..... 3

**Joaquín Sempere**  
EUROCOMUNISMO, GUERRA DE POSICIONES Y ALTERNATIVA DE SOCIEDAD ..... 7

**Alberto Infante**  
SOBRE LA TEORIA POLITICA DEL EUROCOMUNISMO. 12

**Documentación**  
PROYECTO DE TESIS PARA EL XV CONGRESO NACIONAL DEL P.C.I. .... 16

**Roberto Lertxundi**  
LAS PERSPECTIVAS INMEDIATAS DE EUSKADI ... 24

**A. Montoya**  
APUNTES EN TORNO AL DEBATE SOBRE PROBLEMAS DE ORGANIZACION ... 29

CONFERENCIA DEL P.C.E. SOBRE LA MUJER ... 33

**Josep Palau**  
LOS COMUNISTAS Y LA JUVENTUD ... 39

**Internacional**  
INFORME DE CARLA BARBARELLA SOBRE «ASPECTOS E IMPLICACIONES DE LA AMPLIACION DEL AREA COMUNITARIA A LA CUENCA MEDITERRANEA» ... 47

**Miguel Bilbatúa**  
ENTRE EL CACIQUISMO Y LA COLONIZACION: CAMINOS PARA EL CINE EN ESPAÑA ... 55

**Juan Aymerich**  
EL PATRIMONIO HISTORICO-ARTISTICO Y LA ARQUEOLOGIA ... 60

**Jordi Teixidor**  
LA CULTURA EN LOS BARRIOS ... 63

**Libros** ... 65

### Consejo editorial

- Manuel Balletero
- Jaime Ballesteros
- Emerit Bono
- Dolors Calvet
- Manuel Castells
- C. Castilla del Pino
- Enrique Curiel
- Antoni Domènech
- Manu Escudero
- Ernesto García
- J. Izcaray
- Ricardo Lovelace
- Máximo Loizu
- José Luis Malo de Molina
- Carlos Paris
- J. Pérez Royo
- A. Sánchez Vázquez
- José Sandoval
- Nicolás Sartorius
- J. Sempere
- Ramón Tamames
- Eugenio Triana
- Juan Trías

### Consejo de Redacción

- C. Alonso Zaldívar
- Manuel Azcárate (director)
- Miguel Bilbatúa
- Pilar Bravo
- Julio Segura
- M.ª Antonia Calvo (secretaria de Redacción)
- Alberto Corazón (diseño)
- Alberto Leonard (administración)
- Marta R. de Quijano (gerencia)
- M.ª Eugenia Varela (suscripciones)
- A. Imbert (confección)

Madrid, 1979  
 Número suelto, 150 ptas.  
 Suscripción a ocho números:  
 España, 1.000 ptas.  
 Europa, 1.350 ptas.  
 América, 1.600 ptas.  
 Resto del mundo, 1.900 ptas.

Redacción y administración:  
 Peligros, 10. Madrid-14

Depósito legal: M. 20.166-1977  
 Impreso en INTERGRAF, S. A.  
 Barómetro, 8  
 TORREJON DE ARDOZ (Madrid)





## Editorial

### *Nueva Etapa*

Con la promulgación de la Constitución, España ha entrado en una nueva etapa de su historia. Por el camino original que ha seguido el proceso desde la dictadura a la democracia en nuestro país, camino en el que se han entremezclado las zonas crecientes de democracia con la pervivencia de estructuras heredadas del pasado, la puesta en vigor de una Constitución basada en el principio de la soberanía popular cobra una importancia particular; se convierte en factor esencial de la ruptura con el franquismo; de la aparición en el país de una nueva correlación de fuerzas.

Por otro lado, la disolución de las Cortes y la convocatoria de nuevas elecciones parlamentarias para el próximo primero de marzo, abren, en un sentido diferente al anterior, una nueva etapa en nuestra vida política. Conviene insistir en que el significado de este segundo hecho es muy diferente al de la entrada en vigor de la Constitución, porque se apunta ya una maniobra electoral basada en identificar la vigencia de la nueva Constitución con la necesidad de las nuevas elecciones; algo así como si el Presidente Suárez, al disolver las Cortes, hubiese cumplido casi un mandato que dimanaba del contenido de la Constitución. Esto es, en nuestra opinión, completamente falso.

### *1. ¿Por qué la disolución?*

El significado de la disolución de las Cortes se puede definir por una doble negación: negación a dar prioridad a las elecciones municipales, lo cual era una exigencia de la democratización efectiva del país, y una condición para lograr el máximo de autenticidad en las próximas elecciones parlamentarias. Y negación, en un sentido más amplio, a emprender ante los problemas constitucionales, políticos, de las autonomías, de la situación económica, una política progresista tendente a lograr el acuerdo, la coincidencia, del conjunto de las fuerzas obreras y democráticas del país.

No es verdad que Suárez tuviese exclusivamente dos opciones: la disolución; o una dimisión para presentarse con su Gobierno monocolor a recabar la investidura del Congreso. De hecho, la posibilidad de seguir gobernando el país con el mismo Gobierno que lo venía haciendo en el último período, había prácticamente desaparecido desde hacía varias semanas.

El Gobierno monocolor de UCD ha podido ser una fórmula viable durante un período en que se daban los siguientes factores: una debilidad muy grande de la

derecha; una actitud vacilante del PSOE, que le hacía unas veces acercarse a una política de concentración (Constitución, Pacto de la Moncloa), y dedicarse en otros períodos a crear su propia «alternativa», con lo cual debilitaba la capacidad de las fuerzas populares de ejercer una influencia sobre el Gobierno del país. En esas condiciones, Suárez ha podido realizar cosas evidentemente positivas, en el plano de la Constitución, en la conclusión del Pacto de la Moncloa hace más de un año; pero ha demostrado una creciente incapacidad, para abordar cuestiones de primera magnitud, en el plano económico y social, en primer lugar, el paro; en el de las autonomías; en el del aislamiento del terrorismo y el problema vasco; en el de la inaplazable democratización de algunas estructuras, y muy primordialmente la televisión, etc.

Con la operación Galaxia (no tanto el hecho en sí, sino el fenómeno más general y profundo que reveló) se debilitó el semiequilibrio del gobierno Suárez. Y se convirtió en necesidad imprescindible, urgente, un gobierno democrático fuerte, capaz de dar al país un proyecto concreto que iniciase al menos la solución de los problemas más angustiosos. En realidad, las dos opciones que tenía ante sí Suárez, sobre todo después de la operación Galaxia, eran: una iniciativa encaminada a crear un gobierno democrático fuerte, que podía ser un gobierno UCD-PSOE con el apoyo del Partido Comunista, de catalanes y vascos; o una disolución de las Cortes en un intento de lograr una correlación parlamentaria que permitiese eludir esta necesidad profunda que tiene la democracia española de un gobierno fuerte, de una política de concentración democrática.

El Partido Comunista declaró su disposición a apoyar un gobierno UCD-PSOE en esa coyuntura; y adelantó los temas necesarios para un acuerdo: aplicación y desarrollo de las leyes orgánicas de la Constitución; medidas en el plano económico y social tendentes prioritariamente a iniciar la solución del problema del paro; acuerdo para poner en aplicación las autonomías en un clima de amplio entendimiento; medidas de aislamiento del terrorismo y de establecimiento de un clima de paz y reconciliación en el país, etcétera. Y hay que decir que el PSOE, modificando posiciones anteriores, hizo saber que estaba dispuesto a esa eventualidad de su ingreso en el Gobierno.

Hace falta recordar estos hechos para que aparezca con nitidez que la decisión de Suárez de disolver las Cortes no responde a un deseo de aplicar más eficazmente la Constitución. Sino, por el contrario, a consi-

deraciones estrechamente partidistas, electoreras; a la supeditación de los intereses del país, de los intereses reales de la democracia, a un cálculo politiquero que considera más probable la obtención por la UCD de un «score» electoral favorable en esta coyuntura rápida, que no entrando en el camino de una política de concentración democrática, que, sobre todo si empezase a abordar los problemas reales, podría implicar un fortalecimiento de las fuerzas de izquierda.

## 2. Fracaso del Pacto Social

La gravedad de la crisis económica, la llegada de las cifras de desempleo a niveles verdaderamente insostenibles, son rasgos que polarizan la situación política. Ninguna fuerza responsable puede eludir la respuesta a esas cuestiones. En julio de 1978, el Comité Central del Partido Comunista de España aprobó un plan concreto de medidas económicas, centrado en poner en marcha un nuevo modelo de desarrollo económico; una política de inversiones con el objetivo prioritario de luchar contra el paro, y por lo tanto, priorizando las inversiones en la industria de transformación, la agricultura, etcétera, por ser las ramas donde, a igual inversión, se fomenta una creación más amplia de nuevos puestos de trabajo. Paralelamente, propuestas sobre el incremento de la presión fiscal, la potenciación del sector público, superando su consideración como sector «subordinado» de la empresa privada. Las ideas adelantadas por el Partido Comunista encontraron un eco favorable incluso en sectores de otra ideología, pero preocupados en serio de buscar un camino para mejorar una situación económica que puede devenir gravísima para amplios sectores del país.

A comienzos del otoño, la política económica podía discurrir por una de las dos vías siguientes: o bien la búsqueda de un acuerdo del conjunto de las fuerzas democráticas sobre una política económica a medio plazo, enfocada a iniciar la solución del paro y de otros aspectos particularmente serios de la crisis; o el intento de realizar un «pacto social», es decir: imponer a los trabajadores una política de incremento de salarios inferior a la subida del coste de la vida; y marginar a la clase obrera, a los sindicatos, a los partidos que representan a las masas trabajadoras, de todo plan económico de conjunto.

Independientemente de «jornadas de reflexión», discusiones más o menos superficiales, propagandas en los periódicos y ante la televisión, el hecho está ahí: el Gobierno ha intentado imponer el pacto social en sus conversaciones con las Centrales Sindicales. A ese intento las Centrales Sindicales han respondido con una negativa clara, ofreciendo en cambio la posibilidad de una negociación a fondo, en la cual la limitación del incremento de los salarios quedase compensada por otras medidas, en particular por una política dirigida a disminuir el paro.

En conclusión, el Gobierno ha optado por decretar unilateralmente una política de limitación de rentas, en los márgenes deseados por los representantes del gran capital, poniendo así fin a lo que había sido una de las características más positivas del período anterior; es decir, la negociación tipo acuerdos de la Moncloa, gracias a los cuales ha sido posible en 1978 mejorar una serie de aspectos de la economía española.

El vicepresidente Abril Martorell argumenta como si el decreto del Gobierno de 28 de diciembre de 1978 se basase, en cuanto a la fijación de los salarios, en los mismos principios que el Pacto de la Moncloa. Es un truco propagandístico para disimular la realidad. Es cierto que, en el Pacto de la Moncloa, el nivel de salarios para el año 1978 fue definido en función de una previsión de aumentos de precios para dicho año, y por debajo de la elevación de los precios del año 1977. Ello significaba que la clase obrera aceptaba, como hecho completamente excepcional, cierta pérdida del poder adquisitivo de su salario a cambio de una política económica general, que implicaba la dedicación de inversiones para construir escuelas, crear puestos de trabajo, la presencia de los trabajadores en la gestión de la Seguridad Social; un nuevo contenido a la política agraria, etc.

¿Cuál ha sido el resultado? Los aspectos positivos del Pacto de la Moncloa son innegables. Pero al mismo tiempo hay que decir que dichos acuerdos, cuya aplicación quedó exclusivamente en manos del gobierno monocolor de la UCD, no fueron aplicados en algunos de los puntos más importantes para la clase obrera, para las masas populares.

En ello corresponde igualmente una responsabilidad al PSOE, que al negarse a crear un órgano de control y seguimiento del Pacto de la Moncloa, contribuyó a que su aplicación quedase exclusivamente en manos de la UCD, con las consecuencias que ya hemos visto.

¿Cómo se puede pensar que, después de esa experiencia del Pacto de la Moncloa, la clase obrera pudiese aceptar hoy el mismo criterio para la fijación de la elevación de salarios para el año 1979, sin que exista acuerdo, sin que exista por parte de un Gobierno, que además va a desaparecer en un plazo de semanas, la más mínima capacidad de comprometerse en cuanto a una política económica que pudiese ofrecer ciertas compensaciones, en el terreno esencial, por ejemplo, de la lucha contra el desempleo? En realidad, el decreto del Gobierno para reducir la elevación nominal de los salarios en función de una promesa de limitación de la elevación de precios para 1979, promesa hecha por un Gobierno que va a dejar de ser gobierno en un plazo breve, es exactamente *lo contrario* de lo que fueron los acuerdos de la Moncloa. Es poner fin a una política de negociación de las fuerzas obreras y democráticas del país para buscar puntos comunes ante problemas centrales: salarios, paro, inversiones, seguridad social, etc.; para pasar a realizar, desde el Gobierno, una política unilateral basada en los intereses del capitalismo,

expresados además de forma bastante cínica por la CEOE.

Quizá algunos piensen que la perspectiva de elecciones pueda empujar a los sindicatos, y a los partidos obreros, a una política de «apagafuegos», para evitar las «consecuencias negativas» que pueden provocar los conflictos sociales en el terreno electoral.

Hemos de decir, al menos desde el punto de vista de los comunistas, que se trata de ilusiones vanas. El Partido Comunista es un Partido obrero. La defensa de los intereses de la clase obrera, frente a la explotación capitalista, es médula de su propia razón de ser como partido; y esa defensa no la sacrifica nunca a otra consideración.

Estamos, vamos a entrar, en una etapa de fuertes y responsables luchas obreras para lograr que la negociación de los convenios, sin un acuerdo global que el Gobierno ha hecho imposible, se haga en las condiciones más favorables para los trabajadores.

Contrariamente a lo que escriben comentarios interesados, no se trata de manipular las luchas obreras en beneficio de tales o cuales partidos; no se trata tampoco de poner sobre el tapete el problema de capitalismo o socialismo. Se trata de que, en el marco y en aplicación de los principios que figuran precisamente en la Constitución, la clase obrera tiene el derecho de negociar, utilizando para ello las armas que son suyas, los convenios colectivos. La clase obrera española ha demostrado, tanto en la lucha difícil contra la dictadura, como en el período de tránsito, un elevadísimo sentido de la responsabilidad. Y seguirá demostrándolo, dando a sus luchas, a su presión, las formas eficaces y responsables que la permitan lograr sus objetivos, y a la vez contribuir al proceso de consolidación de la democracia en nuestro país.

### 3. El «voto útil»

Las elecciones del 1.º de marzo van a determinar la composición del órgano supremo de poder para los próximos cuatro años; ello indica su importancia para el futuro de nuestra democracia.

Tenemos una Constitución aún por estrenar. Cual vaya a ser su realidad, no está escrito de antemano; depende en gran medida del resultado de las elecciones.

Ante la perspectiva electoral, se apunta un peligro de derechas que sería necio ignorar; grupos nostálgicos del franquismo, incrustados en el aparato del Estado, que han permanecido pasivos en el período inicial del avance democrático, ahora querrían utilizar sus posiciones para provocar una marcha hacia atrás.

Derrotar ese peligro de derechas exige abrir un cauce hacia adelante para resolver los problemas del país. Lo confirma la existencia —expresada en la abstención del Referéndum— de una franja de opinión decepcionada de la democracia, como consecuencia sobre todo de la

incapacidad gubernamental de UCD. El continuismo de un gobierno monocolor del Centro no es solución; sería ensanchar el desencanto; y abonar el resurgir de la derecha.

Lo cierto es que, incluso dentro de UCD, y al lado de sectores que han demostrado sus convicciones democráticas, se dan querencias derechistas. El proyecto, que la prensa empieza a airear, de una mayoría absoluta de UCD, es irreal; pero podría ser un disfraz para justificar un viraje hacia la derecha.

El futuro de la UCD es ambiguo y dependerá, en no escasa medida, de la correlación de fuerzas que se manifieste en el país.

Rechazar el continuismo de un gobierno monocolor de UCD ¿significa acaso marchar hacia una perspectiva de unidad de la izquierda? En modo alguno. En las condiciones de este país del año 1979, sería un absurdo, por no decir una locura.

España necesita una política de concentración democrática, basada en un acuerdo entre UCD, PSOE, PCE, catalanes y vascos, susceptible de desarrollar el potencial democrático de la Constitución y de abordar en serio una política económica, social, educativa, que responda a los problemas acuciantes que tenemos.

Tal política de concentración democrática es inconcebible sin el Centro; pero tampoco puede ser una exclusiva del Centro.

Esa política de concentración no nace por generación espontánea; exige una correlación de fuerzas, en el país, en el Parlamento, que la permita y la impulse. Un fuerte Partido Comunista es factor esencial.

¿Cuál será el «voto útil» el próximo 1.º de marzo?

El 15 de junio de 1977 muchos trabajadores e intelectuales, incluso con simpatías hacia los comunistas, creyeron que el «voto útil» era votar al PSOE.

Tal actitud ha generado no pocas decepciones. En una gran parte de su actuación política, el PSOE se ha guiado por el objetivo de instalar en España un sistema bipartidista al estilo del que rige en Alemania Federal o Inglaterra. Con ello, ha desconocido, en muchos casos, obvias realidades españolas; ha debilitado la capacidad de presión de las fuerzas obreras, facilitando así el gobierno arbitrario y unilateral de UCD; y ha fomentado, en su propio interior, una tendencia hacia la derecha, al abandono del marxismo, al modelo socialdemócrata.

Estamos seguros que esa masa importante de electores que desean por encima de todo consolidar la democracia; que aspiran a la vez a una democracia progresista, en la que la clase obrera y las fuerzas de la cultura ocupen un espacio político cada vez mayor, comprenderán que *esta vez*, el *voto útil* es votar al Partido Comunista. Es la forma más directa de asegurar que se abra camino una política de concentración democrática; y que los trabajadores puedan, no sólo defender sus intereses, sino influir de verdad sobre la política de España.

N. B.

# EN EL PROXIMO NUMERO DE NUESTRA BANDERA

- Mesa redonda sobre las autonomías.
- Sobre eurocomunismo ..... Pilar Bravo
- Cuestiones internacionales . Manuel Azcárate
- Política municipal y ciudadana ... M. Castells

## AL LECTOR DE NUESTRA BANDERA

Querido amigo:

Nos hemos visto obligados a subir el precio de la revista y por tanto de la suscripción, por lo siguiente:

Durante los dos últimos años, hemos estado publicando NUESTRA BANDERA, al mismo precio de 125 pesetas al que salió el número 85 (primero de la legalidad) que quedaban reducidas a 100 para el suscriptor. Desde enero de 1977 los costes de impresión han experimentado una subida del 40%.

Por ello nos vemos obligados, contra nuestra voluntad a elevar el precio de la revista a 150 pesetas, lo que supone un aumento de tan solo el 20%, manteniendo la reducción de 25 pesetas por número a los suscriptores. Como podrás comprender, esta es la subida mínima que nos permite sobrevivir financieramente y autofinanciarnos, aunque sin obtener ningún beneficio.

También podemos comunicarte lo que para nosotros es una buena noticia, que es la ampliación de seis a ocho números de NUESTRA BANDERA anuales, que saldrán en las fechas de: primeros de los meses de enero, abril, julio, septiembre y diciembre, y los quince de los meses de febrero, mayo y octubre.



# Eurocomunismo, guerra de posiciones y alternativa\* de sociedad

Joaquim Sempere

El desencanto en que está sumido el clima político del país tiene causas inmediatas en el curso tomado por la transición a la democracia. Pero depende también de otro fenómeno que rebasa nuestras fronteras: la pérdida de perspectivas socialistas. Este desencanto puede desembocar en actitudes nihilistas, apolíticas y aún antipolíticas, tan frecuentes en sectores juveniles de nuestra sociedad.

La pérdida de perspectivas socialistas tiene dos caras. Por un lado, obedece a una difícil situación de crisis económica en el mundo capitalista, acompañada por lo que no dudo en calificar de contraofensiva imperialista a escala mundial. Por otro lado, obedece al relativo agotamiento del modelo de sociedad generado por la revoluciones socialistas hasta ahora triunfantes, siempre en países poco desarrollados industrialmente, y la falta de una alternativa socialista apta para países desarrollados.

Después de dos decenios de consolidación capitalista, el mayo de 1968 en Francia pareció demostrar que, a pesar de todo, la revolución social no era imposible en Occidente. Representó, así, un renacer en esta región del globo de las esperanzas socialistas, a la vez que un salto cualitativo

\* Este artículo es una reelaboración del publicado en *Nous Horizons*, núm. 45-46 (julio-septiembre 1978), con el título de «L'eurocomunisme i l'actual etapa d'acumulació de forces»

en el tipo de aspiraciones que ponía de manifiesto, aunque fuera sólo embrionariamente. El mismo año, el «nuevo curso» dubcekiano en Checoslovaquia, al inaugurar una renovación democrática y socialista en el país más evolucionado del campo socialista, aportaba la prueba tangible de la posibilidad de un régimen colectivista democrático en países industrializados. Fue precisamente después de estos dos fenómenos cuando surgió lo que se ha llamado «eurocomunismo».

Pero a la vez que estos fenómenos activaban un renacer de esperanzas de cambios liberadores, se ponían en marcha tendencias de signo contrario. El aplastamiento militar de la experiencia checoslovaca ponía de relieve las resistencias que iba a encontrar cualquier intento renovador en los países de base socialista, e inauguraba incluso un período de endurecimiento. En el mundo capitalista, a su vez, se puso en marcha un proceso lento de reestructuración de fuerzas sociales y políticas que había de desembocar en la actual contraofensiva imperialista a través de un proceso complejo.

## CRISIS ECONOMICA Y CONTRAOFENSIVA IMPERIALISTA

En el verano de 1973 se constituía la Comisión Trilateral, organismo

destinado a elaborar y dar apoyo a una estrategia conjunta de las oligarquías dominantes de las primeras potencias imperialistas de Norteamérica, Europa occidental y Japón. La Trilateral surgía como réplica a la coordinación de los países del «tercer mundo» en defensa de los precios de las materias primas y la energía, y como réplica también a los avances de la izquierda en algunos países metropolitanos. Recordemos que el Programa Común de la Unión de la Izquierda en Francia se firmaba en 1972, y que la primera subida coordinada de los precios del petróleo por parte de la OPEP fue en 1973.

El acceso de Carter, un trilateralista, a la presidencia de los Estados Unidos, junto con sus hombres, dio a la Trilateral ocasión para intervenir activamente en la política mundial, sustituyendo el estilo tosco de Nixon-Kissinger por otro más diplomático y flexible de control social y político, basado en la interiorización de las normas estatales y represivas (soluciones «socialdemócratas» con oposiciones domesticadas tipo SPD alemán). Los medios del imperialismo yanqui cambiaban; los fines, sin embargo, seguían siendo los mismos.

Los últimos cinco años, antes y después de la subida de Carter, han sido los años de la victoria de los pueblos de Indochina y de las antiguas colonias portuguesas. Han sido los años de la desaparición de los regímenes fascistas del sur de Europa. Pero a la vez han sido los años del derrocamiento del gobierno de Unidad Popular en Chile, de la dictadura militar en Argentina, de la fuerte presión restauradora en Portugal, del veto público de Carter al acceso de los comunistas a los gobiernos de Europa occidental, de una creciente intervención imperialista en Africa, del envío de una tropa expedicionaria franco-belga a Zaire, etc. Si a esto añadimos la tendencia a la restricción de las libertades en varios países, sobre todo en la RFA, y la explotación reaccionaria del terrorismo (que ha culminado con el caso Moro en Italia), tendremos una imagen elocuente de la *contraofensiva imperialista*.

Esta contraofensiva es una réplica a las dificultades del capital monopolista para mantener la tasa de beneficios y condiciones óptimas para la acumulación de capital. Efectivamente, la batalla con el «tercer

mundo» por la energía y las materias primas y los avances en varios países metropolitanos de las fuerzas obreras y populares coincidían en el tiempo con una aguda y prolongada recesión económica desde comienzos de los años 70, con características nuevas (recesión con inflación intensa y crecimiento del paro) que hacen inservibles las usuales soluciones keynesianas.

### EUROCOMUNISMO: ¿VIA AL SOCIALISMO O REPLIEGUE?

El perfeccionamiento, a la vez, de los mecanismos integradores y de los represivos del sistema capitalista que configuran la contraofensiva aludida son un factor decisivo que *bloquea* la situación política. Detrás del fracaso de la Unión de la Izquierda francesa en 1978 está, a mi juicio, la espada de Damocles de esta contraofensiva en el marco de la crisis económica. ¿Era realmente viable la política antimonopolista de la Unión de la Izquierda? ¿No era más bien previsible que las dificultades de la nueva situación —distintas de las de 1972, año en que se firmó el Programa Común— iban a empujar a un eventual gobierno de izquierdas más hacia la «gestión de la crisis» que hacia una reforma real de las estructuras económicas y sociales?

Ante tal situación bloqueada, habría que preguntarse si no tiene razón Manuel Sacristán cuando dice que el eurocomunismo «no es una estrategia al socialismo» sino «el último repliegue alcanzado por el movimiento comunista real desde la derrota de los años 1917-1921» (1).

Por de pronto, pienso que el eurocomunismo es más que una estrategia o un repliegue. Es una redefinición del contenido y de las formas del socialismo revolucionario para los países capitalistas industrializados. La derrota de los años 1917-1921 en Occidente fue motivo y origen de un largo proceso de rectificación de la política comunista sobre la base de un esfuerzo teórico y práctico para comprender mejor los rasgos reales y cambiantes de la sociedad y del estado en Occidente y, en consecuencia, para elaborar un proyecto de socialismo y de cambio socialista adecuados a esta región del mundo.

Por esto la metáfora militar del

despliegue no me resulta convincente, pues hace pensar en una simple retirada. Y el eurocomunismo es algo distinto a una retirada: es un movimiento para ampliar el propio ejército, para fortalecerlo, para ganarle nuevas bases entre la población y para explorar nuevas posibilidades de combate. En una palabra, sirve no para detener temporalmente el combate, sino para desarrollarlo en otros terrenos, de acuerdo con análisis nuevos de la sociedad y el estado. Se trata, por lo demás, de un movimiento que abandona el tipo anterior de ofensiva (la que se ha descrito como «asalto al Palacio de Invierno»).

En cambio, me parece que Sacristán tiene razón al combatir la ilusión eurocomunista según la cual se propone una «estrategia», una «vía de avance» al socialismo hoy. Y pienso que es una ilusión porque el eurocomunismo, pese a rechazar la forma clásica de la ofensiva entendida exclusivamente como insurrección armada, no propone otra distinta, sino que se limita a colocarse en el terreno de lo que Gramsci llamaba «guerra de posiciones» o de trincheras (por contraposición al asalto directo al poder, o «guerra de movimientos»). Tal vez no sea posible hoy otra política, pero entonces habría que reconocer que ésta no es hoy propiamente una «vía de avance» sino una «guerra de posiciones», un proceso de acumulación de fuerzas de cara a ulteriores avances revolucionarios hoy sumamente imprevisibles.

### ¿QUE PAPEL ATRIBUIR A LA «GUERRA DE MOVIMIENTOS»?

Gramsci decía que la «guerra de posiciones» no suprime la necesidad de rupturas o de «guerra de movimientos», sino simplemente se las subordina como momento táctico. Un malestar perceptible en numerosos militantes comunistas cuando se discute sobre la «vía democrática al socialismo» surge precisamente a propósito del tema de la ruptura revolucionaria, porque en las exposiciones usuales de la política comunista la guerra de posiciones absorbe toda la atención y no deja ningún espacio a los momentos de ruptura. Se ha renunciado al «asalto al Palacio de Invierno» pero no se da ninguna alternativa.

Puede parecer especulativo abordar hoy y aquí el tema de la ofensiva y de la guerra de movimientos. Sin embargo, no me parece ocioso.

En primer lugar, si parece especulativo es por el momento difícil que atravesamos, en que el imperialismo trata de reducir a la izquierda a situaciones puramente defensivas, casi a la pura defensa de las posiciones propias ya logradas y de las libertades existentes, frente a una agresión neofascista y terrorista, principalmente. (Constatarlo no supone, en absoluto, desvalorizar la lucha por la democracia, e incluso permite dar a esta lucha por las libertades una dimensión más profunda, anticapitalista.) En todo caso, me parece necesario reconocer que atravesamos una etapa de «guerra de posiciones» centrada en la acumulación de fuerzas, y no caer en ilusiones como las expresadas por dirigentes sindicales y políticos de la izquierda española valorando los Pactos de la Moncloa, por ejemplo, como un jalón en el avance a una democracia social y política.

En segundo lugar, no se puede contraponer metafísicamente «ofensiva» y «defensiva». Si en el arte militar vale el lema de que «la mejor defensa es el ataque», en la política, en que los autores son grandes masas humanas no encuadradas mecánicamente bajo una disciplina militar, a menudo vale lo contrario: que el mejor ataque es una buena defensa. Porque las masas reaccionan enérgicamente, «como un solo hombre», cuando se sienten víctimas de una agresión. Un buen ejemplo lo proporciona la guerra civil española, en que una política a primera vista «defensiva» y de objetivos muy modestos, como la del Frente Popular, fue el mejor punto de partida para un contraataque cuando la derecha quebrantó las reglas constitucionales. Y no olvidemos que la revolución española es el único ejemplo hasta ahora de revolución en Occidente con posibilidades reales de triunfo. Esta dialéctica pone una vez más de manifiesto la inoperancia, en Occidente, del esquema «asalto al Palacio de Invierno» y muestra que la mejor preparación para cualquier ofensiva es una sólida guerra de posiciones que se plantee la máxima penetración en todos los mecanismos sociales, sobre todo en los aparatos coercitivos del estado.

En tercer lugar, me parece peli-



grosso dejar que los trabajadores y sus organizaciones se adormezcan en la ilusión rutinaria de una transición gradual sin rupturas. Habría que reavivar la reflexión sobre las «crisis políticas». Cuando se produjo la crisis de mayo de 1968 en Francia, Santiago Carrillo la valoró con las siguientes palabras: «La experiencia del poderoso movimiento de masas de los meses de mayo y junio en Francia da la base para prever cómo se puede llegar hoy a una transformación radical en los países desarrollados, confirma que ha surgido una nueva forma de lucha, que es mucho más que la huelga general política de la clase obrera en su aspecto general sin ser tampoco exactamente la insurrección tal como la hemos conocido en experiencias pasadas. Esta fórmula es la *huelga general*». Y añadía más adelante: «La fórmula de la *huelga general*, como medio para conseguir una transformación radical de la sociedad en los países desarrollados y en desarrollo es una de las adquisiciones que el movimiento comunista ha de asimilar y elaborar en el período presente» (2). Hay que reconocer que el movimiento comunista, por lo menos en nuestro país, no ha hecho ningún esfuerzo más para «asimilar y elaborar» aquella experiencia. No se trata de especular sobre lo que era posible en la Francia de 1968: seguramente no era posible el socialismo, pero sí un fuerte avance de las fuerzas populares y un progreso en la experimentación de nuevas formas de combate, muy fecundas y adaptadas a los problemas de hoy. Ni se trata tampoco de imaginar mimetismos con un caso sin duda irreplicable. Pero sí de saber imaginar que análogas acumulaciones de frustraciones y malestar pueden originar explosiones semejantes.

Se dice que hoy son improbables las guerras generales y las crisis que éstas provocan. Pero también son posibles formas nuevas de crisis: por ejemplo, crisis de base tecnológica o ecológica (como accidentes catastróficos de origen químico o nuclear, o desarreglos como los apagones en vastas zonas) o provocadas por el terrorismo. Sea como sea, me parece negativo hacer desaparecer del horizonte mental de los trabajadores y de sus organizaciones la perspectiva de la crisis y la ruptura, lo cual puede conducir a un divorcio entre la actividad política y sindical cotidiana de

las fuerzas socialistas y la movilización de las masas, y debilitar la capacidad de reacción popular ante cualquier agresión reaccionaria a las libertades y a los derechos de los trabajadores.

Imaginando las múltiples armas con que cuenta la clase dominante para lanzar un país al caos económico o a la incertidumbre política, antes de recurrir al arma suprema del golpismo, parece obvio que ninguna política de izquierdas podrá imponerse duraderamente, aun después de conquistado legalmente el gobierno y una confortable mayoría parlamentaria, si grandes masas de trabajadores no están dispuestas a *irrumper* bruscamente en el escenario político para paralizar cualquier intento reaccionario de torcer el curso legal y constitucional de avance al socialismo.

#### GUERRA DE POSICIONES Y PARTICIPACION COMUNISTA EN LOS GOBIERNOS

¿Excluye la guerra de posiciones la participación comunista en los gobiernos?

A mi juicio, no la excluye, pero la hace aparecer no como un prelude inmediato a la toma del poder por los trabajadores en una democracia, sino, más modestamente, como una operación parcial de la guerra de posiciones. La presencia de los comunistas en un gobierno bajo régimen capitalista puede servir para acelerar o afianzar ciertas reformas, para consolidar o institucionalizar posiciones de poder de las fuerzas populares o, en el peor de los casos, para impedir que las fuerzas reaccionarias impongan medidas de gobierno perjudiciales a los trabajadores y a la democracia. El imperialismo sólo acepta a regañadientes la presencia comunista en los gobiernos —cuando se lo impone la correlación de fuerzas o cuando la crisis económica es muy fuerte— y procura librarse de ella en cuanto puede, como muestra el ejemplo francés y el italiano de los años 1945-1947. Por otra parte, la presencia en el gobierno saca a los comunistas de su papel de eterna oposición, les da oportunidad de mostrar sus capacidades de gestión y les da vínculos renovados con el pueblo. ¿Quién de nosotros no ha dejado volar la imaginación sobre las iniciativas que los

comunistas podrían, junto con socialistas y otras fuerzas, llevar a la práctica desde el gobierno de Madrid, desde la Generalitat o desde los ayuntamientos en materia escolar, cultural, asistencia a los niños y ancianos, planificación familiar e incluso en la lucha contra el paro? Objetivos si se quiere parciales —y a la larga insuficientes y tal vez frustrantes incluso— pero que tendrían la virtud de colocar la política mucho más cerca de la resolución de los problemas cotidianos de las masas y de estrechar con éstas los vínculos.

Pero no tiene sentido que el acceso al gobierno, en circunstancias como las actuales, sea el aspecto dominante de la táctica comunista. Un rasgo paradójico de la Unión de la Izquierda en Francia es precisamente que la victoria electoral parecía representar, a los ojos del PCF, el aspecto dominante de su política. La victoria electoral y la formación de un gobierno de izquierdas parecía verse como el factor desencadenante de una nueva dinámica social y política centrada en profundas reformas de estructura. El cálculo, si realmente era éste, me parece erróneo. Las trincheras ocupadas no permiten todavía pasar a operaciones de gran envergadura (con base puramente electoral) para modificar sustancialmente el contenido de clase del poder. La batalla por los centros neurálgicos del poder, como puso de manifiesto el caso de Chile, había de desencadenar una fuerte contraofensiva imperialista. ¿Con qué armas habría replicado la Unión de la Izquierda al caos económico, al boicot comercial y al desorden político presumiblemente lanzado por la derecha? ¿Hubiese estado la masa electoral de la izquierda dispuesta a aceptar los sacrificios que todo esto habría representado, o todavía tienen que cambiar muchas cosas en la subjetividad del pueblo francés?

Los comunistas franceses —y no hablo aquí de los socialistas, porque éstos, por propia tradición y mentalidad, están siempre dispuestos a hacer de gestores reformistas del sistema— parecen haber sacado las lecciones de Chile con cuatro años de retraso: tarde y mal. Los comunistas italianos habían sacado las lecciones a tiempo (3): el «compromiso histórico» es su respuesta al golpe de Chile. Se trata de una política no para promover grandes mutaciones sociales desde el gobierno, sino para

hacer avanzar —aunque lentamente— y consolidar la acumulación de fuerzas a partir de la defensa de las conquistas políticas y sociales ya logradas y de la preocupación por no dividir el país en dos bloques de fuerza equivalente a fin de no dejar resquicios que permitan a la reacción hallar alguna base de masas.

La política de «compromiso histórico» —mucho más realista, y modesta en sus objetivos, que la francesa de «unión de la izquierda», si bien una y otra obedecen a condicionantes nacionales que no permiten fáciles comparaciones ni traslaciones— sería en Italia un factor de reforzamiento democrático y de acumulación de fuerzas para la izquierda. Pero no excluye, sino que presupone, una acción prolongada y profunda desde el parlamento, desde la gestión regional y municipal, en los movimientos de masas, en la acción cultural, etc., terrenos todos ellos donde los comunistas nos movemos con más facilidad y único en que, además, nos dejan movernos. Dicho sea de paso, es la existencia en Italia de esta sólida retaguardia de acción social, cultural y política, durante muchos años, en la sociedad civil, lo que hoy hace posible que cuando el PCI propone el «compromiso histórico» los demás se vean obligados a tomarlo en consideración; y es por esto que cualquier comparación con la actual situación española resulta superficial.

### UNA GUERRA DE DESGASTE RECÍPROCO

Kautsky hablaba en 1910 de «guerra de desgaste» para referirse a algo semejante a la «guerra de posiciones» de Gramsci, entendiendo que era la clase obrera quien «desgasta» las posiciones de la burguesía y prepara así las condiciones de su acceso al poder. Hoy, con una experiencia histórica más prolongada, debemos reconocer que en una larga guerra de posiciones el desgaste resulta recíproco. El poder capitalista puede salir desgastado. Pero también la clase obrera resulta desgastada al tener que vivir durante años en una sociedad capitalista sin perspectivas inmediatas de cambio y al tener que adaptarse a los modos de vida, a las formas de trabajo y de consumo y a los valores inherentes a ello.

Un partido obrero obligado a mo-

verse durante años en el campo burgués se ve sometido a una fuerte presión degenerativa de los propios valores y objetivos, a una presión para que se transforme en un engranaje más del sistema. Hay ejemplos históricos: sin ir más lejos, el SPD alemán es la continuación del mismo partido que, en tiempos del viejo Engels, era la admiración de todo el socialismo europeo.

La presión degenerativa crece cuando el partido no sólo «resiste» en el seno de la sociedad civil, sino que además participa en el poder del estado (ya sea en el gobierno o en otras instancias estatales) y se ve obligado al posibilismo de las transformaciones por pequeñas dosis. Subjetivamente, para sus militantes y simpatizantes, los compromisos con el orden capitalista pueden provocar una crisis moral de identidad que desgasta la capacidad de antagonismo, como está pasando en nuestro país con la política de consenso destinada a consolidar la democracia postfranquista.

No creo que la solución estribe en encerrarse en un ghetto contracultural capaz de mantener unos objetivos revolucionarios incontaminados. Tal vez esto era posible en otras épocas, cuando la clase obrera era una sociedad aparte, marginada del sistema político y muy diferenciada de las otras clases (4); hoy no lo es por la fuerte integración social y uniformización cultural propias del capitalismo moderno. No creo que la clase obrera pueda hoy, en las democracias burguesas europeas, renunciar a hacer política sin graves perjuicios para la causa socialista. Las posibilidades abiertas por la democracia política y por los derechos sociales conquistados a lo largo de los años permiten plantearse unos objetivos políticos que den coherencia a los distintos combates populares en una estrategia susceptible de cambiar el carácter de clase del poder político.

De lo que se trata es de lograr combinar la intervención política cotidiana de las fuerzas socialistas con el mantenimiento de una capacidad real de antagonismo al sistema. Y esto sólo me parece viable mediante una crítica radical al sistema y el ofrecimiento de un modelo alternativo de sociedad, lo cual supone el desarrollo de lo que Gramsci llamaba una profunda «reforma intelectual y moral» de la sociedad.

## ALTERNATIVA DE SOCIEDAD Y REVOLUCION CULTURAL

La maduración de esta «reforma intelectual y moral» está en curso, al margen de la voluntad de los propios partidos comunistas. La convicción creciente de que no se puede seguir viviendo de esta manera se impone en amplios sectores. A la crisis económica de sobreproducción y sobreacumulación se añaden los primeros síntomas de crisis ecológica; la desintegración individualista y agresiva del tejido social avanza en los países más desarrollados; el abismo entre países desarrollados y subdesarrollados crece amenazadoramente.

La percepción de esta crisis de sociedad rebasa ya los estrechos límites marginales de los grupos ecologistas, feministas y otros. En 1974 una encuesta realizada en Francia puso de manifiesto que: el 53 % de los franceses estarían dispuestos a aceptar que se frenara el consumo y el crecimiento a condición de que hubiera cambios en la manera de vivir; el 68 % preferirían los vestidos duraderos a los que se gastan en una temporada; el 75 % consideran los envases y embalajes no recuperables como un despilfarro estúpido; el 78 % aceptarían una noche semanal sin televisión como una ocasión para mirarse las caras y conversar (5). La necesidad de vivir de otra manera más humana crece a nuestro alrededor. Un número creciente de personas siente malestar en una sociedad despilfarradora, donde una buena parte del trabajo social es alienante y carece de sentido perceptible, donde crece la incomunicación entre los seres humanos y la inseguridad, que se mantiene en paz por un equilibrio del terror, etc. Pero ¿quién ofrece una alternativa viable a estas inquietudes?

El comunismo puede dar esa alternativa; incluso creo que es el único proyecto social capaz de darla. Pero hoy por hoy no la ofrece todavía. El eurocomunismo ha puesto unas bases políticas para avanzar por este camino, pero no se ha internado propiamente en él. Por ejemplo, su crítica al «socialismo real», necesaria y justa en líneas generales, no ha rebasado el nivel puramente político, no ha pasado a examinar el tipo de desarrollo económico y el modelo de sociedad del «socialismo real».

Junto a esa alternativa de socie-

dad, el comunismo puede y debe recoger y potenciar la revolución cultural en curso, es decir, la profunda mutación de valores que se está produciendo en ciertos sectores de la sociedad. Las críticas al consumismo, la búsqueda de relaciones interpersonales más ricas, de formas de convivencia más solidarias, de vínculos mayores con la naturaleza son algunas de las expresiones de esta revolución cultural, cuya realización sólo es posible en el socialismo. Por esto deben incorporarse al proyecto comunista.

En conclusión: el eurocomunismo supone una renovación potencial del ideal comunista, pero necesita afianzar algunas de sus dimensiones, y en particular necesita 1.º) elaborar más a fondo el tema de la transición al socialismo en lo político, la articulación entre guerra de posiciones y de movimientos, el tema de la ruptura, y 2.º) elaborar más a fondo también una alternativa de sociedad y de cultura, que dé una mayor consistencia al ideal comunista. A partir de ahí se podrá dar respuestas con mayor claridad a otras cuestiones como los aspectos económicos y ecológicos de la transición al socialismo, o la propia concepción del partido de la clase obrera, o la política de alianzas de clases tal como se plantea hoy. Mientras el eurocomunismo no avance por estos caminos difícilmente podrá ser ese punto claro de referencia que necesita una sociedad en crisis como la actual, especialmente para la juventud desorientada y escéptica de hoy.

(1) Manuel Sacristán, «A propósito del "eurocomunismo"», *Materiales*, n.º 6 (nov-dic.), pág. 7.

(2) Santiago Carrillo, «La lucha por el socialismo hoy», suplemento al n.º 58 de *Nuestra Bandera* (junio 1968).

(3) El semanario *Rinascita* publicaba el 28 de septiembre y 5 y 9 de octubre de 1973 —es decir, justo dos semanas después del golpe de Pinochet— unas «Reflexiones sobre Italia después de los hechos de Chile», donde se avanzaba ya la propuesta de «compromiso histórico». Publicado en castellano en el volumen de Enrico Berlinguer *La «cuestión comunista»*, Barcelona (Fontamara), 1977; prólogo de J. Solé Tura.

(4) Temma Kaplan, en *Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía*, Barcelona (Crítica), 1977, ilustra la formación de una «contracultura» anarquista entre los trabajadores andaluces a finales del siglo XIX, que puede servir de ejemplo.

(5) Encuesta Sofres publicada en *Elle* (marzo 1974). He recogido estos resultados de Michel Bosquet, *Ecologie et liberté*, París (Galilée), 1977, pág. 57.

# Sobre la teoría política del eurocomunismo

Alberto Infante

Un interesante artículo de L. Crespo y M. Loizu, aparecido recientemente (1), supone un intento de delimitar el "núcleo filosófico-político del eurocomunismo". Los autores afirman que «el pluralismo... es lo que concede a esta corriente política su originalidad y su credibilidad teórica y política». Una síntesis algo esquemática de sus propuestas podría ser:

a) La lucha de masas en los países de democracia representativa se ha institucionalizado como consecuencia del triunfo de los movimientos de resistencia y liberación antifascista en Europa. Ello marca una diferencia sustancial respecto al modelo demócrata-liberal del siglo XIX pues supone que —a diferencia de los países subdesarrollados donde las masas están sin institucionalizar— la revolución pasa aquí, inexorablemente, por dichas instituciones (2).

b) La oposición clásica burguesa-proletariado «no rige ya en el movimiento de transformación de la sociedad» e incluso llega a obstaculizarlo al actuar como factor de disgregación y escisión de las masas en estas condiciones. La alternativa sería «reunificar el pueblo», «recomponer a las masas», mediante la política de consenso.

c) Ello es posible en la medida en que las instituciones políticas han

dejado de ser patrimonio exclusivo de una sola clase o grupo social y la penetración de las masas en su seno (en los aparatos del Estado, en los partidos políticos, etc.) van modificando su contenido de clase original; en la medida, además, en que, en estas sociedades, la ideología dominante no es ya la de la clase dominante.

d) La oposición actual entre socialistas y comunistas no pasa por las coordenadas de las polémicas de la época de la III Internacional (dictadura del proletariado; toma insurreccional del poder; tipo de partido revolucionario, etc.) sino, ante todo, por asumir un planteamiento bipartidista, que perpetúa la escisión en el seno de las masas y alienta su pasividad, o un planteamiento consensual de la política tendente a hacerlas intervenir en todo momento, al tiempo que trata de superar sus divisiones internas.

En conclusión, para los autores del artículo, «hoy socialistas y eurocomunistas sólo se diferencian por su distinta actitud ante las masas... La política socialista practica un corte vertical en la sociedad mientras la eurocomunista practica un corte horizontal.

La extensión del resumen se justifica porque en el artículo se contienen algunos de los problemas funda-

mentales que sacuden hoy a la izquierda europea. Y son de rabiosa actualidad para el proceso constituyente español. Por eso, me gustaría discutir los cuatro elementos fundamentales de aquél, partiendo de que suscribo su tono general pero sólo una parte de su tesis.

Empezando por el final, pienso que la distinta actitud sobre el papel de las masas diferencia, efectivamente, a eurocomunistas y socialistas. Y no sólo respecto a cuestiones como actividad o pasividad; escisión o recomposición; mediación o inmediatez de su presencia histórica. Sino, sobre todo, respecto a las relaciones concretas de aquéllas con los aparatos de Estado en el ámbito de la vida cotidiana. El foso (material y moral) entre gobernantes y gobernados; el papel y las funciones de la burocracia pública; el tipo mismo de dicha burocracia en sociedades que quieren avanzar hacia el socialismo; la penetración de la democracia en el interior de las esferas de decisión desde la más pequeña hasta la más alta; la batalla en ese plano contra el espontaneísmo corporativo teñido de radical, etc. No se trata, pues, sólo de coincidir —aunque ello sea positivo— en la necesidad de descentralizar, en mayor o menor grado, la gestión del Estado; es preciso concretar quién, cómo y con quién se gestiona a diario tal o cual parcela concreta y la totalidad en su conjunto. En este punto, el formalismo conservador y burocrático atenaza por igual a los modelos socialdemócratas al uso y a los Estados socialistas del este de Europa. En esta cuestión la teoría y práctica eurocomunistas tratan de romper con ambos. Y la cosa es decisiva. En buena medida, de ella depende que el camino hacia el socialismo no se petrifique por la vía de la burocracia soviética o de la generada por el SPD alemán (3).

Claro que hoy las masas penetran en el interior de instituciones de poder en otro tiempo vedadas. Pero también es igualmente cierto que ante cada avance en esa dirección, las clases dominantes suelen responder trasladando la parte esencial de los centros y mecanismos de decisión fuera de las zonas parcialmente ocupadas o en trance de serlo. Aquí hay que ser cuidadosos. Si resulta desastroso soñar con «revoluciones puntuales» y «palacios de invierno» a todo pasto puede resultar muy noci-



vo el defecto contrario: perseguir el «núcleo» del Estado democrático-representativo por los pasillos de los organismos de su Administración. Ambas posiciones extremas sustentan una concepción reduccionista del Estado en un doble sentido, nacional (el Estado es una realidad más amplia que su Administración e Instituciones y el poder político lo es todavía más) e internacional (buena parte de las batallas de hoy se libran contra adversarios y por el control de resortes extranacionales). De ahí que el proyecto eurocomunista incorpore necesariamente una dimensión internacional —inicialmente a escala regional europea— de la lucha política de masas, cuyo concurso es esencial si se propone, en serio, triunfar. La dificultad de esa dimensión es evidente —la polémica en curso sobre la ampliación del MCE da fe de esto— dado que tiende a alterar seriamente la correlación bipolar de fuerzas —a la que acertadamente se refieren los autores del artículo citado— en Europa y, por extensión, en el mundo. Se clama desde hace tiempo por el retraso en la articulación de las luchas y organizaciones de trabajadores a escala europea. Pero sin una articulación más franca, más decidida, y más estable entre los PP.CC. de Europa occidental, que acelere los contactos sindicales y les dote de perspectivas a medio plazo, resulta difícil pensar en progresos serios en este campo. Es, asimismo, indispensable para negociar con los socialistas y fuerzas democráticas del área. En esto, la decisión y el tesón son absolutamente necesarios. Las masas populares del sur de Europa no han estado nunca, desde el comienzo de la guerra fría, tan ávidas de soluciones progresistas de largo alcance como ahora. Las condiciones en que tuvo lugar la derrota electoral de la izquierda francesa; los métodos que están impidiendo el acceso del PCI al Gobierno; las dificultades de la izquierda en Portugal o las interrogantes sobre el futuro contenido de la democracia española, exigen medidas políticas que «desbloqueen» el panorama político en esta zona, creando expectativas favorables para las clases populares. Este capítulo debería recibir mucha más atención en las elaboraciones y en la práctica presentes de nuestro partido, con vistas, también, a las próximas confrontaciones electorales en España.

Por lo que se refiere al papel contemporáneo desempeñado por la contradicción burguesía-proletariado, no suscribo ni el fondo ni la forma de la argumentación citada. El fondo, porque dicha contradicción es una realidad social sobre la cual se basan las estrategias políticas y no a la inversa, como parece desprenderse en algún momento del artículo. La forma, porque no pertenece al eurocomunismo el mérito teórico y político de señalar que la insistencia en el carácter irreductible de dicha contradicción, al margen de las condiciones históricas concretas, puede conducir y ha conducido, a la esterilidad agitativa o a derrotas estrepitosas. El mérito, en realidad, hay que atribuírselo a los agitadores y teóricos del gran capital monopolista, que supo aprovechar los efectos que tales actitudes producían en las capas intermedias para, de modo bien conocido, imponer el fascismo y el nazismo en casi toda Europa. Y aún lo explotan, de vez en cuando, en otras zonas del mundo (de la experiencia chilena puede concluirse, en parte, algo parecido). La corrección táctica, algo tardía, de esos errores sí se debe a la III Internacional y los análisis de Mao, en plena guerra civil china, sobre los distintos tipos de contradicciones en el seno del pueblo no deberían menospreciarse (4).

Por su parte, el eurocomunismo ha innovado algunas cosas. Para empezar, ha revisado la realidad misma de las clases sociales fundamentales sus límites y fisonomías y, por ende, el papel de las capas intermedias, a la luz de las modificaciones de fondo que sacuden la estructura de la producción y distribución sociales en el capitalismo de nuestro tiempo (5). Ha revalorizado el carácter histórico de esas nociones y ha formulado concepciones del «bloque histórico» mucho más afinadas que las diseñadas por la III Internacional sobre las alianzas de clase (6). Y, ello es importante, ha establecido el plano de fractura social allí donde hoy está: entre una minoría oligárquica y el resto de la población. En esto es superior a las concepciones socialistas vigentes, preñadas del mecanicismo de principios de siglo (7). Pero conviene advertir que ese plano de fractura es móvil. Es probable que en la fase de la democracia política y social se sientan agredidos más sectores que la

oligarquía financiera, en distinto grado y en distinto momento según sea la política de transición al socialismo que se practique. Reconocer esto, supone reconocer —como se hace al principio del artículo comentado— el pluralismo, no sólo social sino también político del socialismo y la posible alternancia en... ¿en el Gobierno o en el poder? Esto es clave. Si el proceso de socialización y democratización del Estado acabara por chocar con una parte sustancial de la población y la alternancia —en este caso a la derecha— se produce sin traumas —algo nunca visto por el momento— no puede esperarse que la cosa quede en un simple reparto de carteras ministeriales. La nueva formación triunfante trataría, a toda costa, de profundizar su victoria electoral. Los riesgos de ceder lo avanzado o de arrostrar un conflicto civil de alcance incalculable serían muchos. Por esto, me parece preferible definir el eurocomunismo, más que en función de pluralismo que reconoce y practica, en función de su real soporte: la necesidad de una revolución protagonizada por amplias mayorías y, por tanto, necesariamente pluralista (8). De ese «núcleo teórico» se extraen formulaciones de largo alcance: la necesidad permanente de movilización y educación política de los trabajadores; la revalorización de la política de alianzas entre partidos y organismos sociales populares; la relación adecuada entre victorias y derrotas parciales y el movimiento revolucionario en su conjunto; la actitud crítica ante todo tipo de Estado incluido el Estado socialista, etc. (9).

En buena medida, las distinciones entre «guerra de movimientos» y «guerra de posiciones» —fructíferas en el período de la segunda posguerra— resultan hoy un tanto académicas. Una táctica transformadora de todos los ámbitos de la vida social, ha de integrar hoy momentos de «movimiento» y períodos de «lucha posicional». Hay que saber combinarlos en cada situación y ahí radica, en gran parte, el arte de la dirección política (10).

Sin embargo, el carácter de los contendientes conviene precisarlo. Los partidos políticos de masas no son idénticos entre sí por ser «de masas». Es cierto que reducir los análisis sobre la UCD a la expresión «partido burgués», cuando millones de sus votos proceden del pueblo,

condena a la miopía permanente. Con mayor motivo en el caso de la DC italiana. La cuestión radica en: 1.º descubrir de qué modo concreto partidos de masas interclasistas gestionados por la derecha social logran expresar intereses de la clase dominante en forma de intereses generales (¡cuándo lo logran!); 2.º en intervenir en su interior —por arriba y entre sus bases— para girar la correlación de fuerzas interna hacia combinaciones más favorables al entendimiento con las fuerzas de izquierda, aislando así los núcleos recalcitrantes; 3.º incluir a los sectores populares agrupados en torno suyo en todo proyecto de transformación social; 4.º no copiar sus debilidades como organización política (clientelismo; corrupción; ausencia de democracia interna, etc.); 5.º no copiar su concepción del Estado como feudo unipartidista (evidente en la DC italiana) para lo cual es esencial sostener la concepción del partido revolucionario como «un partido de la clase obrera» (entendida en sentido ampliado), entidad que trata de dirigir un conglomerado interclasista más amplio sin protagonismos ni prerrogativas (11).

En este momento quiero referirme a lo que, en mi opinión resulta más discutible en el artículo comentado.

En él se señala un antagonismo absoluto entre «hegemonía» y «consenso». La primera sería «totalizante, homogénea y excluyente»; el segundo, «parcializante, heterogéneo e integrador». «Detrás del consenso no hay más que pluralidad; detrás de la hegemonía hay la búsqueda de la dirección moral e intelectual de la sociedad. Entre consenso y hegemonía renace la misma oposición que observábamos entre recomposición o disgregación de las masas.»

No suscribo, en absoluto, tal formulación. Me parece que se contraponen una tendencia histórica —la de los trabajadores y sus aliados a convertirse en clases dominantes de la sociedad— a la forma política concreta que, en una fase histórica precisa de una región mundial determinada, puede adoptar la lucha de clases. La política de consenso en la España de hoy o la del compromiso histórico en Italia tienen bases comunes: la lucha por la hegemonía (desde antes de acceder al Gobierno) respetando el marco del Estado democrático-representativo. Sin ánimo de polemizar sobre los distintos sig-

nificados posibles del concepto de hegemonía en la obra de Gramsci, una cosa es evidente: él no renunció a que las clases explotadas y oprimidas pugnasen por acabar con todo tipo de opresión y explotación a través de recomponer su unidad interna hasta un punto que les permitiera ejercer, efectivamente, «la dirección moral e intelectual de la sociedad» como premisa para la transformación de aquella y la transformación de ellas mismas en el comunismo. Porque en la vida de las sociedades es obligatorio decidir en función de una serie de consideraciones que, en las sociedades de clase, vienen marcadas por el interés de clase, no basta garantizar el derecho de todos a pugnar para que sean aceptadas sus propuestas; es preciso garantizar, además, el derecho de la mayoría real a ejercer las suyas. La mayoría tiene, pues, el derecho a la hegemonía. Otra cosa es que sepa y pueda instrumentarla (12).

La política de consenso facilita la modificación del marco jurídico-administrativo y del clima social para que pueda llevarse a cabo la toma de decisiones con influencia cada vez mayor de las capas populares alejadas mayoritariamente del poder político todavía pero recomponiendo ya su articulación interna. Porque «el pluralismo en todos los órdenes... es la condición para la máxima expansión de las fuerzas productivas», la hegemonía popular, en su momento, supondrá, en lo político y en lo social, su ampliación radical. La lucha por el socialismo, en lo político, es hoy la lucha contra las limitaciones de todo tipo que las clases dominantes tratan de colocar a la democracia; mañana, la lucha por consolidar la hegemonía de la nueva formación social será la penetración en los centros sociales fundamentales de los objetivos específicos y los métodos participativos de masas propios del socialismo. Por eso, la política de consenso es de largo alcance y puede extenderse hasta el socialismo: porque es un método democrático de ir acrecentando el grado de hegemonía popular (13). Variarán sus fórmulas políticas y, según los momentos, variará la importancia relativa de sus protagonistas, pero será viable y permitirá avanzar si su base sustancial se materializa: la presencia activa y permanente de amplias masas cons-

cientes de sus necesidades y su futuro. Una de las médulas fundamentales del carácter revolucionario del marxismo colocada como pilar «teórico» de la revolución en Occidente.

S. Carrillo: Prólogo a «Tres Años de lucha»; ed. Ebro, París.

(5) En esto, resulta significativa la atención prestada por el P.C.E. al fenómeno de la R.C.T., su teoría y consecuencias, en una época (1967-1975) donde las dificultades derivadas de la clandestinidad eran, todavía, importantes para elaboraciones de ese tipo. La Revista clandestina «Revolución y Cultura», jugó un importante papel entonces.

Las corrientes «izquierdistas» y buena parte de la elaboración «ortodoxa» criticaron acremente esta orientación. Hay textos que, editados en 1968, conservan plena vigencia en muchas cuestiones. Ver: Richta, R.: «La nueva visión del individuo» o «Las formas sociales y la dirección de la sociedad», en «La civilización en la encrucijada»; págs. 307 a 313 y 298 a 303; Artiach, Madrid, 1972.

(6) Pueden verse: a) PCE, Manifiesto-Programa, «Sobre la Alianza de las Fuerzas del trabajo y la Cultura», 1973, b) S. Sánchez-Montero, «La política de alianzas de nuestro partido», en «N. Bandera», n.º 85, págs. 9 a 12, 1977.

c) A. López Salinas; «La Alianza de las Fuerzas del Trabajo y la Cultura», caps. 1 y 2; Forma, 1978.

(7) Una exposición vigorosa de la cuestión puede verse en: Tamames, R.: «El Socialismo inevitable», Planeta, Barcelona, 1978.

(8) Ello queda perfectamente expuesto y desarrollado en la Resolución 6.<sup>3</sup> aprobada por el IX Congreso del PCE en abril de 1978.

(9) Tesis que el PCE y el PCI han venido elaborando a raíz de la desestalinización y sobre todo, desde los acontecimientos de 1968. Ver: S. Carrillo; «La lucha por el socialismo hoy», ed. clandestina, 1968.

(10) Sobrevalorar una u otra puede conducir alternativamente, a desviaciones «izquierdistas» o «derechistas». En general, el problema hoy suele plantearse en términos de «lucha de masas en la calle» o «labor en el Parlamento» como si de una opción excluyente y no mediada se tratase.

(11) Ni que decir tiene que la influencia e intervención en los partidos de masas es algo recíproco y cotidiano. Hay ejemplos sobrados y recientes para demostrarlo. De ahí la importancia del debate teórico y político de masas (iya no puede ser exclusivamente interno!) sobre las cuestiones esenciales de cada momento y el interés de todos por polemizar sobre las tesis eurocomunistas.

(12) Me parece que L. Crespo y M. Loizu tienen en mente la concepción «dictadura política del proletariado» (con derechos *formales* para la burguesía) al hablar de la hegemonía. Su descripción de ésta encaja más con la realidad constitucional de los estados de democracia popular del este de Europa que con la noción gramsciana y la teorización eurocomunista posterior.

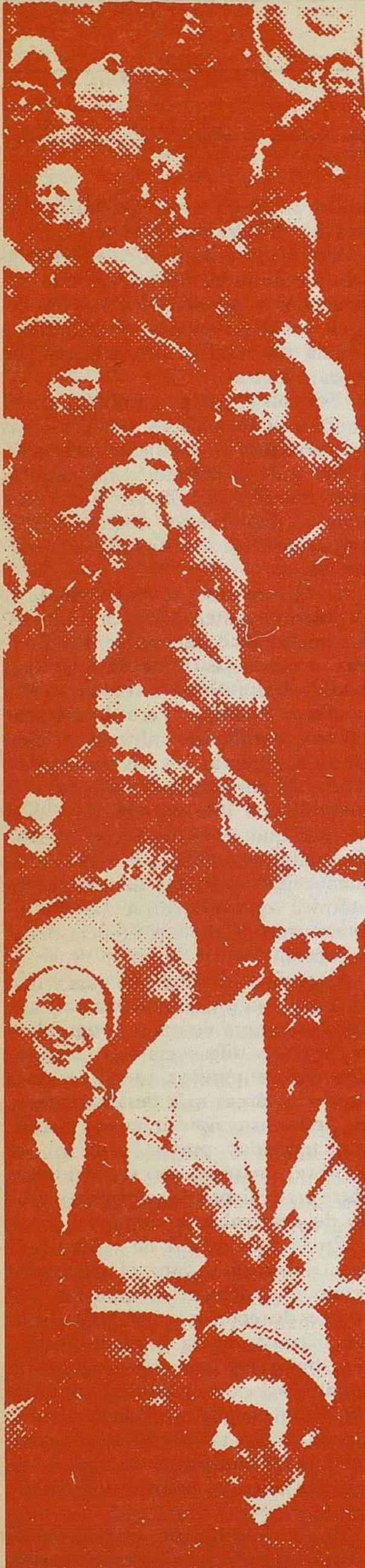
(13) Para una excelente exposición de esto, véase: J. L. Malo de Molina «Concentración democrática o alternativa del poder» en «N. Bandera», n. 93, págs. 39 a 45, 1978.

(1) L. Crespo y M. Loizu: «¿Tiene el Eurocomunismo una teoría política?», Argumentos, n.º 15, septiembre 1978.

(2) Una discusión más completa que la presentada por los autores citados puede verse en: J. Solé-Tura, «El estado como sistema de aparatos» en «Marxismo y Estado», págs. 7 a 26; Avance, Barcelona, 1977.

(3) A este respecto puede verse: W. Abendroth: «La evolución de la R.F.A.», en Materiales, n.º 5, págs. 7 a 21.

(4) A pesar, claro está, de sus epígonos oficiales u oficiosos. Conviene recordar aquí que, según S. Carrillo, una de las raíces más antiguas de lo que, andando el tiempo, sería el eurocomunismo, se encuentra en las modificaciones que el P.C.E. introdujo en su concepción sobre el alcance y perspectivas del Frente Popular a la luz de las necesidades de la guerra civil. Ver:



## Documentación

### XV Congreso del P.C.I.

En esta sección de DOCUMENTACION presentamos a los lectores de N. B. del proyecto de tesis para el XV Congreso del PCI, a celebrar en Roma los días 20-25 de marzo de

1979, la Introducción: «Orientación y objetivos generales del PCI», y el capítulo II: «La colaboración entre comunistas, socialistas y el movimiento progresista a escala mundial».

dican su plena emancipación y liberación de servidumbres seculares.

Pero la resistencia y el contraataque de todas las fuerzas que ven atacados o amenazados sus privilegios y sus posiciones de dominio a escala nacional e internacional son encarnizados.

Por otra parte, también en el ámbito de los países y de las fuerzas que se basan en los ideales del socialismo y de la liberación nacional se han manifestado, incluso de forma aguda, divisiones y contrastes que pesan en el camino de toda la humanidad.

3. El mundo se halla frente a problemas y alternativas dramáticas. La guerra no es inevitable. Las fuerzas progresistas y de la paz han podido hasta ahora evitar un nuevo conflicto mundial. Pero actualmente hay conflictos militares o bien pueden explotar en diversas áreas. Toda la humanidad vive bajo la pesadilla de una carrera de armamentos que continúa y que supone un inaudito despilfarro de recursos. Se mantiene la amenaza de una guerra atómica que destruiría las condiciones mismas de la existencia de los hombres.

Decenas y decenas de países han alcanzado la independencia política. Pero se agrava de manera temible y explosiva la diferencia entre las condiciones económicas, sociales y civiles de las áreas más desarrolladas y las de las inmensas áreas retrasadas, caracterizadas por la pobreza, el hambre, un tremendo desequilibrio entre crecimiento demográfico y grado de desarrollo económico.

En la fase actual de crisis histórica del capitalismo, el desarrollo económico determina enormes derroches de recursos naturales y humanos, frena y desvía la plena utilización hacia los fines del progreso de las aún así extraordinarias conquistas de la ciencia y de la técnica y amenaza con alterar de forma irreversible el ambiente natural y la relación entre el hombre y la naturaleza.

En el interior de los diferentes países capitalistas más desarrollados,

# Proyecto de tesis para el XV Congreso Nacional del P.C.I.

Roma, 20-25 de marzo de 1979\*

## INTRODUCCION

### — ORIENTACIONES Y OBJETIVOS GENERALES DEL PCI

a) *La lucha por el socialismo en Europa y en el mundo*

1. El PCI lucha por una profunda renovación del país, por la salvación y el progreso de la democracia, según la línea trazada por la Constitución republicana, para encaminar la transformación de Italia hacia una sociedad socialista basada en la democracia política; y tiene el compromiso de dar su propia contribución al avance de los ideales de la paz y del socialismo en Europa y en el mundo.

Estos objetivos son cada vez más actuales y urgentes frente a una situación mundial llena de dramá-

ticos riesgos, pero que está abierta a nuevas posibilidades de liberación y de progreso de la humanidad. También la profunda crisis en que está inmersa la sociedad italiana requiere radicales transformaciones democráticas en el camino hacia el socialismo.

2. La crisis histórica del sistema capitalista e imperialista se alarga y se agrava. El cambio de la estructura del mundo, tras la ruptura revolucionaria del octubre soviético, ha sido seguido por la construcción de sociedades socialistas o de tendencia socialista en otros países de diferentes continentes, y se ha desarrollado con el grandioso movimiento de liberación contra la opresión colonial. También en muchos países capitalistas las luchas del movimiento obrero han logrado importantes conquistas en el plano económico y social y en el plano político. Entre los grandes acontecimientos de la realidad contemporánea ha adquirido una particular importancia el despertar de las masas femeninas que reivin-

\* L'Unità Documentos. Traducción de María Isabel Fierro.

aunque el nivel material de existencia de una parte de las clases trabajadoras es relativamente elevado, se agravan fenómenos tales como el paro, la marginación social, la violencia, la criminalidad, el uso de la droga. La vida se deshumaniza cada vez más. Amenazan peligros de vuelta a la barbarie.

4. La salvación y el progreso de la humanidad exigen que se afirmen los principios fundamentales de la coexistencia pacífica y de una cooperación entre países y Estados con diferente régimen social. Esto requiere, ante todo, que la distensión vaya hacia adelante, que los conflictos abiertos sean resueltos por una vía pacífica y de negociación, que se avance en el desarme y en la construcción de un nuevo orden económico internacional.

La solución de estos problemas no puede ser encomendada tan sólo a las negociaciones entre los gobiernos. Es necesaria una movilización de grandes masas. En esta tarea pueden y deben encontrarse y colaborar países, pueblos, movimientos, partidos y corrientes que se inspiren en diferentes ideales y políticas.

A este respecto y en esta lucha, es decisiva la función del movimiento obrero y su capacidad para reafirmar, frente a los dramáticos problemas del mundo contemporáneo, la validez de los ideales y de los objetivos de paz, de justicia, de libertad propios del socialismo.

5. El PCI insta y se propone contribuir al establecimiento de una solidaridad y de un compromiso internacionalista que vaya más allá de los partidos comunistas. En efecto, actualmente, el proceso revolucionario mundial ve actuar a movimientos y corrientes de emancipación muy vastos y diversos. La solidaridad y el compromiso común de estas fuerzas son necesarios. Pero una nueva visión y una nueva práctica del internacionalismo pueden realizarse tan sólo si se basan en el reconocimiento de que el movimiento de liberación y la construcción de sociedades nuevas van hacia adelante mediante vías y soluciones que llevan la huella de civilizaciones, de culturas, de historias y de experiencias diferentes. Esta multiplicidad y originalidad no debe ser considerada como un obstáculo, se trata por el contrario de un elemento de fuerza, una palanca para enriquecer y po-

tenciar a todo el movimiento por la paz, por la democracia, por la independencia de los pueblos y por el progreso social. No son posibles ni modelos universales, ni cátedras de orotodoxia ideológica, ni centros exclusivos de dirección política. El indispensable proceso hacia un acercamiento y una colaboración debe desarrollarse dentro del respeto a la autonomía y a la independencia de cada Estado, de cada partido y movimiento y contrastando de forma crítica, libre y constructiva las diferentes experiencias y elaboraciones.

6. La lucha por un nuevo orden mundial basado en la paz, en la justicia y en la cooperación entre todos los pueblos tiene uno de sus puntos focales en Europa occidental. Europa occidental puede frenar la decadencia de su función cultural y civilizadora, que pertenece a su mejor tradición, y adquirir una nueva función positiva en interés de toda la humanidad sólo si las diferentes organizaciones políticas, sindicales y de masas de movimiento obrero y todas las fuerzas democráticas serán capaces de colaborar y unirse para llevar a cabo los grandes objetivos de la defensa y del progreso de la democracia, de la paz, de la independencia y del desarrollo de todos los pueblos, de la cooperación internacional. Es dentro de este empeño común donde las fuerzas obreras y progresistas con una orientación socialista y comunista pueden y deben luchar por una transformación socialista que se corresponda con las tradiciones y las peculiaridades de cada país y del conjunto de este área en el mundo.

La Revolución de Octubre y la construcción de sociedades nuevas, en Rusia y después en otros países, han tenido un valor de ruptura histórica del sistema del imperialismo y de la explotación capitalista y de impulso a las revoluciones nacionales y sociales. Se han conseguido grandes conquistas en el desarrollo económico, social y cultural. Los Estados resultantes de este proceso revolucionario juegan hoy un papel determinante en la vida mundial y su contribución es indispensable para la solución de cualquier problema.

Al mismo tiempo, esta gran experiencia histórica ha mostrado límites, contradicciones y errores que tienen un peso en la vida interna, económica y política de cada país, sobre

todo por lo que se refiere a la democracia. Estos límites, contradicciones y errores pesan también en las relaciones entre los diferentes países socialistas y limitan la fuerza de atracción de los ideales del socialismo en todo el mundo. De cualquier forma es del todo evidente que las vías y los modelos seguidos en estos países no pueden ser propuestos para la transformación socialista de países como los de Europa occidental y como Italia.

Los partidos socialdemócratas y, en particular, los que han dirigido o dirigen los gobiernos de los distintos países europeos, aun habiendo llevado a cabo importantes progresos en las condiciones económicas y sociales de las clases trabajadoras, no han llevado a la sociedad fuera de la lógica del capitalismo. También en los países regidos por la socialdemocracia el tipo de desarrollo —que ha sido posible, por otro lado, gracias también a la explotación colonialista— ha llegado a un punto de crisis. Tal tipo de desarrollo sufre los contraataques que derivan del despertar y del movimiento liberador de los pueblos ya oprimidos por el colonialismo. Además, no se muestra capaz, frente a la crisis actual, de asegurar la solución de grandes problemas como el trabajo, la justicia, la emancipación y la participación de grandes masas de hombres, mujeres, jóvenes. A ello hay que añadir que muchos partidos socialdemócratas se resienten todavía —aunque de forma diferente— del límite de fondo del anticomunismo, del cual derivan leyes discriminatorias y actitudes no democráticas en la práctica gubernamental de algunos países. En un plano más general, en amplios sectores de la socialdemocracia emerge una incapacidad para entender en toda su extensión la necesidad de una superación de la dramática división de la humanidad. En el campo socialdemócrata, se verifica una diferenciación entre fuerzas que continúan por un camino que excluye modificaciones sustanciales del sistema capitalista y que mantiene una división del movimiento obrero, y otras fuerzas que comienzan, incluso con una reflexión autocrítica, a plantearse el problema de la superación del capitalismo y de la búsqueda de un encuentro entre todas las fuerzas representativas del movimiento de los trabajadores.

7. En las condiciones actuales,

por tanto, toda una serie de replanteamientos críticos han madurado y continúan haciéndolo en todas las fuerzas progresistas y revolucionarias: democráticas avanzadas, socialdemócratas, socialistas, comunistas, cristianas. Hay posibilidades nuevas de diálogos constructivos y de entendimientos: para la humanidad; para Europa; para Italia.

La tarea histórica común consiste en abrir nuevas vías al progreso y a la renovación de Europa occidental, encaminadas hacia transformaciones socialistas. Un encuentro de gran importancia puede tener lugar entre las fuerzas que se inspiran en los ideales del socialismo y esas fuerzas del mundo cristiano y católico comprometidas en la búsqueda de vías profundamente renovadoras. Es necesario buscar soluciones que se enlacen con las características nacionales y con las condiciones de la época actual y que respondan a rasgos y exigencias esenciales que son comunes a las sociedades industriales desarrolladas, regidas por instituciones democrático-parlamentarias, como son hoy los países de Europa occidental.

Se trata, por tanto, frente a las experiencias de la socialdemocracia, de iniciar procesos de transformación socialista, que sean, sin embargo, diferentes de los llevados a cabo, tras la Revolución de Octubre, en la Unión Soviética y en otros países socialistas. En este sentido hablamos, por lo que se refiere a Europa, de una tercera vía. Se trata de una visión de la transición al socialismo y de las características de una sociedad socialista que tiene profundas raíces en la historia de Europa occidental, en las seculares luchas por las libertades políticas, culturales y religiosas que la han caracterizado, y sobre todo en las grandes batallas de democracia, de libertad y de progreso social que han sido combatidas y ganadas por su movimiento obrero.

Siguiendo esta vía, el movimiento obrero de Europa occidental puede dar una ulterior y esencial contribución a la lucha contra las fuerzas imperialistas y neocolonialistas, a la construcción de un socialismo completamente democrático, a la instauración de un nuevo orden internacional de paz y de cooperación, y por tanto también al desarrollo democrático de las sociedades socialistas existentes.

La reflexión de los comunistas italianos se ha cruzado en los últimos años con la que estaban realizando de forma autónoma otros partidos comunistas de Europa occidental y de países como el Japón. A pesar de las diversas coordenadas históricas y de orientación en que actúan, se ha afirmado la convicción común de que la lucha por el socialismo y su construcción deben ser llevadas a cabo en la plena expansión de la democracia y de todas las libertades. Esta es la elección del eurocomunismo.

El PCI no concibe el eurocomunismo como un movimiento que se contrapone a los partidos comunistas y a las fuerzas revolucionarias y progresistas de otros países y continentes o que pretende mostrar soluciones universalmente válidas. La realidad del movimiento mundial de emancipación es policéntrica. Y el eurocomunismo quiere representar una peculiar contribución al complejo proceso de afirmación y de desarrollo de los ideales socialistas en Europa y en el mundo. En particular el eurocomunismo debe ser capaz de proponer y de hacer prevalecer una relación de nuevo tipo, no colonialista ni neocolonialista, entre Europa occidental y los países en vías de desarrollo, contribuyendo a establecer así un nuevo orden económico mundial, basado en la igualdad, la justicia y la solidaridad.

#### b) *Democracia y socialismo*

8. En Italia, la transformación democrática y socialista se hace necesaria y actual por la crisis de fondo que desde hace años se ha abierto en nuestra sociedad, al tiempo que se ve posibilitada por la fuerza y la madurez de un movimiento obrero cuyo nervio es el Partido Comunista.

La estrategia de una vía democrática al socialismo y la concepción de una sociedad socialista basada en la democracia tienen sus raíces en todo el reciente proceso histórico nacional, aparte de los estudios de Gramsci y de Togliatti sobre las condiciones y las líneas de avance hacia el socialismo en Italia.

El reconocimiento y la afirmación del valor de la democracia política han sido una sólida conquista que el movimiento obrero alcanzó ya en la lucha contra el fascismo y en la Resistencia.

En Italia, las clases dominantes

fueron las que provocaron la destrucción de las libertades democráticas. La clase obrera y las masas campesinas, durante la lucha para volver a levantar el país de la situación desastrosa en la que el fascismo lo había arrojado, hicieron suya la causa de la democracia, de la unidad y de la independencia nacional. En este proceso, el partido comunista, que fue tras la Liberación una de las fuerzas fundadoras de la República y de la Constitución, ha tenido una función de vanguardia y de protagonismo.

También durante estos treinta últimos años el partido comunista ha seguido una línea de defensa coherente de las instituciones democráticas, de organización y desarrollo de la vida democrática entre las masas de los trabajadores y de los ciudadanos, de luchas por las libertades individuales y colectivas, por el respeto y el cumplimiento de la Constitución. El PCI ha llevado a cabo esta política a través de la búsqueda constante de la unidad con el PSI, con las otras fuerzas democráticas, laicas y católicas, y —aún en la lucha desde la oposición— de toda posible convergencia con la misma DC con el fin de evitar la ruptura del marco democrático constitucional.

9. La clase obrera, los trabajadores, quieren y defienden un sistema de garantías institucionales de las libertades: ello se debe, por un lado, a que las libertades políticas y civiles son conquistas históricas de valor irrenunciable para la convivencia humana; por otro lado, a que un régimen democrático es el terreno más favorable al desarrollo de la lucha de clases encaminada a la reforma de la estructura económica y social. La democracia política se presenta por tanto como la forma institucional más alta de organización de un Estado, también de un Estado socialista. Al mismo tiempo, la reforma de las estructuras sociales y económicas es esencial para que los derechos democráticos sean verdaderamente sustanciales y efectivos, eliminando la explotación y las desigualdades de clase, asegurando a todos las mismas posibilidades de afirmación de la propia personalidad, abriendo el camino a una superación gradual de la división entre gobernantes y gobernados, a una plena liberación del hombre y de la sociedad.

En la actual fase histórica, el de-

sarrollo capitalista provoca un creciente quebrantamiento de las bases de la vida asociada y democrática, quita a los hombres el dominio no sólo del producto de su trabajo, sino de la misma actividad productiva, de sus métodos, de sus fines. Con todo tipo de medios, las clases dominantes obstaculizan la participación del movimiento obrero y de las clases trabajadoras en la dirección del Estado. En estas condiciones, las instituciones democráticas se ven atascadas en su funcionamiento, corren el riesgo de ser vaciadas, pierden prestigio, a veces se derrumban.

El liberarse de la explotación de clase, la defensa de las garantías democráticas y la expansión de la democracia no son exigencias que se contraponen, sino que se condicionan y se integran de forma recíproca.

10. Para superar las contradicciones inherentes al capitalismo, hay que asegurar un desarrollo de las fuerzas productivas mediante una programación democrática de la economía. Este objetivo puede y debe ser perseguido a través de luchas políticas de masas.

Para que tal programación se consolide, es necesario un poder político democrático, caracterizado por la participación de todo el movimiento de los trabajadores y por el consenso de la mayoría de los ciudadanos.

Para realizar los fines y los valores del socialismo, no es necesaria una estatización integral de los medios de producción. Tendrá que haber una presencia de sectores públicos de la economía y de sectores en los que actúe la iniciativa privada. El poder político democrático tendrá que fijar los objetivos principales del desarrollo, elaborando —a través de una confrontación con las diferentes fuerzas sociales y los diferentes centros democráticos— un plan que constituya un cuadro preciso de referencia para todos los *operadores* económicos públicos y privados.

El poder político, a la hora de llevar a cabo las reformas, debe programar y orientar el desarrollo teniendo en cuenta algunas exigencias objetivas del proceso económico. En particular, hay que apoyar a las iniciativas públicas y privadas que, realizando los fines de la programación, contribuyan a la elevación de la productividad empresarial y nacional.

Una función particular la tendrán la propiedad campesina de cultivo libremente asociada; la artesanía; la pequeña y mediana empresa y también la iniciativa privada en el sector de las actividades terciarias. El desarrollo de la cooperación y de las formas asociadas constituirá un momento fundamental y deberá ser acompañado por un progreso tecnológico y de la organización productiva y, por tanto, por un aumento de la productividad.

Los fines generales de la programación democrática, sustancialmente, deben ser los de hacer prevalecer el interés general de la colectividad, los principios y los ideales del progreso, de la justicia, de la solidaridad.

En esta concepción del proceso de transformación de la sociedad en un sentido socialista, debe haber una articulación del sistema económico que asegure una integración entre programación y mercado, entre la iniciativa pública y la iniciativa privada, entre coordinación económica nacional, regional y empresarial y participación de los trabajadores en la definición y control de los rumbos del proceso productivo.

11. Una política de austeridad que sea un instrumento de transformación social y de progreso civil y cultural es actualmente la condición necesaria para un desarrollo programado. Para conseguir este fin, es indispensable un poder político democrático dotado de una fuerte capacidad de dirección, que se apoye sobre una base de consenso más amplia que una sencilla mayoría. Tan sólo de esta manera será posible romper los obstáculos y vencer las resistencias de las oligarquías económicas y financieras y de la extensa e intrincada selva de las posiciones corporativistas y de castas y grupos parasitarios.

En el cumplimiento de esta tarea sobresale la función central de la clase obrera: antagonista del capitalismo, no sólo por su situación objetiva en el proceso productivo, sino también por su madurez política e ideológica, por las posiciones y el peso político que ha conquistado en la vida de Italia. Esta hegemonía no se puede ejercer sin la unidad de estratos más amplios de trabajadores dependientes de la ciudad y del campo y sin una amplia formación de alianzas. Estas alianzas tienen que basarse en la convergencia de

intereses concretos y en la necesidad de comenzar a solucionar las grandes cuestiones, históricas y actuales, de la sociedad italiana. De todo ello ha derivado y deriva la línea de la alianza entre la clase obrera y los campesinos, las masas populares del Mezzogiorno (sur de Italia), los intelectuales, las clases medias trabajadoras. Hoy asume una actualidad e importancia particulares la alianza entre la clase obrera ocupada, del Norte y del Sur, con las grandes masas juveniles y de mujeres y con los otros estratos de la población a los cuales el tipo de desarrollo y la crisis de la sociedad tienden a marginar.

La puesta en práctica de este camino renovador traerá consigo necesariamente choques con fuerzas capitalistas, no sólo conservadoras, sino reaccionarias, no sólo internas, sino también extranjeras. Los hechos demuestran que cada avance del movimiento obrero y democrático suscita resistencia y reacciones incluso violentas, atentados al régimen democrático, acciones terroristas, campañas nihilistas de diferentes tipos, intentonas de golpe abiertas o encubiertas. Pero las condiciones actuales son tales que la violencia y los intentos de atacar al régimen democrático pueden ser derrotados e impedidos mediante la adhesión activa de la aplastante mayoría de la población a las instituciones democráticas, por medio de la reforma de las estructuras económicas y las luchas de masas de los trabajadores.

La estrategia de avance democrático al socialismo debe por tanto prevér eficacia y firmeza en la actuación gubernamental en base a decisiones adoptadas con todas las garantías constitucionales, sostenidas por un amplio consenso de obreros, de trabajadores, de fuerzas populares; y exigirá una lucha en el campo de la cultura, de las ideas, de la moral y de las costumbres, para una ulterior maduración de la conciencia de clase y política.

12. La experiencia histórica confirma la validez de la concepción marxista que sitúa al modo de producción —con las relaciones y los conflictos de clase que en él se establecen y se desarrollan— en la base de los ordenamientos y de las organizaciones jurídicos y políticos y de las orientaciones ideológicas; pero este nexo no es un nexo de dependencia mecánica, sino de reciprocidad dialéctica.

Los partidos están ligados a determinados intereses de clase, pero no son una pura y mecánica expresión de ellos. En la realidad italiana, son instrumentos fundamentales, aunque no exclusivos, de organización de la democracia. Incluso cuando la sociedad sea transformada en sus bases económicas y se elimine la división en clases antagónicas, continuará habiendo intereses diferentes y conservarán importancia y valor diversas orientaciones y tradiciones ideológicas, políticas, culturales, religiosas.

De ello se deriva la posibilidad de que existan y funcionen varios partidos —alternándose en la función de gobernar— también en la tarea de renovación democrática y socialista de la sociedad y en la tarea de edificar y dirigir una sociedad nueva.

El mismo papel dirigente de la clase obrera en el proceso de superación del capitalismo y de construcción del socialismo puede y debe realizarse a través de una colaboración y un entendimiento entre partidos y entre las diferentes corrientes que aspiran al socialismo, y en el ámbito de un sistema democrático en el que gocen de plenos derechos todos los partidos constitucionales, incluso aquellos que no desean la transformación de la sociedad en un sentido socialista y que se oponen a ella, naturalmente siempre dentro del respeto a las reglas democráticas constitucionales.

De la misma forma, en la sociedad socialista deberán ser garantizadas la libertad y la autonomía de las organizaciones sociales y, en particular, de los sindicatos.

13. Esta visión pluralista no es un expediente táctico, ni un súbito descubrimiento actual, sino el resultado de una larga maduración ideológica y política. Es el fruto de ese filón de cultura y experiencia que logró sacar al movimiento socialista italiano fuera del disfraz mecanicista y dogmático y que ha asegurado el desarrollo de un pensamiento marxista original —desde Labriola a Gramsci y a Togliatti— en el análisis de la realidad italiana y en la fecunda relación con los puntos más altos de la elaboración marxista en el mundo. Es también el fruto de la lucha democrática llevada a cabo durante tantos decenios por las masas obreras y populares con la contribución esencial del PCI.

En esta concepción, la transformación de las estructuras es la condición fundamental, pero por sí sola no asegura los complejos valores del socialismo y de la libertad, ni resuelve todos los problemas del hombre, ni agota las múltiples dimensiones del empeño humano. No olvidemos que la misma transformación, que, como hemos dicho, es fundamental, de la estructura económica es a su vez el producto histórico del empeño de los hombres y de sus determinaciones también en el plano político, organizativo e ideológico.

Sobre esta base, el PCI vuelve a confirmar sus posiciones, de principios y políticas, sobre la libertad de la cultura, del arte, de la ciencia que debe ser plenamente garantizada en una sociedad y en un Estado efectivamente laico. Sólo de esta manera las fuerzas culturales pueden ejercer plenamente su función renovadora y crítica.

14. El desarrollo de las posiciones políticas y teóricas de nuestro partido sobre la religión es especialmente significativo. El PCI reafirma, para hoy y para el mañana, el principio del respeto a la religión y a todas las libertades religiosas y el papel central de la salvaguardia de la paz religiosa para asegurar la convivencia y el desarrollo democrático y para favorecer la política de unidad de las masas populares.

Los comunistas italianos se han comprometido y están comprometidos en un esfuerzo permanente para la búsqueda de un acuerdo con el mundo cristiano y católico para salvar la civilización humana de la guerra atómica y para promover la justicia y el progreso de la humanidad. Reafirmamos la necesidad de un diálogo, de un reconocimiento recíproco de valores y de un encuentro con aquellos movimientos y fuerzas católicas en los que están presentes y actúan exigencias y tendencias de renovación social, civil y moral.

La experiencia confirma que la conciencia cristiana, frente a la dramática realidad del mundo contemporáneo, puede ser un estímulo que lleve a un compromiso de lucha por la transformación socialista de la sociedad.

Estas posiciones políticas tienen un fundamento teórico, por cuanto los comunistas italianos —atentos a la realidad de la dimensión religio-

sa— han superado la concepción según la cual sería suficiente con extender los conocimientos y el cambio de las estructuras sociales para determinar modificaciones radicales por lo que se refiere a las orientaciones ideológicas y a la conciencia del hombre.

15. En el PCI los objetivos y los ideales de solidaridad, justicia y fraternidad, de libertad y democracia, que serán propios de la nueva sociedad, caracterizan y deben caracterizar la vida interna, el temple moral, las costumbres. Pero hace ya tiempo que hemos superado la concepción del partido comunista como «prefiguración» del Estado y de la sociedad socialista.

Debe quedar bien claro que el partido es *parte* de la sociedad y del Estado. El partido quiere ser, en primer lugar, expresión directa y organizada de la clase obrera y de todos los estratos populares, un partido de masas y de lucha, una fuerza autónoma de transformación de la sociedad, capaz de exponer una consciente función de gobierno. En esta dimensión pluralista, el partido debe seguir siendo parte, no está destinado a dilatarse en Estado. Esta es la fecunda intuición a partir de la cual se mueve Togliatti desde 1944: vía nacional, democrática al socialismo: un partido nuevo.

La relación existente entre el partido comunista y su tradición ideológica no puede ser del mismo tipo de la que un Estado democrático debe tener con las diferentes corrientes ideológicas y culturales.

En efecto, el Estado democrático —laico, no confesional— no hace suya ninguna específica corriente de pensamiento, ideología o religión. Los principios que constituyen su base unitaria histórica, jurídica e ideológica son, en la Italia actual, el antifascismo, la Resistencia, la Constitución.

El PCI ha afirmado desde hace mucho tiempo y ha sancionado en el Estatuto el principio de su laicismo, estableciendo que la adhesión al PCI se verifique sobre la base del programa político.

El partido comunista tiene sin embargo un preciso punto de referencia en una tradición ideológica y cultural que, históricamente, partiendo de la fundamental inspiración marxista, se ha ido formando y debe continuar formándose a través de una fecunda confrontación con las



corrientes más vivas de la cultura italiana y mundial, con los desarrollos del pensamiento y de la ciencia moderna y con las diversas elaboraciones e interpretaciones del marxismo.

Nosotros no concebimos el pensamiento de Marx, de Engels, de Lenin como un sistema doctrinal: por ello desde hace tiempo pensamos que la fórmula «marxismo-leninismo» no expresa toda la riqueza de nuestro patrimonio teórico e ideológico. El pensamiento de los fundadores del socialismo científico, así como el de Lenin y de otros teóricos y dirigentes del movimiento obrero, entre los cuales resalta la peculiar contribución de Gramsci y de Togliatti, ha constituido y constituye, para los comunistas italianos, una fuente de orientación para el análisis de las situaciones y para la elaboración política, un instrumento de investigación y base de orientaciones que intentan ser aprovechadas, verificadas críticamente y renovadas mediante la confrontación con la realidad, con la experiencia y con otras corrientes de pensamiento. En este sentido, también en el Estatuto es necesario expresar la riqueza de este patrimonio y la necesidad de conocerlo y profundizarlos, superando la fórmula limitativa del artículo 5.

16. El método del centralismo democrático responde a los fines de un partido que quiere transformar las bases y el carácter de clase de la sociedad y del Estado, mediante la lucha de las masas y su organización y que es consciente de que la fuerza de los explotados y de los oprimidos reside en su organización y en su unidad. Este método —que los comunistas italianos han ido utilizando y renovando durante una larga prueba histórica— ha permitido al PCI cumplir sus deberes hacia el país con una vida interna propia democrática y unitaria.

Sin embargo, es necesario dar nuevos pasos hacia adelante, también mediante oportunas modificaciones organizativas.

El carácter popular y de masas del partido, la necesidad de estar siempre al tanto de la realidad nacional, la multiplicidad de sus tareas en la sociedad y en las instituciones hacen necesaria una soldadura más orgánica, en su vida interna, entre el momento democrático y el unitario.

A causa de ello, en el partido deben desarrollarse cada vez más

una democracia profunda y de masas, el hábito de la libre discusión, la costumbre crítica, la iniciativa de cada organización y de cada militante. Al mismo tiempo, deben fortalecerse el espíritu unitario y constructivo, el desinterés personal, la lealtad en las relaciones entre compañeros, en el rechazo del método de las corrientes que hacen cristalizar las divisiones y al final corrompen la vida de un partido y obstaculizan y rompen una efectiva dialéctica democrática.

### c) *La política de unidad*

17. La política de unidad tiene para el PCI el valor de una elección estratégica. Esta línea no ha sido tan sólo la decisión de un momento excepcional en la vida de la Nación, durante la lucha por la liberación de Italia frente al fascismo, sino que ha sido el eje de una perspectiva a largo plazo, para construir en Italia una democracia nueva y progresista y para avanzar hacia el socialismo en democracia. En la base de esta orientación está la comprensión de la historia del país, la valoración de las fuerzas reales —sociales, políticas, ideológicas— que están actuando. El PCI ha sido siempre completamente coherente con esta inspiración y exigencia unitaria durante la fase constituyente de la República y también durante la acción y la lucha que, tras la ruptura de la unidad antifascista y nacional y por varios años, se vio obligado a mantener para hacer frente y vencer a la concepción y la política de la discriminación contra las fuerzas obreras y contra nuestro Partido. El PCI puede reivindicar el mérito histórico de haber llevado a cabo esta batalla —incluso contra los intentos de salir fuera del marco constitucional— en el terreno de la democracia, haciendo de la Constitución y de la práctica de sus elementos innovadores, el escudo y el arma del movimiento obrero.

Puntos esenciales de nuestra política unitaria han sido y continúan siéndolo la relación de unidad con el PSI y la búsqueda de un encuentro y un entendimiento con las fuerzas populares y progresistas de inspiración católica. Esta es la línea que se ha expuesto en la formulación del compromiso histórico.

18. La política de unidad adquiere hoy nuevas razones y nuevas fuerzas por la realidad de la crisis y

por el dramatismo de la situación política. En el último decenio, la exigencia unitaria se ha ido afirmando como condición esencial para hacer frente a la crisis y renovar el País, tanto en los movimientos, en las luchas y en la conciencia de grandes masas obreras y populares, como en las relaciones políticas. Este proceso ha permitido superar, aunque no totalmente, las viejas divisiones del período de la guerra fría y ha permitido también vencer nuevos intentos de contraposición y de choque frontal. El peso político y la función del movimiento obrero han ido poco a poco aumentando. El hecho más significativo ha sido el avance comunista de 1975 y de 1976, el cual, al tiempo que ha determinado que aumentasen las posiciones de gobierno de las izquierdas en las administraciones locales y regionales, ha llevado también a las clases trabajadoras al umbral de la participación directa en la guía del Estado.

Aquí reside la razón fundamental de las nuevas y complejas características asumidas por la lucha política en Italia: las posibilidades de cambios fundamentales que se han abierto, pero también la extensa y dura contraofensiva dirigida sobre todo contra el PCI y cuyo fin es impedir que se pueda llevar a cabo un programa innovador.

Tras el 20 de junio, aunque las resistencias, especialmente de la DC, no han permitido la formación de un gobierno de coalición, que comprendiese al PCI y al PSI, han surgido formas nuevas de solidaridad y colaboración y se han establecido compromisos comunes entre las fuerzas democráticas.

Sobre esta base ha sido posible mantener a salvo las instituciones democráticas frente al ataque y el chantaje eversivo y terrorista que ha tenido su momento culminante con el secuestro y asesinato del Onorevole Moro; resolver positivamente la grave crisis de la Presidencia de la República; alejar las amenazas de un próximo colapso económico y financiero; salvaguardar el nivel de vida de los trabajadores; establecer algunas condiciones para una política de programación del Estado y en la vida civil y cultural.

Pero la crisis del país está lejos de haber sido superada, en parte por las repercusiones de la actual situación europea y mundial, pero sobre todo por el peso del deterioro, determi-

nado por las directrices políticas y por el tipo de dirección gubernamental de los decenios anteriores, y por la permanente incertidumbre de las perspectivas políticas. La realización coherente de una política de austeridad, de justicia, de reformas se ve obstaculizada, por una parte, por las resistencias de fuerzas privilegiadas y por la defensa encarnizada de posiciones de poder por parte de importantes sectores de la DC, y, por otro lado, por la exasperación de impulsos corporativistas y de particularismos que dañan la unidad del movimiento de los trabajadores y la solidaridad nacional.

Están emergiendo tendencias y fenómenos de disgregación y de desorden que pueden preparar el terreno a involuciones autoritarias.

La situación del país se encuentra por tanto en un punto crucial. La política de solidaridad y unidad democrática se halla sometida a una prueba decisiva. Hay que ir hacia adelante: vencer las resistencias conservadoras y los impulsos corporativistas; asegurar la firme defensa del orden y del sistema democrático; dar impulso y un nuevo aliento a la iniciativa unitaria para solucionar con rapidez los problemas del país dentro de una línea de renovación y de reformas. Es necesario por tanto que la política de unidad quede enraizada más profundamente en la conciencia de las masas populares, que se vuelva voluntad y compromiso de lucha. El PCI vuelve a repetir que no se logrará salir verdaderamente de la dramática presión de la crisis, que no es posible encarar, de forma orgánica, la necesaria y profunda tarea de transformación de la sociedad y del Estado, si la política de solidaridad democrática —tras superar todo residuo de discriminación— no encuentra su expresión plena y coherente también en el campo gubernamental, con la participación del PCI.

El PCI está comprometido y debe comprometerse cada vez con mayor decisión en esta perspectiva que basa la renovación de Italia en la llegada de las clases trabajadoras a la dirección del Estado. Es evidente que ello trae consigo nuevos y duros momentos de lucha. Pero en cada momento, en cada campo de acción es necesario insistir en la línea unitaria; es necesario mostrar claramente, en las orientaciones generales y en las propuestas concretas, la capacidad del PCI para ser una fuerza de gobierno.

## CAPITULO II

### LA COLABORACION ENTRE LOS COMUNISTAS, LOS SOCIALISTAS, Y LOS MOVIMIENTOS PROGRESISTAS A ESCALA MUNDIAL

40. La gravedad de los problemas del mundo contemporáneo hace más necesaria que nunca la colaboración de todas las fuerzas democráticas y de la paz, y sobre todo entre las fuerzas comunistas y socialistas, entre los movimientos revolucionarios y progresistas de cada país del mundo. Ello requiere un nuevo internacionalismo. La necesidad de una nueva concepción y práctica del internacionalismo es evidente desde hace mucho tiempo. Tal necesidad deriva del mismo proceso histórico mediante el cual se han firmado en el mundo las grandes corrientes emancipadoras, suscitadas o estimuladas por la Revolución de Octubre. Varias experiencias de transformaciones socialistas de la sociedad se han llevado y se llevan a cabo en numerosos países, grandes y pequeños, de diferentes continentes: países cuyo nivel de desarrollo económico, cuyos patrimonios culturales, formas estatales, situaciones internacionales son muy diversos. En otros países que sufrían una opresión secular se ha desarrollado un fuerte movimiento de despertar nacional.

Este proceso ha provocado un profundo cambio en el status político mundial, dando un duro golpe al imperialismo, el colonialismo, el racismo.

Este proceso se ha desarrollado en el marco de unidades estatales sobre las que pesaba enormemente la herencia del pasado. El mismo despertar nacional ha conocido y conoce exasperaciones de tipo nacionalista. Están también presentes tendencias al predominio en las relaciones entre Estados más fuertes y Estados más débiles. Pero no es aquí donde se encuentran únicamente los orígenes del resurgir de graves contrastes estatales. En ellos se manifiestan también nuevas contradicciones. Queda claro que no es posible proponer modelos únicos para la organización de la sociedad y que tampoco es posible una única representación de todos los países socialistas a escala mundial. Cuanto más se ha ido desarrollando el movimiento de liberación nacional y de emancipación social, tanto más han aparecido y

aparecen inaceptables relaciones desiguales entre Estados y naciones.

Con valor y con gran amplitud de miras hay que salir de los esquemas heredados de las viejas relaciones entre los Estados y de las concepciones ya superadas del internacionalismo, hay que empujar hacia adelante el proceso de distensión internacional. Tan sólo de esta manera será posible resolver las crisis más graves y establecer relaciones de igualdad, de colaboración y de amistad entre esos pueblos, naciones y estados que se han afirmado y se afirman en el gran proceso de emancipación social y nacional de este siglo. Si no se da este esfuerzo, las contraposiciones y los conflictos corren el riesgo de agravarse aún más.

41. Nadie puede ignorar el peso que los países socialistas han tenido y tienen en el mundo. Ninguna fuerza política, sea cual sea su juicio sobre ellos, puede cerrar los ojos ante esta realidad. Las fuerzas que se inspiran en ideas progresistas y socialistas no pueden pensar que van a favorecer el avance de la causa por la que luchan con una actitud y con campañas de hostilidad respecto a estos países. Naturalmente una actitud de amistad y de comprensión exige un debate y una investigación crítica. Grandes masas populares de todo el mundo, durante diversas etapas de su lucha, han encontrado en estos países un apoyo válido, a menudo de importancia decisiva. Han mirado y continúan mirando a estos países y a sus conquistas de orden nacional y social con esperanza y simpatía, considerándolos sociedades donde se ha ido verificando un cambio radical de la estructura de clase.

Los caminos recorridos por estas sociedades constituyen un patrimonio de experiencias positivas, dificultades y errores que toda fuerza emancipadora ha de tener en cuenta con el fin de comprender —de modo objetivo y crítico— sus características, posibilidades, contradicciones y límites.

42. El XX Congreso del PCUS abrió, en el lejano 1956, grandes esperanzas en una gran parte del movimiento comunista, del movimiento obrero y democrático internacional. Se trataba de una espera legitimada por la condena hecha a las degeneraciones y crímenes cometidos en la época de la dirección de Stalin; por la crítica del anquilosamiento dogmático que el marxismo y

la cultura conocieron en aquella época; por el reconocimiento de cómo los procesos revolucionarios habían ido históricamente diferenciándose y cómo debían ser comprendidos, respetados y alentados en su autonomía y originalidad.

Ya Togliatti advirtió en 1964, en su «Promemoria de Yalta» que por el camino del XX Congreso no se podía marchar hacia adelante con coherencia y con valor. La intervención militar de la Unión Soviética y de otros países del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia ha interrumpido, en este país la búsqueda de una vía democrática nacional, original, de desarrollo del socialismo y ha tenido consecuencias negativas en el interior de los mismos países que la llevaron a cabo.

Sin embargo, hay un motivo por el que no se ha podido marchar hacia adelante por el camino del XX Congreso. Este Congreso del PCUS no se remontó al proceso histórico para buscar en él las causas que hicieron posible los trágicos hechos que estaba denunciando. No puso en discusión cuestiones de fondo.

Los pesados costes pagados durante el proceso abierto en Rusia por la Revolución de Octubre derivan de las condiciones objetivas en las que se llevó a cabo la primera revolución proletaria, pero, al mismo tiempo, de defectos y errores de planteamiento y de directriz económica y política, de elecciones como las de la planificación rígidamente centralizada, de la estatalización total de la economía, de los modos y de los tiempos de la colectivización en el campo, de la identificación entre Partido y Estado. Ello repercutió negativamente en las relaciones entre las clases, en las relaciones políticas, en la naturaleza misma de las instituciones. Quedó determinada así y permanece aún una grave contradicción entre el desarrollo económico, la elevación cultural de la masa, las premisas de democracia implícitas en la revolución socialista, y el prolongarse de formas de organización de la vida económica, social y política que obstaculizan el desplegarse de una vida plenamente democrática, el ejercicio de algunas libertades y derechos fundamentales la plena participación de los trabajadores.

Múltiples factores han originado esta contradicción, comenzando por el no haberse producido la revolu-

ción socialista en Europa occidental. La tesis de que la causa primera hay que buscarla en el pensamiento de Lenin o del mismo Marx, es absurda. Tal tesis es el fruto de la incompreensión de las relaciones entre elaboración teórica y lo concreto y complejo de los procesos históricos. También la obra teórica y política de Lenin, naturalmente, ha de ser examinada con rigor crítico de forma de poder captar sus límites. Pero Lenin queda como el más grande revolucionario del siglo, cuya enseñanza sigue siendo esencial para la investigación y el compromiso de transformación de la realidad.

El tipo de planificación, de Estado, de partido, de relación entre partido comunista y Estado que se construyó en la Unión Soviética actuó como modelo para muchos otros países socialistas. No estamos subvalorando las diferencias —incluso sustanciales— que existen entre los diferentes países socialistas: sería un error no verlas y un error fue no haber reconocido las bases objetivas, como aconteció por lo que respecta al primer intento original llevado a cabo por la Liga de los comunistas de Yugoslavia. También de la constatación de estas diferencias deriva la búsqueda de nuevas vías de avance al socialismo y de formas de organización de la sociedad que respondan a las exigencias de democracia y libertad propias de los ideales socialistas.

43. Las fuerzas emancipadoras poseen hoy en el mundo, justamente por el propagarse de las ideas y del proceso revolucionario, una amplitud y consistencia que va más allá del área de los partidos comunistas. Entre los mismos partidos comunistas existen diferenciaciones profundas. Por tanto, la premisa de un nuevo internacionalismo es, ante todo, la puesta en práctica de normas de igualdad.

Las relaciones entre los partidos comunistas —como, en general, entre los partidos del movimiento obrero— deben estar basadas en un riguroso respeto de la independencia y autonomía de cada partido. Se tiene que rechazar cualquier forma de injerencia, directa o indirecta, en la vida interna de los partidos. Esto no debe obstaculizar el intercambio de las experiencias, la discusión de problemas cuyo interés sea común, la crítica rigurosa. La discusión debe ser franca y abierta, pero leal, res-

petuosa hacia el otro partido, intentando comprender las razones del otro, superar las divergencias y resolver de forma positiva los problemas.

En las relaciones entre los Estados y, con mayor razón, entre los Estados que se definen por el socialismo, se tienen que acatar los principios del Derecho internacional, la Carta de la Organización de las Naciones Unidas y, por tanto, respetar rigurosamente la independencia y la soberanía de cada Estado.

Entre las fuerzas revolucionarias pueden nacer, a partir de los grandes problemas que atormentan a la humanidad contemporánea, formas de convergencia y, yendo más allá, formas de colaboración y de solidaridad. Pero tales problemas no interesan sólo a los comunistas o a las fuerzas revolucionarias, ni únicamente al movimiento obrero sino también a formaciones de fuerzas sociales, políticas y culturales más amplias.

Siempre es necesario acrecentar la conciencia de las masas obreras de todos los países de que sus intereses fundamentales son comunes y opuestos a los del capitalismo. Pero también hay que ir, en la actualidad, más allá de esta concepción para establecer un entendimiento y cooperación con fuerzas, que aunque no pertenecen al movimiento obrero, trabajan por la paz, por la independencia de los pueblos, por la democracia y por el progreso social.

44. En una nueva concepción del internacionalismo hay que prestar una atención particular a las relaciones entre partidos comunistas, socialistas y socialdemócratas. El PCI ha actuado y actúa, incluso a escala internacional, con la intención de favorecer la confrontación de las ideas y la convergencia con los partidos socialistas y socialdemócratas.

Hoy existen las condiciones para, por medio de la confrontación crítica, abrir un proceso tendente a superar las divergencias históricas y a lograr una recomposición unitaria del movimiento obrero de Europa occidental.

Esta posibilidad resulta más evidente gracias a la línea asumida, con el eurocomunismo, por algunos partidos comunistas de Occidente. El eurocomunismo expresa también la conciencia de las tareas comunes que la situación internacional de los países de la Europa occidental y la

creciente internacionalización de sus economías impone hoy al movimiento organizado de los trabajadores de estos países. El eurocomunismo se presenta como un conjunto de políticas y posturas teóricas en vías de elaboración y desarrollo, y ya se ha

ido caracterizando como una nueva esperanza para quien ha captado la crisis de fondo del mundo contemporáneo y no quiere renunciar a la lucha para la construcción de un destino progresista para la humanidad.

muchas dificultades, pero que también tiene la capacidad y la energía para resolverlos. Lo que es preciso es abrir los cauces, señalar las orientaciones, y convocar al pueblo vasco a caminar con paso firme y decidido por su consecución.

Hay tres problemas claves. Intimamente entrelazados:

1. El entronque con la democracia a nivel de estado, que la libertad para Euskadi suponga la democracia para España y viceversa.

2. Terminar con el terrorismo por la vía de la democracia, de la participación, marginándolo de la vida social vasca, y

3. Abordar los problemas de la crisis económica con el objetivo de la reconversión industrial, atacando a fondo las secuelas del paro obrero.

La perspectiva inmediata del País Vasco, de Euskadi va a depender de las soluciones que se adopten en esta triple dirección.

La disyuntiva, en mi opinión es evidente: con la España democrática, siendo Euskadi parte responsable del común proceso de todos por la libertad, Euskadi será libre, será autónoma, será nacional y podrá resolver en profundidad los problemas económicos y sociales que tiene planteados. En caso contrario, Euskadi vivirá una gran frustración política y un proceso de progresivo empobrecimiento económico con consecuencias sociales imprevisibles.

## 2. LOS FACTORES NECESARIOS PARA ESA INCORPORACION AL PROCESO DEMOCRATICO

Siendo éste el elemento fundamental, es obvio que para conseguirlo debe abordarse una política muy compleja, tanto a nivel del País Vasco, como en el conjunto de España, y que debe tener también una decidida actividad del Gobierno.

Es muy importante situar de forma correcta al PNV en su ideología y en su política. De manera esquemática se puede afirmar que la ideología nacionalista es una ideología de transición al capitalismo y a la industrialización, pero que entronca con los caracteres políticos y culturales del antiguo régimen. La génesis del nacionalismo responde a unas características históricas concretas del contexto español del siglo XIX: la frustración de la revo-

# Las perspectivas inmediatas de Euskadi

Roberto Lertxundi

La problemática vasca, sin duda, preocupa e interesa en todo el conjunto de España, particularmente al conjunto de la izquierda española, que observa muchas veces con estupor, cómo el pueblo vasco tiene grandes dificultades para participar en el proceso de todos por la libertad común y el futuro socialista.

Con el ánimo de colaborar en la explicación de estos problemas, presento este artículo a la redacción de «Nuestra Bandera», que no es sino una actualización de la conferencia que a mediados de octubre leí en el Club Siglo XXI de Madrid.

Analizar con rigor los problemas de Euskadi es absolutamente necesario para hacer la política más adecuada a la compleja y difícil situación vasca.

## 1. EUSKADI ESTA EN UNA COYUNTURA ESPECIALMENTE CRITICA

Euskadi está en crisis en todos los ámbitos de que se compone su tejido social. La crisis política, cuyas raíces arrancan de siglo y medio de frustraciones, en la búsqueda de su identidad nacional, está alcanzando cotas que la hacen difícilmente resoluble en un plazo corto. La crisis económica afecta al corazón de su

estructura industrial: industria siderúrgica, construcción naval y de bienes de equipo, y como subproducto de ambas el clima social está cada vez más deteriorado, generalizándose un gran desconcierto en los diversos sectores que componen la sociedad vasca. En resumen, asistimos a una crisis general, en la que los diversos componentes se interrelacionan entre sí, dando paso a un proceso de agudización mutua, que exige un tratamiento global y en profundidad, no sirviendo los parches ni los remedios parciales.

Si a esto añadimos la persistencia de la violencia política del terrorismo, que es uno de los elementos que más contribuye a crear un clima social de desconcierto, de preocupación, de pasividad que roza la impotencia, estaremos ante un cuadro global de una situación difícil para el País Vasco.

Dificultad, sin embargo, que no puede utilizarse de una manera peyorativa, diagnosticando que Euskadi es un enfermo incurable, que las soluciones no existen. Los vascos ni estamos en guerra civil, como se ha afirmado, ni somos el cáncer de España, ni estamos en trance de ulsterización, como algunos políticos han señalado.

Somos, ni más ni menos, un pueblo que tiene muchos problemas,



lución democrática-burguesa en la España de la restauración, con el correlato de una centralización moderada y la supresión de los fueros vascos; la tardía constitución del mercado nacional y el carácter desequilibrado de la industrialización que no facilita la agregación de la burguesía; y el fracaso relativo de la homogeneización cultural en el conjunto de España, ya que la castellanización no destruyó por completo las culturas marginales.

De manera que la respuesta nacionalista, en su propio origen se articula en torno a dos elementos fundamentales: la reivindicación foral, en la que se basa la legitimación histórica del autogobierno vasco, a diferencia de otros territorios forales, ya que los fueros vascos se insertan en el propio sistema centralizado, sin solución de continuidad desde el antiguo régimen; y la existencia de una cultura diferenciada, correspondiente a una sociedad agraria, lo cual dificulta su recuperación, sobre todo si tenemos en cuenta la falta de poder político.

En torno a estos elementos surge el PNV un gran partido vasco, un partido democrático. Un partido, al que en mi opinión, hay que juzgarle acerca de su política, sin caer en juicios de intenciones. El PNV en muchos casos ha hecho una política demagógica, intransigente en razón de sus propios intereses como partido, no ha explicado con claridad en muchas ocasiones qué es lo que pretende, y esto ha creado en amplísimos sectores una gran desconfianza respecto a los nacionalistas vascos. A pesar de todo ello, el PNV, que representa a amplísimos sectores de la pequeña y media burguesía vasca, necesita de la vinculación con España para conseguir los objetivos de la autonomía y el autogobierno. No es arrojando al PNV en manos de los independentistas como se puede ayudar a Euskadi y a los propios nacionalistas vascos.

Para esa incorporación al proceso democrático, a nivel del País Vasco, es preciso crear las condiciones de articulación y vinculación a los objetivos comunes de todos los españoles. Y Euskadi, que ha aprobado precariamente la Constitución, debe acatarla, y en su marco conseguir el Estatuto de autonomía capaz de iniciar la reconstrucción nacional de nuestro país. Con el Estatuto, además, Euskadi va a aprobar masiva-

mente la Constitución que le da cabida y acogida. Por eso, muchos miles de vascos que en este referéndum se han abstenido o han votado en contra, en realidad no han hecho sino aplazar su aprobación de la Constitución, a través del Estatuto.

A la vez, es necesario modificar el clima de constante enfrentamiento entre las fuerzas políticas vascas, patente en el permanente bloqueo, que por dicho enfrentamiento entre el PNV y el PSOE sufre el Consejo General Vasco, y que conduce a que este organismo preautonómico languidezca, incapaz de presentar alternativas coherentes unitarias, con autoridad democrática.

Es preciso que el PNV admita el resultado electoral del 15 de junio, sin pretender constantemente una hegemonía que los votos no le dieron, y a la vez es preciso que el PSOE descienda del trono de los votos a la política práctica sin recurrir permanentemente a una hegemonía que puede perder si no la traduce en una voluntad unitaria.

También, desde aquí, es preciso modificar de manera radical el clima social que el terrorismo ha generado en nuestro país; en síntesis, se trata de conseguir que la pasividad y el miedo que genera el terrorismo se sustituyan por un poderoso ejercicio de la democracia, que ésta termine con el terrorismo y no al revés.

## EN EL CONJUNTO DE ESPAÑA

Se trata de conseguir un enérgico movimiento de solidaridad respecto a los problemas vascos. Que España entera, sus instituciones democráticas, sus partidos, sus sindicatos, se den cuenta de que el «problema vasco» es un problema de todos, que una Euskadi marginada del proceso democrático enfrentada con él es un peligro permanente para la democracia en toda España. Los vascos somos muy sensibles a esta solidaridad y en este sentido valoramos enormemente lo que supone la posición de diversos partidos de izquierda y de las centrales sindicales en el tema del terrorismo, por ejemplo.

Hay que darse cuenta de que los que añoran el pasado, los que quieren volver a los viejos tiempos de la dictadura desean que en Euskadi se mantenga una situación de inestabilidad y de conflicto constante, para que sea el punto de apoyo de cual-

quier intento involutivo o reaccionario.

Los vascos necesitamos y pedimos esa solidaridad, que se basa en la profunda comprensión de nuestros problemas y en la consciencia de que el problema de Euskadi es un problema de estado, un problema que afecta vivamente a todas las fuerzas democráticas de España. En este sentido se puede afirmar que hacer antivasquismo es una de las mejores maneras de ir en contra de los intereses generales de la democracia española.

### EL PAPEL DEL GOBIERNO

Como es lógico, en política, no basta con la voluntad y la comprensión: es preciso que se tomen medidas, que se avance en el proceso en que estamos embarcados.

Y lo cierto es que este gobierno, que llega a fines de 1978 agotado, incapaz incluso de cumplir su propio papel de gobernar, en Euskadi no ha tocado, genéricamente hablando, pie con bola.

Parece que tras la aprobación de la Constitución, podría imprimirse un ritmo mucho más acelerado al tratamiento político de los problemas vascos, pero una perspectiva electoral, y un gobierno en crisis como el actual, no son los mejores instrumentos para tomar medidas tales como el reforzamiento del CGV en toda una amplia gama de competencias, decreto de bilingüismo para la enseñanza del euskera, una nueva política de orden público, gestionada por el organismo preautonómico. Y lo cierto es que estas son cuestiones que ya no admiten demora. En caso contrario, si no avanzamos en el proceso político, con un tratamiento específico de los problemas vascos, la desesperanza puede hacer mella en el conjunto del pueblo y el estatuto —del que luego hablaré más en detalle—, nacer ya tocado en el ala.

### 3. LA ECONOMIA VASCA NECESITA UNA PROFUNDA CIRUGIA

La crisis en Euskadi es común a toda España, con el agravante de que en las cuatro ramas que más ha golpeado la crisis de la economía española son precisamente sectores punteros de la economía vasca, prin-

cipalmente vizcaína y guipuzcoana: siderurgia, construcción naval, fabricación de bienes de equipo, las tres ramas principales de ese monocultivo del acero, en torno al cual el país ha crecido en los últimos cincuenta años. El cuarto sector es la pesca.

El paro crece a ritmos muy superiores a los del resto del estado español. Hoy en Euskadi crece a un ritmo de 100% mientras que en el resto de España lo hace a un 40%. Ha llegado de forma brutal en menos de dos años. Ni siquiera fue tan alto después del plan de estabilización del 1959.

En Euskadi tampoco se invierte. En muchos casos ni siquiera para mantener las instalaciones existentes. Las empresas se descapitalizan. El clima empresarial es peor que en el resto del Estado, por factores muy diversos como el abandono patente de la gran banca, la tensión política, la práctica del impuesto revolucionario de ETA bajo amenazas de muerte, etc.

Afectados de forma irreversible los sectores básicos de la economía vasca, la necesidad de reconversión es patente. Es claro que no estamos ante una crisis económica cíclica sino estructural, de modelo industrial, de modelo de crecimiento, los sectores punta de la economía vasca producen poco valor añadido, tenemos instalaciones anticuadas, ubicación inadecuada pocos casos habrá de concentración industrial tan irracional como la ría bilbaína.

La consecuencia de todo esto es la necesidad de definir un nuevo modelo de desarrollo en el cual habrá que decidir qué sectores hay que reforzar y qué otros abandonar paulatinamente, la definición del papel del estado en la economía, etc.

¿De qué manera se puede abordar esto? Habría que desviar en primer lugar la tentación nacionalista de que la economía vasca tiene en sí misma las necesarias posibilidades de reconversión: el grado de interdependencia entre la economía vasca y el conjunto de la economía española es enorme.

Las importaciones que provienen del resto de España son el 640 de la renta que se genera en el País Vasco y las exportaciones al resto de España son un 780 de dicha renta.

Es el mejor argumento para señalar la carencia absoluta de bases objetivas que tiene la utópica reivindicación independentista y asimismo

para afirmar que la recomposición del modelo de la economía vasca debe hacerse vía mercado español.

Por eso mismo no tienen sentido las propuestas de «Pactos vascos» para sanear la economía vasca. Será necesario un plan específico para Euskadi, pero articulado completamente en un plan general a nivel de todo el Estado. En caso contrario no hay posibilidad de despegue para la economía vasca.

Yo entiendo que la manera en que se salga de la crisis económica va a condicionar el proceso político inmediato de nuestro país. Y que tanto el programa negociado a nivel general del Estado, como el específico para Euskadi articulado con él debe contar con la participación del Gobierno, de las Organizaciones empresariales, de los sindicatos obreros y de los partidos políticos, como única garantía de que el modelo de desarrollo que se abra paso signifique una profundización y consolidación de la democracia y un reparto equitativo de las cargas de la crisis.

### 4. LA VISION NACIONALISTA DE LA ECONOMIA Y EL TEMA DE LOS CONCIERTOS ECONOMICOS

El nacionalismo hace abstracción de las relaciones de clase interiores a la sociedad vasca y exporta fuera de casa a los «posibles» o efectivos enemigos de «su identidad» el estado central resulta ser un estado calificado de «español» y definido según criterios étnicos y no de clase y que resulta ser el responsable de todos los males que nos aquejan desde la abolición el siglo pasado del sistema foral.

Partiendo de esta óptica que hace abstracción de las clases sociales, el nacionalismo nos da una versión simplificada del pasado, presente y futuro de nuestra estructura económica y de sus relaciones con el conjunto económico español. La concepción interclasista de las relaciones sociales se traduce a nivel económico de una «ignorancia» absoluta de la explotación capitalista: la plusvalía.

La estructura económica se reduce en última instancia a una relación técnica entre los dos factores indispensables de todo proceso productivo, que son el capital y el trabajo. Cada uno de los cuales defiende sus

legítimos intereses, debiendo llegarse a una sociedad vasca que armonice los intereses de ambos.

Todo esto viene a explicar la polarización que se ha producido en Euskadi en torno al tema «flujos fiscales» «conciertos económicos».

Al «ignorar» la plusvalía la concepción nacionalista se «olvida» de que el origen de todo flujo de renta no es otro que la fuerza de trabajo supeditada en su trabajo productivo al capital. Además hablar de fuerza de trabajo en Euskadi supone hacer referencia a los miles y miles de trabajadores de otras regiones que han aportado su potencial de trabajo a la economía vasca, potencial cuyos costes sociales de producción han sido soportados por las áreas de donde procedían.

De tal «incomprensión» ideológica se deriva que el tema de los movimientos de flujos se reduzca a aquellos que discurren por los canales de la hacienda pública, dando lugar a una versión simplificada de una dinámica mucho más compleja.

En definitiva, la polémica de los flujos canalizados a través de Hacienda y otras instituciones públicas da una visión recortada de lo que han sido las relaciones económicas Euskadi-resto de España con el consiguiente efecto de crear un sentimiento en el conjunto de la sociedad vasca de ser explotados por «el resto de España» cuando la realidad de nuestra acumulación capitalista es muy otra.

Así se explica la reivindicación de los conciertos económicos abolidos en 1937 para las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa. Los conciertos económicos se dice son la llave que solucionará nuestros déficits públicos modificando nuestro entronque con la Hacienda estatal. Mas aún, se exige que dichos conciertos sean similares al de Alava aun a sabiendas de que no es posible generalizar un sistema autónomo, un sistema idéntico y esto por dos motivos: primero porque la configuración autónoma de los impuestos concertados hace que algunas figuras básicas como el IRTP y el impuesto de sociedades se apliquen ventajosamente en Alava con relación al resto del Estado y segundo porque elevando a escala nacional la recaudación «per capita» obtenida en Alava por la Hacienda Central se hubieran producido en el conjunto del Estado durante 1973 unos ingresos de 90.000 millones de

pesetas, es decir, un 20 % de lo que se recaudó en dicho ejercicio, lo que supone la ruina absoluta para la Hacienda estatal.

Con esta reivindicación asistimos una vez más a la ideologización y parcialización de nuestra problemática económica, reduciéndola a la dialéctica de relaciones Euskadi-España. Qué duda cabe de que la descentralización de la Hacienda estatal es un elemento fundamental para la democratización del aparato económico del Estado y que es un pilar básico de la autonomía política, pero de ahí a identificar autonomía financiera con concierto económico de Alava va un trecho que quienes estamos por la solidaridad de los pueblos que componen España no podemos recorrer. Es inútil hablar de «cajas de compensación» cuando por otro lado, el fundamental, se esté planteando un trato desigual.

Además, en otro orden de cosas, incluso en el supuesto de que se consiguiera el concierto económico, no habría fondos suficientes para atender a los gastos que la reconversión de la economía vasca requiere.

Sólo existe la alternativa del sector público español, la Administración, el INI y demás entidades públicas. Y esto significa una solidaridad de todas las regiones españolas con los vascos. Significa la comprensión de la importancia que para España en lo económico, tiene el País Vasco. Su industria, su experiencia, y sobre todo sus hombres, una clase trabajadora altamente cualificada.

De lo contrario el declive económico sería inevitable y esto significa que los vascos, colectivamente enterrando para siempre las veleidades independentistas, impongamos el criterio de solidaridad, mejor dicho, la petición de solidaridad.

## 5. LA ACTIVIDAD TERRORISTA EN EUSKADI

Este es el problema que más preocupa en general cuando se habla de Euskadi, la existencia de una sedicente «lucha armada» puro y simple terrorismo en realidad, cuyo final no se acierta a discernir.

En los últimos años, la estrategia de la tensión, con fines claramente desestabilizadores, ha sido el prin-



principal elemento definitorio de la política vasca.

Política y estrategia a la que el pueblo vasco, de manera abrumadoramente mayoritaria ha dado la espalda en las elecciones del 15 de junio de 1977, manifestando su voluntad de alcanzar su propio desarrollo político como pueblo, como nacionalidad, en paz, en democracia, en libertad, en participación.

¿Por qué, entonces, resulta un problema tan difícil? En síntesis porque ETA no es un grupo como las Brigadas Rojas italianas, como la Baader-Meinhof en Alemania o como el MPAIAC en Canarias. Es un grupo con veinte años de existencia, que ha luchado contra el franquismo y que ha despertado la solidaridad y la simpatía en muchas ocasiones de una gran parte de la sociedad vasca. En Euskadi es rara la familia de origen vasco que no ha tenido un hijo, un pariente, un amigo, relacionado con ETA, la mayoría de los grupos políticos en el País Vasco cuenta hoy en su dirección en sus filas, con gente que en una y otra época ha estado relacionado con ETA. Todo esto ha hecho que en defensa de los militantes de ETA se haya movilizado una buena parte de los que luchábamos contra la dictadura. Como dato recordaría que en diciembre del 70, cuando el Proceso de Burgos, varios centenares de comunistas, vascos y no vascos pisaron las comisarías y las cárceles.

La cuestión es que ETA hoy no es lo que era. Que si antes luchaba contra la dictadura, en estos momentos está luchando contra la democracia. Que ha conculcado lo que su propia sigla expresa: Euskadi ta Askatasuna, Euskadi y libertad y que en todo el último período está objetivamente luchando contra Euskadi y contra la libertad.

## ¿QUE PASA ENTONCES?

Que no todo el pueblo se ha dado cuenta de esto y que la responsabilidad de los partidos democráticos por no haberlo conseguido es enorme que a la vez el proceso político es lento. Ha tenido sus zigzagueos y que una parte del pueblo, cada vez más pequeña, cierto, pero una parte del pueblo, no es consciente del cambio tan importante en la dinámica de ETA que acabo de señalar.

Frente a una situación así el obje-

tivo inmediato es conseguir que el pueblo vasco margine por completo al terrorismo y a quienes lo practican. Por eso sólo caben salidas políticas. ETA como tal no tiene solución policial, estrictamente policial. Tenemos que ser los partidos políticos los que hablemos con claridad y el Gobierno quien avance las soluciones políticas.

El terrorismo y ETA, no es otra cosa, tiene una doble finalidad. De una parte bloquear el proceso político, provocar al Ejército y a las fuerzas de orden público para producir una involución de dicho proceso. Y haciendo un inciso señalaría que en mi opinión las fuerzas armadas han mantenido una actitud de gran serenidad frente a esta constante, persistente y dolorosa provocación.

Con esta incitación se puede afirmar que la acción de ETA, además de ir en contra de los intereses populares objetivamente favorece a los intereses de la ultraderecha. En mi opinión no existe terrorismo de izquierda, porque la clase obrera, los sectores progresistas de la sociedad y todos los demócratas son quienes más pueden perder si los terroristas consiguen sus fines.

Junto a esto el terrorismo busca y a veces lo consigue, la desmovilización del pueblo en la defensa de los objetivos democráticos.

El terrorismo genera miedo y pasividad, crea una presión social que llega a hacerse insoportable en muchas ocasiones.

Por eso y por lo que ha sido ETA en el pasado, no hay soluciones fáciles. O hay una voluntad política, democrática, popular, que se traduce en una constante movilización de las masas contra la violencia y por los objetivos democráticos y nacionales o no hay salida.

Los partidos vascos, empeñados en la reconstrucción nacional de Euskadi tenemos que entender meridianamente que el principal enemigo de la autonomía y el autogobierno para los vascos es la persistencia de la actividad terrorista y hay que saber decir al pueblo que es una batalla larga, pero imprescindible.

He señalado antes que el problema del terrorismo en Euskadi necesita también medidas del Gobierno, particularmente en una nueva orientación de la política de orden público. La situación en que las FOP están en Euskadi es angustiosa para

ellas y para la función que desempeñan.

Cerrar el foso entre ellas y el pueblo vasco se convierte en un objetivo de primer orden. Para ello sería completamente necesaria la puesta en pie de un cuerpo de policía autónomo, formado por vascos, que se encargara de las cuestiones de orden público y que dependiera del CGPV. Se articularía con el resto de la policía, de obediencia directa del Ministerio del Interior y cubriría la primera línea de orden público y de la lucha antiterrorista.

El Gobierno no puede posponer la solución de este problema, no puede sólo responder a los hechos que se van sucediendo (aunque actúe con cierto éxito como en el último período), sino prevenir las situaciones, modificar las cosas, hacer política en definitiva.

## 6. CREAR EN TORNO AL ESTATUTO DE AUTONOMIA UNA NUEVA DINAMICA POLITICA

El pasado día 6 Euskadi si bien aprobó la Constitución democrática, es evidente que no se vinculó mayoritariamente con la misma y que por lo tanto el principal problema político sigue estando en pie. La situación es preocupante para todos los demócratas, para todas las fuerzas progresistas de nuestro país y del conjunto de España.

Por eso, lo que no se ha conseguido plenamente con la Constitución es preciso ganarlo con el Estatuto, que de una parte suponga la reconstrucción de la perdida unidad nacional vasca y de otra la aprobación aplazada de la propia Constitución.

La esperanza, el camino del futuro para los vascos reside precisamente en esto y es ya muy importante que partidos que se pronunciaron en contra de la Constitución o se han abstenido como Euskadiko Ezkerra y el PNV, hayan aceptado el marco de la misma para hacer el Estatuto, sin pretender superar o romper el techo constitucional.

De manera que, con los ojos puestos en la consecuencia de la autonomía de la libertad nacional, abordando a la vez con profundidad los problemas de la economía vasca, dando un giro manifiesto a la lucha contra el terrorismo en nuestro país,

Euskadi será libre. España será plenamente democrática y todos enca-

raremos un futuro de paz y de progreso.

# Apuntes en torno al debate sobre problemas de organización

A. Montoya

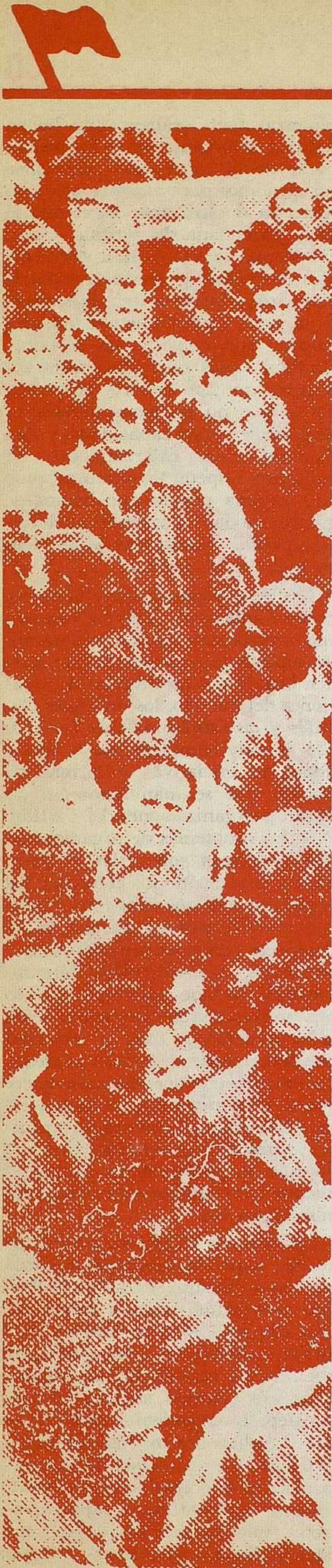
## CONTINUA EL DEBATE SOBRE PROBLEMAS DE ORGANIZACIÓN

Publicamos a continuación un texto que nos ha enviado *Antonio Montoya*, miembro del CC del PCE. Aprovechamos para instar a los camaradas que estén interesados por estos problemas a enviarnos colaboraciones que nos permitan proseguir el debate en las columnas de «N. B.».

El Marxismo, y nuestra propia experiencia, nos enseña que las transformaciones sociales no las hacen las pequeñas minorías ni los grupos de élite sino las grandes masas en general. Por eso la misión del Partido es saber orientar a las amplias masas, aprendiendo de ellas y ayudándolas a tomar conciencia de su fuerza y de la posibilidad real de lograr en cada situación dada los objetivos propuestos, léase las aspiraciones más sentidas.

Nuestro Partido debe caracterizarse por saber valorar en cada momento las condiciones concretas y en consecuencia ofrecer alternativas políticas realizables, alternativas y orientaciones que, partiendo de la realidad objetiva, sean sentidas por las masas —porque emanan de ellas— para que éstas se movilizan en pro de su consecución.

Es cierto que no siempre hemos sabido encontrar las formas más idóneas, en cada lugar donde actuamos, para abrir cauces e impulsar en mayor medida la incorporación a la lucha de esas amplias masas populares cuyos intereses están vinculados a nuestra línea política. Es este un aspecto al que nos vamos a referir más adelante, pero apuntemos ya una cosa que en mi opinión debe quedar clara: los defectos en el trabajo de cada militante, de cada Comité del Partido al nivel que sea, no pueden diluirse ni ocultarse imputando al «Partido», así en abstracto, la responsabilidad que in-



cumbe y afecta en concreto al camarada o al Comité por las debilidades existentes en el lugar o sector donde desarrolla su actividad.

En la situación concreta del país, donde estamos actuando, nuestra línea política consiste en afianzar la democracia que apenas hemos iniciado después de salir de 40 años de dictadura. En España la lucha por el Socialismo pasa inequívocamente por la consolidación y desarrollo de la democracia. Por eso la política de nuestro Partido se centra fundamentalmente en la necesidad de aunar el máximo de fuerzas para asentar definitivamente las libertades políticas y garantizar los derechos que la Constitución reconoce a todos los ciudadanos.

Cuando hablamos de «Eurocomunismo» lo que tratamos de explicar es una concepción estratégica que nuestro Partido, al igual que otros PC de los países desarrollados, está elaborando continuamente para, en la práctica, desarrollar la democracia y, a través de la misma, avanzar hacia la transformación de la sociedad capitalista, transformando la democracia formal en una democracia política, económica y social que, apoyada por la gran mayoría del pueblo, abrirá camino a la sociedad socialista.

Partiendo de esa necesidad y mirando hacia adelante podríamos, dentro de la complejidad que ello supone y teniendo en cuenta el objeto de este artículo, sintetizar nuestra línea política en tres fases que, dialécticamente relacionadas, nos dan en su conjunto una idea de la concepción estratégica:

- Consolidar la democracia apenas iniciada.
- Desarrollarla para ir transformándola en democracia política y social.
- Continuar profundizando en la misma para seguir avanzando hacia la sociedad socialista.

Es pues una actitud política que se enriquece en la medida que las amplias masas la vayan asimilando, con una participación cada vez mayor y que, fundamentalmente, se fortalece a través del máximo respeto a la democracia.

Pero nuestro concepto de la democracia es muy distinto al que practican los Partidos electoralistas. La democracia que nosotros concebimos no consiste sólo en que el pueblo

manifieste, a través de las urnas, su preferencia por tal o cual Partido, por tal o cual persona, sino y sobre todo en lograr que ese pueblo se sienta participe e identificado con sus representantes porque éstos hayan demostrado estar a la altura de su misión, resolviendo en cada momento las tareas más urgentes, al mismo tiempo que ofrece perspectivas cuya realización aparezca posible para las amplias masas.

Esa actitud, esa conducta política posibilita ir creando condiciones para que, dentro del pluripartidismo, las fuerzas del trabajo y las fuerzas de la cultura vayan propiciando a través de múltiples y variadas formas la aparición de ese «Bloque Histórico» capaz de ganarse el apoyo que le permita desempeñar el papel hegemónico en una sociedad que asegure el tránsito del capitalismo a una forma superior de organización social: la sociedad Socialista. Es un proceso rico en experiencia y complejo en su desarrollo cuyo eje central siempre debe consistir en la incorporación y participación directa de las amplias masas populares.

De lo expuesto se desprende que el pluripartidismo no anula sino que subraya la importancia del papel que el Partido tiene que desempeñar; la necesidad de un PC fuerte se hace indispensable tanto hoy para asegurar el desarrollo del proceso democrático como mañana para, a través de su capacidad, armonizar la acción y la unidad de las diversas fuerzas que aspiran seguir avanzando para edificar el socialismo.

Ahora bien, esto sólo será posible en la medida que sepamos dotar al Partido de una organización capaz de encontrar formas que permitan materializar las aspiraciones y desarrollo de la lucha y movimiento de masas. Una organización que responda a las necesidades de la línea política, una organización, en suma, que sea considerada como un aspecto importante de nuestra política general.

Por eso cabe subrayar lo que tantas veces hemos repetido: *una vez trazada la línea política quien decide es la organización*. La organización debe ser considerada como el instrumento sin el cual es impensable la realización práctica de nuestra línea política.

La tarea organizativa es, pues, una tarea eminentemente política.

Pero ¿de dónde extraemos las en-

señanzas para realizar una buena política de organización? En primer lugar de la concepción estratégica que tenemos para avanzar al socialismo en nuestro país. Siguiendo la idea gramsciana del Partido «como Intelectual colectivo que aprende del mundo exterior no menos que puede enseñarle, abierto a toda la riqueza de la vida» y por supuesto a todos los valores que encierra en su seno. Cuidando esos miles de hombres y mujeres que son cuadros en potencia y que no podemos subestimar desconociendo sus capacidades y condiciones reales. Esforzándonos por cumplir y respetar los estatutos como Ley interna por la que hemos de guiarnos todos los miembros del Partido para ir transformando las ideas en métodos de trabajo.

Las ideas podemos tenerlas claras, pero su aplicación concreta vamos a encontrarla sintetizando en constantes análisis la experiencia que pueden brindarnos las diversas Agrupaciones del Partido, los múltiples Comités y las Organizaciones Locales. Eso es muy complejo por la diversidad de iniciativas y formas de trabajo que se manifiestan en las distintas organizaciones del Partido. Pero los problemas de organización sólo podremos conocerlos y dominarlos, conociendo los comités y las organizaciones que dirigimos, y para ello no veo otra forma que la de establecer contactos muy regulares y frecuentes con los Comités y Organizaciones de base para que éstos se sientan responsables participando en la elaboración de toda la actividad que deben realizar. Así iremos creando mejores condiciones para hacer que el conjunto del Partido sea un todo que piensa y ejecuta, que piensa y transforma en actividad práctica sin que se produzca un distanciamiento entre ambos aspectos de un mismo proceso.

Los órganos dirigentes, a todos los niveles, tienen la obligación de conocer cómo funciona y trabaja el Partido que actúa bajo su dirección. Con ello no sólo estaremos en condiciones de prestar más ayuda, de orientar correctamente esas organizaciones y Comités, sino que al mismo tiempo aprendemos en la práctica a saber desempeñar el papel dirigente y en función de ello estaremos en mejores condiciones para elaborar alternativas y tareas concretas que se derivan de nuestra línea política, controlando su apli-



cación y cumplimiento. Es la forma de ir desterrando un hábito perjudicial: la elaboración de planes de trabajo que al estar desconectados de la realidad, no sólo no llegan a las organizaciones de base, sino que ni siquiera sabemos cómo aplicarlos.

Un principio elemental para el funcionamiento y desarrollo de nuestra organización, creo que consiste en la existencia de Comités fuertes, no tanto por el número de componentes como por los camaradas que lo integran. Deben ser constituidos por un conjunto de personas que sepan compenetrarse con todas las tareas del Partido, que sepan organizar la división del trabajo de manera que la responsabilidad personal de cada uno de sus miembros se combine con la responsabilidad colectiva en el trabajo. Es decir, equipos de dirección cohesionados que sepan rodearse de buenas comisiones de trabajo para la aplicación de las tareas, que se preocupan por sumar a la actividad del Partido a todos los cuadros y militantes que, sin duda alguna, han de desarrollar un trabajo útil si a cada cual se le sitúa en el puesto que más se adapte a sus posibilidades y que más corresponda a sus aptitudes.

Los Comités deben convertirse en verdaderos equipos que trabajan colectivamente dando un carácter integrador a toda su actuación que debe tender a incluir todas las capacidades del Partido en la tarea de su desarrollo. Equipos que al actuar de manera colectiva, elaboran y controlan colectivamente el cumplimiento de los acuerdos adoptados aplicando constantemente los principios a la realidad concreta del lugar de forma que no se limitan a contemplar lo que sucede a su alrededor, sino que lo interpretan y actúan para transformarlo.

El desarrollo de la organización del Partido, como toda su actividad, hay que concebirlo de manera dinámica, como algo que asciende, valorando en su justa medida todo el capital de que disponemos, conscientes de que lo que hoy es un militante de base mañana será un cuadro dirigente si somos capaces de posibilitar condiciones y cauces para que así sea, haciendo de la práctica la fuente y el criterio de toda verdad y de todo valor.

Por eso, en organización, debemos abandonar las abstracciones y pasar a examinar hechos y tareas en con-

creto que permitan fortalecer todo el trabajo del Partido para, en una práctica permanente, ir transformando el medio sobre el que actuamos, sabiendo que el hombre sólo conoce la realidad en la medida en que la va creando.

**SUMARIO DE LA EDICION FACSIMIL  
DE LOS CUATRO PRIMEROS NUMEROS  
DE «NUESTRA BANDERA»  
(Enero 1945-Febrero 1946)**

**N.º 1 - Enero de 1945**

- Carta abierta de la Delegación del Comité Central a los miembros del partido, simpatizantes y a todos los antifranquistas en general.
- La obra de José Díaz está viva, guiando al pueblo de España por el camino de su liberación (Vicente Uribe).
- Un año de Junta Suprema de Unión Nacional. Lecciones y experiencias de un gran órgano de combate (Antonio Mije).
- La unidad de socialistas y comunistas en un solo partido del proletariado (M. Arconada).
- Algunos problemas de la situación en China (Edgar Snow).
- Del tercer aniversario de la muerte de Diéguez, Larrañaga y demás camaradas.

**N.º 2 - Junio de 1945**

- Deberes de la hora actual (Dolores Ibárruri).
- La situación de España y nuestras tareas después de la victoria de las naciones unidas (Santiago Carrillo).
- La unidad de las naciones democráticas, clave de la derrota hitleriana (Juan Modesto).
- Causas de las grandiosas victorias soviéticas (Enrique Líster).
- Resolución de la reunión ampliada de la Delegación del Comité Central del Partido Socialista Unificado de Cataluña.
- Dos trabajos de Lenin sobre la lucha de guerrillas.
- Vengadores —extracto— (P. Pavlenko).
- Los hermanos Ignatov —extracto— (P. Ignatov).

**N.º 3 - Septiembre de 1945**

- Editorial. El franquismo y la situación internacional.
- Por un Gobierno de Coalición Nacional (Dolores Ibárruri).
- En el tercer aniversario de su muerte: Pedro Checa, maestro de organización y unidad del Partido Comunista de España.
- La «prosperidad» de España, el «bienestar» de los españoles y la «moralidad» del franquismo. La situación en Cataluña.
- Derrotando a la historia: El «Fuero de los Españoles» (Leopoldo Garrido).
- En torno a la disolución del Partido Comunista Americano (Jacques Duclos, secretario del Partido Comunista Francés).
- El Partido (Stalin, capítulo VIII de «Sobre los fundamentos del leninismo»).
- Documentos políticos: Resoluciones de la Conferencia de Postdam (texto íntegro del comunicado oficial).
- Mensaje del Generalísimo Stalin con motivo del fin de la guerra.
- La marcha de las gestiones para realizar la unidad de los republicanos españoles.
- Una alerta del Partido Comunista contra la provocación policíaca.

**N.º 4 - Enero-Febrero de 1946**

Número extraordinario dedicado al Pleno del Partido Comunista celebrado en Toulouse del 5 al 8 de diciembre de 1945.

**DOLORES IBARRURI**

Para acabar con el franquismo: Un Gobierno de coalición nacional que organice una consulta al pueblo (informe ante el Pleno).

Carta dirigida a partidos y organizaciones antifascistas y a personalidades republicanas españolas.

**FRANCISCO ANTON**

Para cumplir las grandes tareas que la liberación de España exige de los comunistas (informe sobre organización ante el Pleno).

**SANTIAGO CARRILLO**

«Somos el partido de la destrucción del franquismo y también el partido de la reconstrucción de una España grande y democrática» (informe ante el Pleno).

**FERNANDO CLAUDIN**

El esfuerzo de los comunistas españoles desde América para ayudar a la lucha de nuestro pueblo (informe ante el Pleno).

Resolución del Pleno.

**NUESTRA BANDERA**  
REVISTA MENSUAL DE ORIENTACION  
POLITICA, ECONOMICA Y CULTURAL

N.º 1	Enero de 1945	
N.º 2	Toulouse	Junio 1945
N.º 3	Toulouse	Septiembre 1945
N.º 4	Numero extraordinario	Enero, Febrero 1946 TOLOUSE

EDICION FACSIMIL

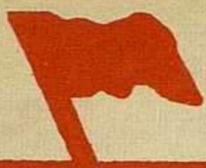


**A la venta en**

Peligros, 10  
MADRID-14  
Teléfono 231 96 89

PRECIO: 300 pesetas  
(más gastos de envío)

Precio suscriptor:  
250 pesetas (más gastos de envío)



## Mujer

# *Conferencia del P.C.E. sobre la mujer*

La Conferencia del PCE sobre la mujer, que el Partido Comunista de España celebró en Madrid los días 16 y 17 de diciembre, abordó de forma nueva por su contenido, los problemas de la mujer y los movimientos feministas. La mayoría de las intervenciones que tanto delegados e invitados hicieron eran importantes, pues reflejaban la riqueza de los debates que sobre este tema se dan en el seno del partido.

Una de las conclusiones más significativas fue que la lucha feminista del PCE debe reconocer el pluralismo existente en el frente feminista y en consecuencia la actividad de las mujeres comunistas que actúan en ese frente debe ser libremente escogida por éstas, derivándose de ello además, experiencias prácticas que analizadas en el seno del partido, serán sin duda un filón de riqueza para su elaboración teórica y su praxis política.

En la Conferencia, a la par que se desarrollaban las intervenciones, tra-

bajaron dos comisiones: la de Resoluciones y la de Enmiendas. El documento de resolución, elaborado por la primera citada comisión, el lector los encontrará en NUESTRA BANDERA; la segunda comisión, después de dos días de trabajo estudiando las diferentes enmiendas al documento inicial presentado por la comisión de la mujer del C.C., planteó a la Conferencia para su aprobación nombrar una comisión que se encargara de reelaborar el documento con la aportación de las enmiendas y que estaría formada por la comisión del C.C. de la mujer y la comisión de enmiendas de la Conferencia.

El consejo de redacción de N.B. ha seleccionado de entre las intervenciones escritas disponibles, aquellas que ha considerado significativas desde la perspectiva de los temas centrales debatidos en la Conferencia, de forma que, al mismo tiempo, reflejan las posturas del movimiento feminista en el partido de algunas nacionalidades y regiones que tuvieron aportaciones decisivas en la conferencia.

# Resolución política del Pleno Ampliado del Comité Regional de Andalucía del P.C.E. sobre la liberación de la mujer

El Pleno Ampliado del C.R. de Andalucía valora, ante todo, como un hecho positivo la propia celebración de la reunión así como el nivel alcanzado en la discusión del tema que, siendo por lo general bastante bueno, alcanzó en algunas intervenciones cotas muy elevadas. Todo ello sin perder de vista las deficiencias habidas en el desarrollo de la conferencia que han sido notables y que ha provocado una muy escasa participación de la base del Partido en la misma.

En este sentido se considera que más que un punto de llegada, el Pleno ampliado del C.R. celebrado en Córdoba así como la Conferencia Nacional a celebrar en Madrid este próximo fin de semana debe ser un punto de partida para que el Partido en su conjunto aborde este tema de manera más consecuente.

Por lo que a los aspectos sustantivos del tema se refiere, el pleno del C.R. efectuó un análisis bastante profundo del documento elaborado por la Comisión Central, considerando que hay en él aspectos muy positivos, entre los que se destacaron los siguientes:

1.º Haber servido de base para la discusión sobre el tema dentro del partido, recuperando con ello para la discusión interna un tema que estaba algo olvidado y que es, sin embargo, central en nuestra política de transformación democrática-socialista de la sociedad española.

2.º Contener una descripción de las formas de discriminación de la mujer en la sociedad actual bastante bien elaboradas.

3.º Suponer un esfuerzo considerable en el estudio de las medidas prácticas necesarias, para hacer frente a la discriminación de la mujer en sus variadas formas.

Sin embargo el C.R. estima que no es este tipo de documento el que necesita el partido en estos momentos, expresándose, además de defectos menores y de tipo formal como la excesiva extensión o el tipo de lenguaje en algunos momentos, los siguientes motivos como base de dicha afirmación:

1.º La estructura del documento es defectuosa y se producen en él numerosas duplicaciones al tratar primero de la discriminación de la mujer en general y después en España.

2.º El documento sectorializa, parcela el estudio del tema, sin que se llegue a un enfoque unitario que la Conferencia estima debe ser el objetivo primordial de todo documento genérico sobre la liberación de la mujer.

3.º El carácter excesivamente pesimista del documento que no valora en absoluto las conquistas que se han logrado como consecuencia de los movimientos feministas. La Conferencia Regional considera que esto debe hacerse y no sólo por justicia histórica que ya es importante, sino también para poner de manifiesto que si se consiguieron resultados positivos cuando las condiciones eran peores que ahora, mucho más se puede conseguir en el momento actual por el movimiento feminista.

4.º Y sobre todo, la falta de concreción de la política que ha de seguir el partido en este tema. El documento, aun siendo extenso, deja esta cuestión excesivamente indeterminada y carente de líneas claras para la acción.

Por todo ello, el C.R. de Andalucía considera que el documento se debería de redactar de manera diferente, articulándose en torno a los siguientes puntos:

I. Reducción de la parte histórica, limitándose el documento a señalar que la opresión de la mujer viene de siempre y refutando en consecuencia la idea del matriarcado primitivo aceptado por Engels en "El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado".

II. Pasar a continuación al análisis de discriminación de la mujer en las sociedades en las que el MPC es el dominante, estudiando los siguientes extremos:

1) Marco específico en el que se inserta la opresión de la mujer, que, como ocurre en el capitalismo, es un marco formal igualitario, no discriminatorio y un marco real de desigualdad y discriminación. Contradicción entre igualdad formal y desigualdad real que debe ser desarrollada como paso previa a

2) Descripción de las formas de manifestación de la discriminación de la mujer (familia, sexualidad, educación, sistema jurídico, etc.).

3) Causas de esta discriminación tanto económica como ideológicas y por último

4) Medidas necesarias para superar esta situación opresiva y de discriminación.

En este apartado se deberán utilizar gran parte de los materiales contenidos en el documento de la CC, así como de las aportaciones que procedan de las diferentes provincias.

III. Alternativas políticas tanto dentro del partido como fuera del mismo.

Dentro del partido se trataría a juicio del C.R. de Andalucía de poner en marcha unas auténticas "Comisiones para la Liberación de la Mujer" y no simplemente Comisiones de la Mujer, ya que lo específico de la política del partido con respecto a la mujer en cuanto tal debe ser exclusivamente este tema de la liberación. En todos los demás frentes de lucha del partido la mujer debe trabajar como un militante más. No se trata, por lo tanto, de tener una política para la mujer trabajadora o la mujer de la enseñanza, sino de que la mujer trabajadora comunista haga política sindical comunista o política educativa comunista y para que esto pueda hacerlo de manera general y no como excepción es, ante todo, indispensable, tener y poner en práctica una política progresista de liberación de la mujer.

Asimismo el C.R. de Andalucía considera que sigue teniendo plena vigencia y que se trata de aumentar su intensidad, la lucha ideológica dentro del partido a fin de erradicar múltiples elementos de la ideología machista que están presentes en la conducta de numerosos militantes, a fin de que sea asumido sin reservas por el conjunto del partido y por los órganos de dirección. En este terreno está casi todo por hacer.

Fuera del partido, el C.R. de Andalucía considera que el partido tiene que pronunciarse sobre los siguientes extremos:

1.º Sobre la necesidad de una organización específica femenina.

2.º Sobre las diferentes corrientes existentes en el seno del feminismo y sobre todo cuál consideramos que es la correcta.

3.º Sobre el carácter de la mujer como grupo social oprimido, pero no como clase social, como pretenden algunas organizaciones feministas, extrayendo las consecuencias de esta diferenciación.

4.º Sobre las características que debería tener esta organización.

Por último, el C.R. de Andalucía estima asimismo que se debería definir el marco general en el que debería desarrollarse, en opinión del PCE, las relaciones entre el Movimiento Feminista y los Partidos Políticos, Centrales Sindicales y Movimientos de Masas.

Córdoba, 10 de diciembre de 1978

## Intervención de Pilar Pérez Fuente

P.C.E. — E.P.K.

Quando los comunistas abordamos el tema de la liberación de la mujer, introducimos en el seno del partido un debate que trasciende al tema concreto de la mujer. Introducimos en el *centro* de la reflexión política elementos hasta ahora considerados como periféricos, marginales, en apariencia "no rentables" políticamente.

Intentamos con los debates que llevamos a cabo incorporar las cuestiones periféricas a la política general e impregnar todas y cada una de las políticas sectoriales de esta sensibilidad cada vez más hondamente vivida en sectores punta de la sociedad y en sectores de nuestro partido.

Queremos hacer reflexionar sobre todo lo políticamente "no rentable" a corto plazo y sin embargo potencialmente revolucionario. Y creemos que el feminismo entra de lleno en este marco.

Vemos la necesidad de que el partido asuma, como intelectual colectivo los elementos que este fenómeno aporta para el enriquecimiento del debate cultural y para la corrección de la práctica política del partido.

En esta línea conviene empezar por hacer unas reflexiones o puntualizaciones sobre el lema feminista "lo personal es político", que como otro lema del movimiento feminista "un nuevo modo de hacer política" necesita una reflexión y un replanteamiento en términos marxistas.

"Lo personal es político" es la fórmula de acceso de la mujer a la historia. Es el principio teórico que permite a las mujeres analizar las formas históricas de nuestra opresión y reivindicar a la vez una práctica política que nos introduzca en la historia como sujetos políticos.

"Lo personal es político" indica la

importancia de lo privado como lugar, como centro vivido por las mujeres, donde se acumulan todas las injusticias y opresiones. Y es el intento de acercar este espacio, esta problemática hacia la política, destacando a la vez el carácter limitado del concepto mismo de "política", tal y como se ha venido concibiendo por los partidos comunistas, limitándolo a nivel de poder, de Estado y de producción, de fábrica.

El problema no consiste sólo en que el partido asuma nuestras reivindicaciones de emancipación y de liberación, sino que es necesario un replanteamiento de los viejos modos de hacer política para poder introducir un tipo de valores que siempre han estado relegados en el ámbito de lo psicológico, de lo individual. En suma, de lo no político, de lo "no rentable".

Los partidos comunistas han rechazado estos aspectos decisivos de la vida del hombre y de la mujer (sobre todo de esta última) como la familia, la pareja, la sexualidad, es decir, las relaciones humanas que sin duda están mediatizadas por el Estado. A veces olvidamos que todo este tejido complejo de las relaciones humanas, oculto por el velo de lo cotidiano, está atravesado por las relaciones de discriminación de sexo, de clase y de poder, y que como comunistas hemos de presentar batalla ante este mundo de lo privado, de la sociedad civil.

No es casual que la crítica a esta concepción de la política provenga en gran parte de las mujeres concienciadas de su marginación, que reivindican ser sujetos políticos, protagonistas de la historia. Ahora bien, el medio, el instrumento que nos permite este protagonismo es la autoconciencia: la toma de conciencia de

la condición como sexo. Y esa autoconciencia nace del ámbito de lo privado, donde la mujer ha sido históricamente relegada.

Hacernos protagonistas significa participar con *nuestra* historia, repensarla, quedarse en ella como sujetos. En definitiva, cambiarla. Y esta es una batalla difícil, dolorosa para nosotras y muy larga.

Sólo lo lograremos si somos capaces de potenciar las prácticas feministas y además tender un puente dialéctico hacia la política, hacia las instituciones y, sobre todo hacia el movimiento obrero. No basta con tomar conciencia de nuestra marginación, como hacen muchas feministas radicales.

Es necesario que la lucha de las mujeres se concrete en el proceso histórico, que sea capaz de articularse, de marcarse etapas y objetivos y, sobre todo, por lo que concierne a las mujeres comunistas, que sepamos elegir el terreno de lo posible, de lo racional, acorde con los niveles de autoconciencia de las mujeres con las que trabajamos en cada lugar concreto.

Es importante que nuestros tiempos como mujeres se entrelacen con el proceso general de transformación del país, aunque sea ardua tarea. Solamente en esta vía de trabajo, el protagonismo de la mujer se convertirá en capacidad de pensar, de crear, de construir una nueva sociedad con dimensión de Mujer.

También queremos hacer llegar nuestras reflexiones sobre el trabajo de las mujeres, de las feministas en concreto, dentro del partido. Constatamos que la incorporación de mujeres feministas dentro del partido no ha estimulado, al menos hasta ahora, una reflexión profunda sobre el feminismo y sus repercusiones en nuestra práctica política.

Sentimos, por otra parte, muchas de nosotras una especie de doble militancia interna. Por una parte hacemos política como mujeres y con las mujeres, y por otra parte, hacemos política general, sin nexo de unión entre ambas prácticas. Por una parte practicamos la autoconciencia como método de politización de lo privado, y por otra, el partido se encarga de la labor de síntesis política general.

Nos preguntamos: ¿cómo es posible conjugar nuestra actividad feminista con la práctica política global, sin fisuras, con armonía? ¿cómo estar

dentro del partido manteniendo nuestra fisonomía de sujetos políticos?

Tal vez haya que reflexionar sobre el partido como institución, que reproduce en su interior las contradicciones de la sociedad, analizar cómo la contradicción hombre/mujer que cruza todo el tejido social, se presenta también dentro del partido.

Muchas de nosotras queremos y reivindicamos ser *Mujeres Comunistas*, porque creemos que merece la pena. Y para ello tenemos que luchar por construir una experiencia distinta de militancia que no sea el único modelo de hacer política que hoy existe en nuestro partido y que se asume por las propias mujeres: el modelo masculino.

¡Camaradas! No se puede abrir las puertas a nuevos sujetos políticos y luego creer que la presencia de ellos no vaya a modificar las formas de la política. Es ingenuo, poco realista, y además, en el fondo, es volver a separar en este caso la sociedad civil de la política, lo privado de lo público.

Hay que plantearse el lugar que ocupa en nuestra estrategia la cuestión femenina y valorarla como uno de los lugares en que se juega la posibilidad de transformar el sistema.

Sin embargo no se trata de solucionar los problemas que hoy tenemos las mujeres desde el punto de vista de los intereses del partido sino desde el punto de vista de los intereses de las propias mujeres. Y el partido tiene no sólo como objetivo el hacer posible nuestra intervención como sujetos políticos, sino también el plantearse una nueva manera de situarse ante los movimientos feministas, por muy embrionarios que sean en este país.

Es preciso que dejemos de lado la política de la mano tendida y dejemos asimismo de analizar estos movimientos como simples aliados del movimiento obrero, sin nexo dialéctico en la estrategia política; sin valorar la importancia en sí mismo del Feminismo.

Hay algo cualitativamente distinto en los movimientos feministas de la simple participación, aunque sea activa, en la construcción, al lado de la clase obrera, de una nueva sociedad.

Sería un grave error diluir la importancia de este fenómeno en la batalla política general.

Tanto el partido como el movimiento obrero en general, creemos que no entienden la esencia de esta nueva conciencia que nace y se va configurando y que va más allá de la simple emancipación.

Refiriéndome a la necesidad de la autonomía del movimiento feminista, quiero destacar la no comprensión de este concepto y la dificultad que presenta la construcción de puentes con la política general, manteniendo al mismo tiempo la autonomía de dicho movimiento. Porque aunque podamos llegar a estar de acuerdo en planteamientos ideológicos, el problema se plantea a la hora de compaginar tiempos, métodos, prácticas. Los tiempos de la política a veces no coinciden con los tiempos de la Mujer, y menos en épocas de crisis. Ahí está lo ocurrido en CCOO con la reivindicación feminista de pleno empleo y subsidio de paro. Y son nuestros tiempos los que se ven una y otra vez aplastados y subordinados.

¿Cómo solucionarlo? Dando un salto cualitativo en la teoría y en la praxis, tanto del movimiento feminista como del movimiento obrero en su conjunto.

En definitiva, se trataría de articular mejor nuestra propuesta de pluralismo y no pensar que esto quiere decir solamente el garantizar la autonomía de otras fuerzas sociales comprometidas en la transformación de la sociedad. También se debería dar una práctica interna dentro del partido, un ensanchamiento y una potenciación de su vida democrática, tales, que se haga posible la presencia de prácticas políticas diversificadas entre sí y perfectamente articuladas.

# Enmiendas y consideraciones sobre el apartado "sexualidad" del informe presentado a la Conferencia

Montserrat Perelló

(Delegación del P.S.U.C.)

En nuestra sociedad, la sexualidad no es un medio de relación entre individuos, sino un medio de evasión de la propia sociedad. El capitalismo ha hecho de la sexualidad y del placer un medio de consumo y, de hecho, la mujer no sólo es sujeto pasivo, sino el objeto de ese consumo. El capitalismo ha utilizado el sexo como instrumento de dominación y alienación.

Por lo tanto, creemos que este apartado del informe debería ser esencialmente clarificador respecto a la diferencia existente entre búsqueda del placer y reproducción, lo cual nos llevaría a analizar las relaciones heterosexuales, la masturbación, el lesbianismo y la homosexualidad, así como la planificación de la natalidad, aspecto este último poco tratado y del que en Catalunya existen importantes experiencias que deberían ser recogidas en este apartado y en el que hace referencia a la mujer y el movimiento popular.

Querría hacer dos matizaciones al apartado en el que se habla de que "los anticonceptivos separan la procreación de la sexualidad, permitiendo a la mujer ser dueña de su propio cuerpo". Considero, que el párrafo adolece de un excesivo mecanicismo, dado que es evidente la importancia de los anticonceptivos, pero éstos, y a pesar de ser cada vez más las mujeres que los toman, *si no* van unidos a una información y educación sexuales, corren el riesgo de ser simples métodos anticonceptivos que se utilizan, pero seguir igualmente dependiendo nuestra sexualidad de la sexualidad del hombre. Los comunistas hemos de luchar en la reivindicación de la sexualidad

que a las mujeres nos es propia, avanzados así en unas nuevas formas de relación entre todas las personas.

En otro apartado del informe se dice: "este progreso técnico plantea ya de inmediato el reconocimiento de la mujer como ser autónomo, que puede decidir libre y conscientemente su maternidad, la cual la convier-

te en una opción más". Consideramos las mujeres de la Asamblea de Catalunya que el partido no puede ni debe tener miedo a abordar el problema de una forma clara, y éste se sitúa en el contexto de una sociedad que permite el que las mujeres queden embarazadas y después, en nombre de la moral, del derecho a la vida y la integridad, niega el derecho a abortar; una sociedad que permite los abortos clandestinos con riesgo de la propia vida de la mujer.

Los comunistas no podemos inhibirnos de esta realidad y debemos esforzarnos en la legalización del aborto. Nosotros no potenciamos el aborto, sino que luchamos y lucharemos para dotar a todas las mujeres de los medios imprescindibles para que el aborto no tenga que ser necesario, siguiendo en nuestro esfuerzo de crear centros de planificación e información sexual, no como recetarios de pastillas; pero seguiremos reivindicando la legalidad del aborto como derecho fundamental de un principio de libertad.

## Resolución aprobada por la Conferencia

Tras un proceso de discusión con más de 300 reuniones en el que han participado cerca de 30.000 militantes, el Partido Comunista de España ha celebrado, durante los días 16 y 17 de diciembre de 1978, una Conferencia dedicada a analizar la problemática de la mujer, dando cumplimiento así en lo acordado en la Resolución núm. 8 de su 9.º Congreso.

La Conferencia ha aprobado un documento titulado Manifiesto del PCE sobre Mujer y Socialismo, así como la siguiente resolución:

"El PCE en la presente coyuntura política, que reclama un Gobierno de amplia mayoría democrática para poder hacer frente a la crisis y desarrollar la Constitución en un senti-

do progresista, considera importante reafirmar su compromiso en la lucha por la plena emancipación y liberación de la mujer.

Partimos del convencimiento de que el cambio profundo de la sociedad española exige que las mujeres en su gran mayoría sean protagonistas activas del mismo. Y tenemos como referencia, el proyecto de futuro por el que luchamos los comunistas —el Socialismo en la democracia— que debe ser una sociedad con profunda dimensión femenina y limpia de discriminaciones por razón de sexo.

La conquista de las libertades políticas y del marco de convivencia democrática establecido por la Consti-

tución, están creando una situación mucho más favorable para que la mujer asuma y ejerza su condición plena de ciudadana y luche con más eficacia por su emancipación social. Igualmente, este contexto facilita el desarrollo de la lucha de las mujeres por resolver sus problemas específicos, es decir, para lograr la liberación de la mujer.

La realidad está poniendo de manifiesto fenómenos importantes en este sentido.

Por un lado, la presencia y la actividad de la mujer, gana terreno en todos los planos: a partir de ahora, el voto de las mujeres es un factor decisivo para la evolución política del país; la militancia de las mujeres en partidos políticos se incrementa; la afiliación sindical y la acción reivindicativa de las trabajadoras crece; la mujer se incorpora destacadamente al movimiento ciudadano y popular; el desarrollo asociativo con base femenina se extiende en múltiples direcciones: amas de casa, mujeres universitarias, mujeres empresarios, mujeres separadas, madres solteras, etc.

De todas formas, estos procesos revelan limitaciones objetivas —basta pensar en la situación de las mujeres campesinas, de las mujeres emigradas, en los efectos de la crisis económica sobre la mujer trabajadora, etc.— y frenos subjetivos, que se resumen en no haber asumido plenamente las nuevas posibilidades y necesidades que con la democracia se abren ante la mujer. Los comunistas no podemos desconocer ni contemplar pasivamente estos problemas.

Además, las fuerzas conservadoras también son conscientes de que la actual situación, potencia el papel de la mujer y responden a este hecho, esforzándose por canalizar su participación de forma que no amenaze e incluso defiendan intereses reaccionarios.

El PCE multiplicará sus esfuerzos para impedir la manipulación de las mujeres, bien sea desde los partidos conservadores, los sectores reaccionarios de la Iglesia, los departamentos de publicidad y venta de las grandes compañías, o los medios de comunicación a su servicio. Simultáneamente, el PCE multiplicará también sus iniciativas para establecer una relación directa con las masas femeninas, conocer mejor sus problemas, elaborar alternativas concretas para ellos y defenderlas con

energía en la calle y en el Parlamento.

Otro fenómeno que viene manifestándose con una gran vitalidad en el nuevo contexto democrático son las iniciativas y las experiencias de organización, dirigidas a promover la lucha de las mujeres por su liberación, es decir, el movimiento feminista.

Lo que este movimiento representa, debe ser asumido positivamente por cualquier comunista, ya que trata de combatir todas las discriminaciones por razón de sexo y hacer avanzar a las mujeres hacia su liberación.

Las limitaciones que todavía sufre el movimiento feminista, así como alguna de sus manifestaciones, que a veces parecen tender al aislamiento o a la confrontación con otras fuerzas progresistas, son problemas que a los comunistas, ante todo, nos señalan la necesidad de prestar una atención mucho más profunda a este movimiento, y no nos deben llevar a menospreciar su importancia actual y su potencialidad futura.

La realidad es que estas limitaciones del actual movimiento feminista, son debidas a las poderosas tensiones e influencias antifeministas que existen en nuestro país y a las serias debilidades que las fuerzas progresistas —y entre ellas el PCE— acusamos a la hora de superarlas.

Vemos pues, que el proceso de incorporación de la mujer a la política y la lucha por su emancipación social y su liberación, se van abriendo paso con formas diversas.

El PCE se propone potenciar estas luchas, tratando de evitar las rivalidades y confrontaciones que puedan surgir entre sus protagonistas y realizando un esfuerzo permanente por articularlas en nuestra vía de consolidación democrática y avance al socialismo en libertad.

Con este fin, la Conferencia destaca la necesidad de que el Partido siga con atención las distintas manifestaciones de la lucha de la mujer, estudie las formas que adopta en cada caso, y desarrolle, más profundamente, en su seno los ideales de emancipación y liberación de la mujer, traduciendo cotidianamente esto en la actividad política y en la vida interna.

Para ello, la Conferencia orienta al Comité Central y a todos los Comités del Partido a que se esfuercen para que la acción movilizadora

y la actividad parlamentaria del Partido, así como nuestra política de gobierno a nivel local y autonómico, asuma y destaque en todo momento, el conjunto de reivindicaciones recogido en el Manifiesto aprobado por esta Conferencia.

Debemos proponernos que sea el Partido Comunista quien rompa una larga tradición política, según la cual, los problemas de la mujer ven una y otra vez su solución retrasada o sacrificada, en favor de otros problemas que no son siempre ni más generales ni más urgentes.

En relación con el movimiento feminista, la Conferencia reitera el criterio del 9.º Congreso según el cual, "las comunistas deben participar en él". Y con el fin de aplicarlo más eficazmente, estima que todas las organizaciones del Partido deben promover expresamente la participación de una parte de sus militantes mujeres en este movimiento, así como procurar y facilitar la incorporación al Partido de militantes feministas.

Contribuiremos de este modo a crear unas relaciones más positivas entre el PCE y el movimiento feminista y adquiriremos un conocimiento más profundo de sus planteamientos actuales en nuestro país.

A su vez, la Conferencia considera que estas medidas representan la aportación más valiosa que puede hacer hoy el PCE al movimiento feminista, entendiendo que su actual nivel de desarrollo no hace aconsejable definir opciones cerradas de militancia de las mujeres comunistas en uno u otro de los grupos que lo forman.

En todo caso, la actividad de las mujeres comunistas en el movimiento feminista, partirá de la base de defender la independencia de este movimiento y procurar que se estructure y funcione de forma plenamente democrática y se orientará a lograr su desarrollo de masas y su confluencia, a partir de la lucha por las reivindicaciones específicas de la mujer, con las fuerzas del trabajo y la cultura que actúan para consolidar la democracia y crear una sociedad socialista."

# Los comunistas y la juventud

Josep Palau

Hacia ya tiempo que quería escribir en NUESTRA BANDERA. En concreto, desde que, con un extenso artículo de J. L. Malo, se inició en estas páginas el debate en torno al tema juvenil.

Hubiera deseado que el presente artículo respondiera a conclusiones muy acabadas, maduras y en perfecta coherencia. Por ello, el planteamiento inicial era publicarlo más adelante. Sin embargo, al observar con preocupación que no ha continuado el debate en la revista por falta de aportaciones, me decido a contribuir con estas páginas, recogiendo ideas elaboradas, reflexiones suscitadas desde la cotidiana actividad en la UJCE, y refundiendo elementos contenidos en otros trabajos.

Así pues, no se pretende sentar cátedra, sino introducir, de forma abierta, y en algunos aspectos quizá inconexa, a la reflexión teórica-política del partido, algunas consideraciones en torno a la caracterización del fenómeno juvenil, de una parte; y de otra, algunas tesis respecto de la política comunista respecto de la juventud.

He dividido el trabajo en cuatro partes:

1. Crisis del Movimiento juvenil. Crisis de la Civilización capitalista.
2. Vía democrática al Socialismo y Nuevas generaciones.
3. Los comunistas y la juventud, hoy.
4. Un proyecto cultural: una nueva racionalidad.

«Se puede y es preciso hablar de Cuestión Juvenil cuando las sociedades atraviesan períodos de crisis profunda»

Palmiro Togliatti - 1947

## 1. CRISIS DEL MOVIMIENTO JUVENIL. CRISIS DE LA CIVILIZACIÓN CAPITALISTA

Se ha hablado mucho, hemos hablado mucho, de la crisis de movimiento juvenil en las sociedades capitalistas actuales. Sin embargo, es necesario precisar a qué nos referimos. En una primera aproximación superficial, se asimila la afirmación a la de la crisis de las opciones ideológicas organizadas tradicionales de la izquierda entre la juventud, que por otra parte, siempre han sido minoritarias. Sin embargo, no puede hablarse en propiedad, en rigor, de la crisis del movimiento juvenil en las sociedades capitalistas. Movimientos, en tanto que actitudes colectivas en acción, se han dado en los últimos años en las sociedades capitalistas desarrolladas. Los movimientos Hippys, Provos, Punk, situacionistas, Indios Metropolitanos, Ecologistas, Pacifistas no violentos, antimilitaristas, son algunos ejemplos de ello. La aparición de estos movimientos ha hecho entrar en crisis, cuanto menos de expansión o temporalmente, a movimientos organizados de juventud clásicos: políticos, sindicales, asociativos, que no han dado respuesta a nuevas aspiraciones e inquietudes que aparecían, especialmente en el terreno de lo vital y de la realización personal. En consecuencia, en el sentido más genérico, y en referencia a los nuevos fenómenos antes apuntados, debería hablarse más bien de desplazamiento en la predominancia del tipo de movimiento juvenil que implica crisis del tipo de movimientos juveniles desplazados. En ese sentido, sería más adecuado hablar de crisis de movimientos juveniles, que de crisis del movimiento juvenil.

Esta apreciación es perfectamente aplicable al mayo del 68. Una explosión de inquietudes, de voluntades juveniles de transformación social, política e ideológico, que no encuentran su expresión, en organizaciones juveniles que en sus fines coinciden con las inquietudes del mayo del 68: las organizaciones políticas juveniles de izquierda.

La crisis profunda del movimiento juvenil, es la que consiste en la no existencia de movimiento, y este es precisamente el fenómeno predominante en la actualidad. La extensión de la apatía, del individualismo, del rechazo a la vida colectiva, a lo organizado; la búsqueda de la realización personal como evasión de la lucha política y social, la incredulidad en la posibilidad del cambio social; el escepticismo ante la utilidad de las instituciones y de los medios (partidos, organizaciones) democráticos, son los rasgos generales característicos de la actitud de sectores amplísimos de la juventud, en Europa Occidental en los últimos años.

En España, tiene sentido, sin embargo, hablar, refiriéndonos al período de la transición política post-franquista a la democracia, de la crisis del movimiento juvenil; esto es, de la crisis del movimiento, o movimientos juveniles, que en los últimos años se habían desarrollado con un neto carácter anti-franquista. Movimientos en los barrios, clubs y centros juveniles, movimientos de carácter social, cultural, movimientos estudiantiles, organizaciones políticas juveniles generalmente de izquierdas; movimientos que no han encontrado a diferencia de los partidos y sindicatos en el acceso a la libertad política, un vehículo de expansión, de masificación, sino una pérdida de inspiración, de falta de objetivos en un medio juvenil en el que la democracia no ha desatado ansias participativas, precisamente.

En los meses de proceso democrático post-franquista, la fenomenología de actitudes políticas y sociales observada entre la juventud, ha tendido a parangonarse rápidamente con la dominante en los últimos años en todas las sociedades capitalistas desarrolladas, especialmente las europeas. Incluso la eclosión de algunos movimientos de carácter radical, nihilista, tales como el movimiento ácrata, no han sido más que una estrella fugaz de repetición ace-

lerada de fenómenos de contestación observados en otros países durante algunos años; estrella fugaz que se ha disipado rápidamente, dando lugar a la predominancia de lo apático y lo individualista.

A ello contribuye sin duda, el carácter móvil y fluyente de la juventud y la consiguiente falta de memoria histórica en forma de conciencia colectiva en los movimientos juveniles. Los protagonistas de los movimientos antifranquistas en el año 73-74, no son ya jóvenes; para un joven de 17 años, hoy el franquismo no forma parte de su memoria, de su experiencia vital.

Otro factor, ha sido la frustración del concepto de ruptura, y la consiguiente complejidad del proceso político que no ha dado lugar a opciones entusiasmantes, agravándose con la marginación juvenil de los principales acontecimientos políticos de la transición, especialmente con el no reconocimiento del derecho a voto a los 18 años en las primeras elecciones celebradas el 15 de junio de 1977.

Sin embargo, la causa en profundidad de la crisis de esos movimientos juveniles hay que buscarla en la manifestación con crudeza de las consecuencias de la crisis capitalista que para la juventud son múltiples, graves y que quedaban disimuladas con la existencia de la dictadura.

Se trata, de las consecuencias directas de la crisis económica; en primer lugar, el paro juvenil, es decir, la marginación del mercado productivo, el no encontrar trabajo concluidos los estudios, que, según el Instituto Nacional de Estadística, el primero de enero del 78, afectaba a 450.000 jóvenes entre 14 y 24 años, y que, según las centrales sindicales hoy debe de estar afectando a más de 600.000 jóvenes en esas edades, lo que supone que uno de cada tres jóvenes no encuentra trabajo. La crisis económica afecta no sólo a ese tercio; afecta a otro gran porcentaje al que condena a trabajos aislados, sobre-explotados en sectores marginales de la producción, normalmente en régimen de pequeña empresa, con pocas garantías sindicales (camarero, encuestador, vendedor ambulante, de todo tipo de productos, son trabajos típicos hoy para un joven). La crisis económica afecta también al conjunto del estudiantado al degradar, por pérdida de función social, desde un criterio de rentabilidad capitalista, a todo el

sistema educativo y creando la incertidumbre de la falta de salida profesional.

Así pues, la crisis económica distorsiona a una gran mayoría de la juventud, cerrando horizontes de futuro, negando perspectiva social y profesional, creando profundas incertidumbres de carácter vital.

Es difícil hacer distinciones aquí, más allá del puro matiz entre la juventud trabajadora y la estudiantil, entre la juventud en paro y la que trabaja; impera la predominancia de un sentimiento generalizado de falta de proyectos. Sobre todo, teniendo en cuenta que junto a este factor material, la crisis capitalista se expresa en la juventud muy fuertemente también, en el terreno ideológico, tremendamente condicionante de la condición juvenil en tanto que tal: la contradicción entre valores inculcados y la realidad que los niega, junto a la crisis de instituciones tales como la familia.

A ello contribuye la contradicción progresiva entre el momento de inicio de la etapa juvenil, y el momento de incorporación social; es decir, mientras que, debido a un desarrollo objetivo cultural, civilizatorio, los que hace poco eran niños de 12 o 13 años con seria mentalidad infantil, hoy son jóvenes de 12 o 13 años que empiezan ya a sentir con mentalidad de problemática juvenil. Paralelamente, la edad de incorporación al trabajo, tiende, en orden a las dificultades en el mercado productivo, a atrasarse; en consecuencia, se produce una contradicción entre madurez cultural e intelectual y la madurez social procedente de las relaciones sociales normalizadas que capacita la capacidad de percepción de la realidad de tales relaciones sociales y los procesos de cambio social.

Como agravante de la marginación, cabría señalar una cierta herencia del franquismo en lo referente a la falta de medios para el ocio y la cultura de escasa tradición asociativa, restos de legislación marginativa, etc.

Desaparecida la dictadura, concluida una lucha de resistencia antifascista, lo que ha aparecido para la juventud española ha sido una realidad, pues, de marginación profunda, social y cultural que en el resto de Europa era ya explícita desde hacía unos años, pero en España permanecía latente. Marginación que im-

plica crisis de movimiento juvenil en el sentido más profundo de negación de la actitud colectiva en acción a que nos referíamos antes, porque se produce un distanciamiento objetivo de la dinámica socio-productiva y política de la sociedad. Marginación que *rompe la propia condición juvenil*, y ahí entiendo que se halla la propia *crisis de movimiento juvenil*, que no es más que crisis de la incorporación social de las nuevas generaciones.

Llegados a este punto, quizá convendría cuestionarse en qué consiste la condición juvenil. La pregunta ¿qué es la juventud? se ha formulado excesivas veces en términos de misterioso ontologismo cuando se ha pretendido abordarla científicamente, superando la simple intuición vinculada a la edad. Y tiene, entiendo, una respuesta clara. Se trata de un sector social cuya característica es el aprendizaje social en dos vertientes interrelacionadas, la búsqueda del rol para la integración en el aparato productivo, en el binomio trabajo-estudio; y, la búsqueda cultural, es decir, el aprendizaje de valores, actitudes, conductas frente al contexto, es decir, al mundo y la sociedad; entiendo ahí un concepto amplio de cultura como interpretación del mundo, el hombre y la sociedad (en definición negativa, la condición del adulto no se alcanza a una edad determinada sino por la combinación de haber resuelto una situación social y productiva encauzada, y por una opción cultural, valores, actitudes, conductas, aprehendida, conformada).

Existe un concepto generalizado en ciertos sectores de la izquierda que no es cierto y que lleva a formular más de un mito: el carácter revolucionario de la juventud. Lo cierto es que existe un carácter de innovación cultural en la medida en que la falta de valores y del rol social previsto actúan como «no vinculante» a «lo establecido»: un joven se cuestiona siempre lo existente. Lo que define a un colectivo social como revolucionario no es sólo su nivel de conciencia de voluntad de cambio, sino el que sea portador, participe o contribuyente de un proyecto de transformación revolucionaria real.

El carácter revolucionario es una potencialidad en la juventud, pero también lo es el marginalismo o incluso la reacción porque no siempre lo que aparece con mayor fuerza explícitamente como renovación in-

mediata, es un proyecto revolucionario. Baste el ejemplo de la adhesión de masas juveniles activamente al fascismo y sobre todo al nazismo en Alemania; baste más recientemente y en situación más próxima a la nuestra, la calidad de elementos desestabilizador de movimientos estudiantiles, en Italia. En Bolonia y en Roma, concretamente, movimientos de ataque al movimiento obrero organizado, ataque frontal a los sindicatos y al PC, en una clara utilización reaccionaria de un movimiento que con voluntad renovadora en su base se expresaba considerando, y por ende enfrentándose al movimiento obrero, como parte fundamental del *stablishment* que se rechaza.

Hemos ya hablado anteriormente de la falta de experiencias sociales acumuladas por los jóvenes, y la carencia de memoria histórica de éstos. Por ello, cada generación plantea sus respuestas en base a la realidad y contradicciones de cada momento presente.

Haciendo un pequeño paréntesis, esto es lo que explica la dificultad de comprensión juvenil del momento político actual; comprensión que viene dada por el entendimiento del carácter de transición. Tal carácter puede percibirse desde la experiencia acumulada de la significación del franquismo, experiencia que no han acumulado las generaciones más jóvenes. El entusiasmo con que en actos públicos y mítines generales, encuentran las comparaciones entre la situación actual y la de los «cuarenta años», contrasta con la frialdad y el escepticismo que suele encontrar tal comparación en medios y asambleas juveniles. Tampoco es ajeno a este hecho el que el cierto crecimiento entre jóvenes que observan las organizaciones fascistas lo sea entre los más jóvenes: 13, 14, 15 años: los que no han conocido el franquismo.

Por la misma razón es entre la juventud, donde con mayor facilidad son acogidos nuevos planteamientos ideológicos que rompan con concepciones imperantes a cada momento. Generalmente, todo nuevo movimiento social, cultural, ideológico, político tiene a jóvenes como primeros defensores, sin implicarse el que forzosamente tales «nuevos movimientos» tengan contenido de progreso.

En cualquier caso, renovación cultural y espíritu crítico son caracte-

rísticas innatas a la juventud. De ahí se desprende la fuerte carga de ideologización a la que es receptiva la juventud. Es decir, existe en mucho mayor grado que en cualquier otro sector social, sensibilidad respecto a las respuestas globalizadoras sin condicionamientos por lo concreto, cotidiano e inmediato. Ello abre puertas a valores progresistas como el de la solidaridad, pero al tiempo, a cierto irracionalismo en algunas respuestas juveniles: el nihilismo no es más que el ideologismo radicalizado que huye del cambio social.

Llegado a este punto, conviene adelantar un concepto que desarrollamos más adelante: el de la necesidad de vincular la renovación cultural e ideológica a los proyectos políticos de transformación social; de cotidianizar los valores del proyecto social que se propugna, y de ideologizar toda actividad e iniciativa política coyuntural. Esa es, en gran medida, la clave para abrir amplia brecha juvenil para el socialismo. La historia de las contradicciones, en las últimas décadas europeas, entre izquierda y manifestaciones juveniles es la historia de las contradicciones entre proyectos políticos de transformación sin capacidad renovadora en lo ideológico, ni de alternativa a lo cotidiano y a lo cultural, y respuestas, en este último terreno, sin contenido de proyecto transformador, y por tanto fácilmente integrable en una lógica de sistema.

La burguesía se ha dado siempre cuenta del carácter inestable de la juventud y ha intentado contrarrestarlo a su favor creando un conjunto de mecanismos sociales e ideológicos. Ofreciendo, en primer lugar, una garantía de rol social, de empleo productivo clasistamente predeterminado, por supuesto, pero garantizado en definitiva; junto a ello difundiendo valores ideológicos justificativos de la división social del trabajo: individualismo, competitividad, consumismo; y como cierre del ciclo, la eficacia de instituciones de formación en esos valores: la familia y la escuela. Observemos cómo todo este sistema de mecanismos de control está basado, tiene su nudo gordiano, en la garantía de rol social y profesional, en la capacidad de oferta para la integración social que la crisis económica rompe por su base.

La inestabilidad consiguiente ha sido trabajada por los ideólogos capitalistas, especialmente en los Estados

Unidos, creando válvulas de escape de la contestación juvenil consiguiendo que la alejen de la lucha por la transformación social, de la alianza con la clase trabajadora:

1) El favorecimiento de actitudes marginalistas, como valores de expresión: la ideología de la droga (el consumo de droga como liberación personal) y el estímulo en general a todo tipo de falsas realizaciones personales a través de la evasión de lo político y lo social. La conversión, a través de ello, del rechazo a las consecuencias de un **tipo de sociedad**, al rechazo a todo lo social, generando el nihilismo.

2) De otra parte, la difusión de la teoría de la lucha generacional, es decir, sustituyendo, ideológicamente, la contradicción real entre aspiraciones juveniles y estructura del sistema social, por la falsa contradicción entre jóvenes y adultos, en la disyuntiva irresponsabilidad-incomprensión.

3) También la integración consumista, reduciéndolo a lo inofensivo del simbolismo, valores progresistas de contestación: la imagen del Che, el rock, la moda hippy, etc.

En general, se ha tratado de situar en un *getto*, alejado de la dinámica de la lucha de clases, a la contestación juvenil, favoreciendo tres tipos de riesgos para el movimiento democrático: el individualismo, el distanciamiento del movimiento obrero, e incluso, actitudes de carácter fascista.

Por definición podemos pues afirmar, que, la crisis social corresponde *crisis juvenil, crisis de las características definitorias de la juventud*. Con la falta de perspectiva social y profesional queda rota la estabilidad de la búsqueda de rol social; los valores inculcados, consumismo, competitividad no pueden ejercerse, se produce un choque entre valores aprehendidos y realidad social. La crisis de valores comporta frustración cultural.

Así pues, *podemos hablar científicamente de juventud como un sector social específico con características de homogeneidad, refiriéndonos a una gran mayoría de la juventud que está afectada social e ideológicamente por la crisis del sistema capitalista que genera crisis de la propia condición juvenil, tendiendo a reproducir ésta a un gran colectivo social marginado sin horizontes socio-profesionales, sin perspectiva vital.*

## 2. VIA DEMOCRATICA AL SOCIALISMO Y NUEVAS GENERACIONES

En términos de objetividad, la situación antes descrita coloca a la juventud interesada en profundas transformaciones económico-sociales en el país, interesada en el proyecto de profundización de la democracia, extendiendo ésta a lo social. La juventud es, potencialmente integrante del bloque histórico tremendamente mayoritario que, asilando al capital monopolista, es susceptible de la edificación socialista en libertad.

Sin embargo, por las mismas características de la crisis juvenil, hay una potencialidad de integración e incluso de utilización por el sistema conduciendo el distanciamiento social, que la marginación respecto al aparato productivo comporta, a enfrentamiento a lo social, a actitudes asociales.

*Para los comunistas ante la crisis capitalista, aparece tanto la posibilidad de ganar a esa gran mayoría de la juventud al proyecto de desarrollo progresista de la democracia, como el peligro de que un gran sector se convierta en víctima de la reacción, de la desestabilización, en la dinámica violencia-represión, incluso desde sinceras expresiones de contestación.*

Ello plantea a los comunistas temas de novedad y de importancia transcendentales:

### Primero

La juventud no puede ser considerada ya sólo como una etapa biológica, en la que lo que importa es su condición de futuro. Sino como un sector social específico que constituye un problema, en la realidad presente, social y política de primer orden. En consecuencia, la preocupación comunista hacia la juventud no puede ya limitarse, según la concepción clásica del carácter de las juventudes comunistas, a influir a un sector de la juventud en las ideas del Partido, educándolo para una militancia comunista posterior, sino que se trata de formular una política social de solución a los problemas de fondo, de ofrecer proyectos ideológico-culturales.

### Segundo

El agravamiento de la crisis económica, la insuficiencia de medidas de solución a problemas como el

desempleo juvenil, sólo pueden traducirse en el ahondamiento de la distancia juventud-sociedad, y de la distancia movimiento juvenil-proyectos progresistas. En consecuencia, la necesidad de medidas y soluciones al problema de la marginación social en aplicación a todos los niveles de gestión de gobierno, la necesidad de fijar a la opinión pública en el tema juvenil, son necesidades imperiosas.

### Tercero

La incredulidad juvenil en los instrumentos y en las instituciones democráticas si a alguna política afecta especialmente es a la comunista, la realización de cuyo proyecto se fundamenta en la creatividad y en la participación activa y consciente del individuo; en la superación de la democracia como delegación por la democracia en su sentido más pleno de intervención de todos en lo de todos; en el desarrollo, junto a los instrumentos representativos, de una sólida red de instituciones de base, de organizaciones sociales, cívicas, culturales; cuya concepción del poder democrático no se limita a obtener los votos suficientes, sino que se basa en la movilización responsable y activa.

### Cuarto

Pese a los evidentes riesgos ya citados, en la base del comportamiento juvenil escrito, se halla la contestación y rechazo a las injusticias del sistema capitalista, y se están afirmando —por cierto, con mayor audacia que la capacidad ideológica de la izquierda—, valores que conectan con la aspiración de una sociedad libre, creativa, que desarrolle las potencialidades del individuo. Es decir, que la frustración y rechazo del sistema en un contexto social que aparece agresivo, y sin horizonte, aunque comporte actitudes de corte negativo, genera la afirmación de un conjunto de valores de carácter tremendamente humanista, que tienen carácter positivo. Valores como los siguientes: libertad individual plena, anti-individualismo, anti-jerarquía, ruptura con el cinismo de lo puritano, con la hipocresía de la moral represiva, revalorización de lo instintivo y lo espontáneo en la búsqueda de nuevas formas de comunicación, convivencia armónica superadora de lo represivo de la estructura familiar.

### Quinto

Si dichos valores se expresan en actitudes individualistas, es también, por falta de incorporación clara y ofensiva de ellos, en los modelos de vida que los proyectos colectivos de transformación social portan.

Hoy tiene más poder de influencia ideológica el propio sistema en crisis, generando la convicción de la impotencia ante la posibilidad de cambiar estructuras, afirmando el valor de pasar del asunto, que la fuerza de la imagen de liberación colectiva y social del Socialismo como único marco posible de liberación de cada uno de los individuos.

La idea Socialismo, no aparece hoy ante los ojos de una mentalidad amplia de la juventud como portadora de la liberación personal, no suscita adhesión juvenil desde esos valores, fundamentalmente por la imagen coercitiva del individuo y su libertad en los países del llamado Socialismo real.

Interesa detenerse aquí un momento, porque algunos neoideólogos de la marginación normalmente de origen francés —que por cierto sus apariciones en los medios de comunicación dominantes son a veces no precisamente marginales— dicen que hay crisis del marxismo en cuanto que no es ya la clase obrera y los trabajadores los portadores de energía revolucionaria, en cuanto que su aspiración económica, que les define como clase, ya no les enfrenta radicalmente al sistema capitalista; y que, la contradicción revolucionaria es la ideológica, la de la plena liberación individual; y que en consecuencia, los agentes de la revolución van a ser los no integrados ideológicamente en el sistema, esto es, los marginados. Esta teoría centra, claro está, atención especial hacia la juventud. Curiosamente, coinciden estos ideólogos con otros ideólogos, normalmente residentes en Estados Unidos, que dicen que el marxismo es válido sólo para sociedades atrasadas como las que han hecho ya la revolución; que el desarrollo capitalista ha hecho inviable, por desbordamiento, los proyectos marxistas.

Unos y otros coinciden en no tener en cuenta la diferencia entre crisis de credibilidad y crisis real. Ciertamente es que las sociedades «socialistas» hasta hoy construidas tienen serias limitaciones y han mostrado monstruosas degeneraciones, pero eso no hace

entrar en crisis al marxismo, lo afirma; son socialismos contruidos desde la miseria, son socialismos contruidos en contradicción con la propia teoría marxista, que lo es del paso del capitalismo al Socialismo, no del feudalismo al socialismo.

El marxismo cobra pleno sentido en sociedades como las actuales capitalistas desarrolladas, en las que hay una incapacidad de desarrollo objetivo mientras se conserve la estructura social, en las que hay condiciones para el Socialismo de la abundancia.

Las teorías señaladas ensalzan efectos sin contemplar causas. De pretendidos teorizadores de realidades de credibilidad, se convierten en aliados de la causa de la incredibilidad juvenil, ante la posibilidad de la transformación social, negándola y haciendo lado a los propios ideólogos del sistema.

Precisamente, la lucha por la calidad de la vida, la creatividad humana colectiva e individual, el anti-autoritarismo, el antidogmatismo, etcétera, encajan perfectamente con la idea del Socialismo como liberación, idea revolucionaria del marxismo, que no ha caducado ni envejecido, sino que toma pleno vigor hoy, en los países plenamente desarrollados que son aquellos para los que Marx y Engels preveían su proyecto revolucionario.

Socialismo científico, como conciencia de la humanidad en la edificación de su historia colectiva, como negación de la predestinación sociales, como afirmación de la existencia de leyes transformables que mueven el mundo, es plenamente válido.

Precisamente el modelo que concibiera Marx como el de la sociedad socialista, y que sobre todo describió Engels en obras tan magníficas como «El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado», es un Socialismo de liberación en el que la democracia y la libertad, la participación creativa de las masas, el desarrollo de las potencialidades del individuo, son los valores que se desarrollan con la liberación económica de las relaciones de explotación, los mismos valores que hoy se afirman entre la juventud y que no encuentran identificación siempre con las opciones y proyectos de lucha por el Socialismo; ello está en la base de preocupantes ascensos de la tendencia al fascismo.

*Ante el choque entre valores renovadores y la degeneración de los modelos socialistas no corresponde, como pretenden algunos, renegar de los proyectos, sino renegar de las degeneraciones; no corresponde desvincular definitivamente —elevándolo mediante la teorización— la renovación ideológica de la lucha social, sino incorporar la renovación ideológica a los proyectos de transformación socialistas.*

De ahí que la recuperación de los valores originales del marxismo conecten con el Eurocomunismo, en tanto que superador de los errores de la social-democracia y del estanilismo, en tanto que voluntad para el socialismo económico pero no sólo económico sino también político, cultural, etc., lo que exige al Eurocomunismo el que a su vez no se anquile, el que se enriquezca, en que se defina cada vez menos en negativo y cada vez más en positivo, afirmando el modelo de vida del tipo de sociedad que propugna.

El Eurocomunismo ha de plantearse la lucha ideológica por hegemonizar el valor Socialismo en libertad en su sentido más profundo y por integrar, los valores de la realización personal y de la libertad individual, en los de solidaridad colectiva y justicia social, con los de la lucha por la transformación socialista.

### 3. COMUNISTAS Y JUVENTUD, HOY

De todo lo anterior se desprende que el gran objetivo de los comunistas en relación a la juventud es hegemonizar en ella la opción democrática y progresista de la lucha por profundas transformaciones sociales; en lo más inmediato, incorporar a la gran mayoría de la juventud de una forma creativa, a la lucha por la consolidación democrática evitando el divorcio juvenil respecto del proceso y de la institucionalización democrática. El planteamiento Eurocomunista es un planteamiento unitario que al definirse y desarrollarse implica que el acuerdo y la coincidencia con otras fuerzas progresistas especialmente socialistas. La aspiración definida, debe ser no sólo de los comunistas, sino de todas las fuerzas democráticas de izquierda. Se trata de interesar a la juventud en el proceso de consolidación de la democracia, comprometer activamente a la gran mayoría de la juventud en la participación y en la vida de las

instituciones democráticas. Y a través de ello, lograr que el rechazo al modelo de sociedad que es consecuencia del capitalismo y de sus crisis, se traduzca en la actitud de un amplio sector juvenil, en identificación con un proyecto real de cambio de esta sociedad: el proyecto del Socialismo en la libertad.

Todo ello, supone desarrollar tres grandes ejes, transformar la situación social de la juventud, lograr la participación civil de la juventud y ofrecer un proyecto cultural, un modelo de vida desde una opción de sociedad.

Es preciso entender esos tres ejes como tremendamente implicados entre sí, unidos, inseparables en el planteamiento. Es una perspectiva marxista, en una voluntad de incorporación social como la que nos ocupa, abordar sólo y aisladamente, el problema ideológico en sus expresiones culturales, porque es el que subjetivamente atrae a los jóvenes, porque es el explícito en la fenomenología juvenil, es no tener en cuenta que en el fondo del vacío cultural hay una crisis social, un alejamiento del mercado productivo; hacerlo equivale a ahondar en actitudes marginalistas, a aumentar la distancia dinámica social-juventud: sin la modificación real, o cuanto menos una lucha decidida por la modificación, de la situación real de orden social y laboral de los jóvenes, es impensable ganar en credibilidad juvenil en la lucha social. Ahí es preciso hablar de la necesidad de crear conciencia en la opinión pública, en las instituciones, en todos los niveles de la Administración, de la necesidad de una política de gobierno al servicio de la juventud, y de vincular a su gestión, mediante el desarrollo de mecanismos asociativos y participativos a la propia juventud, vinculando gestión política con movimiento juvenil.

Puede parecer irrealizable pretender configurar un nuevo movimiento juvenil en función de propuestas de política de gobierno cuando precisamente la crisis de movimiento juvenil que se pretende superar lo es por escepticismo frente a lo político, y cuando además la gestión de gobierno escapa a la concepción de movimientos juveniles.

Cierto es que hay escepticismo ante lo político, pero también es cierto que desde la perspectiva en la que nos situamos lo que pretendemos es superarlo; de otra parte, el surgi-

miento de un movimiento juvenil responsable, de intervención democrática, no puede darse al margen de la lucha por la transformación de las condiciones sociales y políticas de marginación, sin ahondar en ellas.

Se trata de acercar la gestión política a las inquietudes juveniles, vinculadas al desarrollo de mecanismos participativos y asociativos; en conexión con la concepción de profundización de la democracia que implica ir introduciendo junto a la representatividad de las elecciones la solidez de elementos de democracia directa de intervención popular en la gestión democrática.

En definitiva, transformar la situación social de la juventud, logrando al tiempo la participación civil, elevar confianza y credibilidad en la utilidad de los elementos democráticos en la posibilidad de transformación y de cambio, implica el desarrollo amplio de la política de gobierno al servicio de la juventud y el desarrollo de la participación juvenil en la gestión de ella.

Política de gobierno a desarrollar en torno a tres grandes temas, el desempleo juvenil, desarrollando planes experimentales de empleo, desarrollando planes de ocupación no productiva, sustitutoria impidiendo que la fatalidad del ocio derivado del paro cree actitudes asociales, tales como la delincuencia juvenil (lo que implica la lucha contra el cinismo de no resolver problemas y reprimir sus consecuencias, es la actitud gubernamental hoy ante el fenómeno de la delincuencia juvenil ante el que no se adopta más que medidas de carácter represivo, en declaraciones de altos cargos de departamentos de orden públicos cuando no es tal el problema sino social).

Política de gobierno, también, para generar perspectivas en el estudio, para transformar profundamente todo el aparato educativo y la universidad.

En tercer lugar, política de gobierno para poner al alcance de amplios sectores juveniles medios, instalaciones, y recursos para el desarrollo del movimiento juvenil asociativo, plural, diverso, en torno al ocio, la cultura y el deporte, medios sin los cuales es implantable una canalización de la participación juvenil.

En todo esto entramado de vinculación gestión-participación juvenil tienen una importancia fundamental, los niveles más directos concre-

tos e inmediatos de la gestión pública es decir, los ayuntamientos. De ahí, que para los comunistas el desarrollo a partir de las próximas elecciones municipales de una profunda preocupación en lo juvenil de los primeros ayuntamientos democráticos, sea decisiva.

Dialécticamente, junto al desarrollo de esa política de gobierno, los comunistas nos planteamos el desarrollo de un amplísimo movimiento juvenil de la democracia, es decir, de una eclosión del asociacionismo, sin duda diversificado y plural; movimiento juvenil independiente; movimiento que frente al individualismo y la apatía genere participación creativa en la vida y en las instituciones democráticas. En cuyo seno converjan las diversas corrientes ideológicas y políticas de la juventud, a cuyo desarrollo se entreguen éstas.

\* \* \*

Y todo ello, siendo conscientes de que a corto plazo es difícil pensar en grandes eclosiones del movimiento juvenil, al menos en un sentido progresista. Así más que hablar de un movimiento juvenil de la mayoría, más que una obsesión por la masividad, convendría centrar que el objetivo de los comunistas es el de generar un *área juvenil democrática*, un área juvenil de consenso (que no significa pasividad, sino asunción de su valor, y por tanto, intervención, creatividad) respecto de las instituciones y mecanismos democráticos. Área que puede ser minoritaria, pero que lo importante es que sea punto de referencia real para el conjunto de la juventud. Frente a los referentes del área del escepticismo, que va de la integración a lo apocalíptico, el referente de un área de participación democrática desde una intensa actividad político social (definida en páginas anteriores), generando valores ideológico-culturales que fundamenten la solidaridad colectiva (lo que desarrollamos en el capítulo 4).

Siendo éste el objetivo comunista a desarrollar hoy en relación a la juventud, la iniciativa a promover, comporta tres grandes ámbitos de actividad: la iniciativa constante en el movimiento específicamente juvenil, de carácter social (en la vida sindical, la ciudadana y la estudiantil); intensa actividad de orden cultural y artístico; amplio debate ideológico, en el sentido de conformar un

modelo de vida progresista, vinculando la política a la realización personal (ver capítulo 4).

Situado lo cual, queremos sólo introducir un tema que provoca grandes expectativas en el partido (desgraciadamente expresadas, a veces, más en escepticismo casi cínico, que en debate, aportación y propuesta). Se trata de si tiene sentido la existencia de una organización juvenil específica, independiente de la organización del partido, es decir la Juventud Comunista. Al respecto, cabe, de entrada, interrogarse: ¿Las tareas señaladas más arriba que configuran los objetivos de los comunistas, es posible desarrollarlas a fondo, desde el interior orgánico del partido, sin que se disuelvan en la complejidad de la iniciativa general? Francamente creemos que no. La necesidad de organización específica deriva de la existencia de especificidad juvenil, y sobre todo que ésta se manifiesta más que en lo económico y social (como en el resto de sectores sociales y clases) también en lo cultural e ideológico, en el comportamiento y las actitudes; y por ello afecta directamente a los modelos de organización.

Descartemos, pues, la opción de ingreso colectivo en el PCE como opción posible de la JC ¿Qué otra opción cabe? Desde distintos ángulos se ha insinuado, a veces, formulado apasionadamente, otras, la idea de conformar un movimiento amplio, unitario, pluritendencial. Lo cual, en las condiciones actuales, e independiente de la voluntad de quien lo formule, es inviable. ¿Movimiento unitario con quién o bajo qué programa? En realidad, o se trataría de un simple cambio de nombre (y es falso que sea la etiqueta «comunista» o la imagen de vinculación al PCE lo que ahuyenta a los jóvenes de la JC) o no podrá ser otra cosa que un nuevo movimiento ácrata, radicalizando el ideologismo, desvinculando de los procesos políticos generales, y, por ende, ahondando en el nihilismo.

La unidad a forjar entre la juventud es la de la colaboración no sectaria con diversos movimientos juveniles progresistas, en la actividad en el seno de un área juvenil democrática. La juventud que no es, ni se siente, co-partícipe ni responsable de las divisiones históricas del movimiento revolucionario, puede jugar un papel avanzado en la

superación de esas divisiones, pero no aisladamente de las convergencias de las opciones generales. Si la experiencia de la JSU algo indica, es precisamente esto: la JSU se funda tres meses antes de la función del PSUC; los largo-caballeristas (casi ningún historiador lo duda) y el PC se hubieran unido de no producirse el 18 de Julio.

En definitiva, un movimiento unitario político e ideológico progresista de la juventud, que supere a las actuales organizaciones políticas juveniles, no puede darse más que en un contexto más avanzado de la lucha de clases en nuestro país, de mayor configuración de una nueva formación político-social. Y debe generarse como resultado de un amplio movimiento juvenil democrático, sin lo cual una pretendida superación de las organizaciones políticas juveniles, no haría más que ahondar en actitudes marginalistas.

Así pues, el desarrollo de la JC es una opción clara. Es más, es una opción a medio plazo, cuyos resultados de expansión no podrán producirse en tanto no haya una mayor profundización y cotidianeidad de la instrumentación democrática. Como tal opción a medio plazo, es rentable la inversión política, aun sin resultados inmediatos. Juventud Comunista como marco específico de actividad y convivencia juvenil, con iniciativa diversificada en el movimiento juvenil, con audacia en lo ideológico-cultural.

Refirámonos por último, a un terreno poco elaborado, incluso en el conjunto de la izquierda europea: el de la ideología de lo cotidiano, en función de la crisis de valores de la civilización capitalista.

#### 4. UN PROYECTO CULTURAL. UNA NUEVA RACIONALIDAD

Proyecto cultural significa el modelo de vida del proyecto de sociedad que se propugna. Significa, también, un conjunto de actitudes, en función de ese modelo, ante la sociedad, y ante la posibilidad de su transformación. Significa, al mismo tiempo, un tipo de alternativas en función de ese modelo a todos los problemas que hoy se plantean en el orden de la comunicación, en el orden de la relación humana, en el orden del desarrollo individual.

Se trata, en definitiva, de hacer frente a la irracionalidad y el escepticismo, pero no de aplazar las alternativas culturales a un lejano futuro en el que una sociedad radicalmente diferente se haya construido. Hegemonizar la idea del Socialismo en libertad como única liberación colectiva posible, y como único marco en el que la realización personal es liberación, implica ganar, día a día, cambios y conquistas en el comportamiento, en las formas culturales. Una nueva racionalidad frente a la irracionalidad del nihilismo, no puede limitarse a la prédica con características religiosas del «Habrà un día en que todos...», como dice la canción.

Una nueva racionalidad tiene que determinar, en función del proyecto social en que se inspira, que comportamiento individual y colectivo, que moralidad en lo cotidiano, conecta, y al tiempo sirve para avanzar hacia ella, con ese proyecto de sociedad.

Vincular la realización personal a la transformación social, implica condenar tanto, y con la misma fuerza, el individualismo de la falsa realización individual a través de la automarginación de lo social, como la irracionalidad de la falsa transformación social que se centra en lo económico-político y que no atiende, e incluso se contradice, con la liberación personal. Hay que acabar con la irracionalidad del pasotismo, pero también hay que acabar con la irracionalidad del padre de familia comunista, líder sindical de su fábrica, que se enfrenta a lo despótico, del patrón pero que a su vez es un déspota con su mujer y sus hijos en casa.

Racionalidad desde la cual es denunciado y combatible la ideología de la droga como falsa salida, que convierte a la legítima experiencia del placer en evasión de la realidad, creando falsos paraísos que recuerda lo reaccionario de la filosofía católica del éxtasis de la contemplación del otro mundo, «fatal valle de lágrimas», y desde la cual es combatible y condenable con el mismo vigor la lucha social y económica y política que no contenga revolución de comportamientos humanos cotidianos.

Una racionalidad que no considera admisible definir Socialismo como realización revolucionaria plena a sociedades que han hecho cambios

profundos en los modos de producción pero han generado sistemas de coerción al individuo, de estancamiento ideológico y cultural.

Una racionalidad que no sólo describe, en un nuevo misticismo, las virtudes de un proyecto lejano, sino que rompa, luce, modifique las irracionalidades de lo represivo de la estructura familiar, de la hipocresía y la falsa moral imperante en lo sexual.

Una racionalidad que combate la violencia, la delincuencia, como falsas salidas de desesperación, pero que, al tiempo, combate el cinismo que consiste en no solucionar problemas sociales y reprimir sus consecuencias, el cinismo del alarmismo ante la delincuencia, considerándola únicamente problema de orden público.

Una racionalidad que combate los estancamientos, las jerarquizaciones, la falta de creatividad, los enquistamientos en los partidos, las organizaciones civiles y sociales, los instrumentos democráticos; y que al tiempo exclama: ¡Cómo van a cambiar los partidos y las organizaciones, si nosotros pasamos de ellas!

Una racionalidad que combate el dogmatismo y el sectarismo, pero que al tiempo afirma que lo organizado (los partidos, organizaciones y sindicatos) responden a un principio natural a la unión para conseguir la fuerza, y sin que nadie pueda demostrar que hay medios más eficaces para transformar la realidad.

Una racionalidad que combate el ejercicio de la política, como actividad denigrante, destinada a la consecución de poder personales. Pero que ante ello, no renuncia a la política sino a esa forma de política y **que afirma** que la política es una actividad superior del hombre, una preocupación por la cuestión pública, un acto de conciencia solidaria hacia los demás.

Una racionalidad que redescubre el valor del trabajo como realización humana con capacidad de transformación de la naturaleza, frente a la condena denigrante al trabajo como humillación y frente a la negación del trabajo que crea el desempleo.

Una racionalidad, que frente al irracional consumismo, proclame el valor del autocontrol que consiste en deslindar de todos los actos hechos y posturas, qué es lo natural, y qué las necesidades ficticias creadas por el

capitalismo, qué es lo necesario y qué es lo superfluo.

Una racionalidad que frente a los que exclaman ¡la sociedad es demasiado sólida, sus estructuras dirigen todos los cambios!, y a continuación teorizan su impotencia diciendo que pasan del asunto; proclama que lo existente no es inmutable, que es posible la transformación social, que revaloriza a la humanidad como fuerza histórica.

Una racionalidad, que hace suyo el respeto a la persona humana y a las libres opciones y privadas de cada uno en lo religioso, en lo sexual, en lo convivencial negándose a aceptar toda represión, y enseguida, afirmar

el valor de la participación y la lucha colectiva, afirmar que organizarse no es cortar la libertad personal, sino contribuir a hacer posible la libertad colectiva.

Josep Palau  
Secretario General  
de la UJCE.

# EL ARMA SECRETA



## Internacional

# Informe de Carla Barbarella sobre "Aspectos e implicaciones de la ampliación del área comunitaria a la cuenca mediterránea"

Roma, 8/9 de noviembre 1978

Traducido por María Isabel Fierro

La importancia que para nuestra estrategia política internacional tiene el proceso de integración en la Comunidad Económica Europea es de todos conocida. Por ello, hemos considerado conveniente presentar a los lectores de *Nuestra Bandera* este informe, sobre aspectos de la ampliación del Mercado Común Europeo a los países de la cuenca mediterránea, Grecia, Portugal y España, como inicio de un debate sobre el tema que seguirá estando presente en las páginas de N. B.

Con la probable conclusión a finales de diciembre del tratado de adhesión de Grecia, la perspectiva de la ampliación de la Comunidad a la cuenca del Mediterráneo da un paso concreto hacia adelante. Y con ella cada vez es más patente la necesidad de tener claros los términos de una línea estratégica que permita de forma más concreta un nuevo equili-

brio del área comunitaria a través precisamente del desarrollo de una Europa meridional que haga de contrapeso frente a una Europa del Norte que hoy es política y económicamente dominante.

La oposición y las reticencias frente a la ampliación que algunas fuerzas sociales y políticas mantienen en la actualidad más que en el pasado —sobre todo ante el aproximarse de la perspectiva de la adhesión de España— parecen estar destinadas en efecto a aminorar la marcha hacia la ampliación más que a perjudicar su desenlace positivo.

No hay que olvidar en efecto que existe una realidad objetiva que empuja a la búsqueda de un acuerdo: es decir, el hecho de que la ampliación es bajo muchos aspectos algo que ya se ha verificado, en el sentido de que el grado de interpretación económica entre las dos áreas está ya actualmente muy avanzado.

La tasa muy sostenida de crecimiento que ha caracterizado el desa-

rollo económico de los países candidatos durante los quince años que van de 1960 a 1975 ha determinado una corriente de intercambios muy importante por parte de la CEE. Es suficiente con subrayar, por ejemplo, que el valor global de las exportaciones comunitarias, tomando 100 como índice para 1960, había subido en el 71 a 412 puntos respecto a los tres países candidatos y tan sólo a 139 respecto al resto de los países costeros mediterráneos y, con mayor precisión, había alcanzado 612 puntos para España, 422 para Grecia y 290 para Portugal.

La Comunidad ha llegado a ser así, a lo largo de los quince años mencionados (1960-75), el partner comercial privilegiado de estos países, cuyo comercio exterior depende en la actualidad casi al 50 por ciento de los mercados de los Nueve. Además, estos tres países candidatos tienen una balanza comercial deficitaria hacia la CEE. En 1975 el déficit de España había alcanzado la suma de dos mil millones de dólares (en 1961 era de aproximadamente 19 millones), el de Grecia más de mil millones, el de Portugal 570 millones.

Por otra parte, el flujo de inversiones de la Europa comunitaria hacia estos países ha sido tan importante que su industria, o con mayor precisión los sectores más avanzados de ella, están en la actualidad dominados por el capital alemán, inglés y francés, hasta el punto que en algunos países es considerablemente mayor que el de las multinacionales estadounidenses.

En estas condiciones, resulta evidente el interés por una ulterior profundización del actual grado de interpenetración entre las dos áreas. La abolición de los derechos de aduana —muy altos especialmente en los países candidatos— y la apertura total de los mercados ofrecen en efecto nuevas perspectivas tanto a los países candidatos como a los Nueve y además, lo apuntamos como inciso, también a las multinacionales estadounidenses instaladas en España y en Grecia.

Por otra parte, los frenos que se ponen a esta ulterior profundización



de los lazos económicos entre las dos áreas son objetivos. Los tres países candidatos, aunque han realizado una expansión muy rápida (España en particular, habiendo demostrado un dinamismo propio y una gran potencialidad de crecimiento), no por ello han dejado de ser en conjunto economías que se encuentran en un estadio de desarrollo notablemente inferior al comunitario. Considerados globalmente, los tres países candidatos representan con 53 mi-

llones de habitantes el 20,6 por ciento de la población de la Comunidad, pero producen tan sólo el equivalente del 10,2 por ciento de su producto interior bruto (1).

Sus economías se caracterizan por un sector agrícola cuyo peso es todavía muy relevante tanto en términos de producción como de empleo; este sector, que tiene una productividad particularmente débil, absorbe todavía el 36 por ciento del empleo total en Grecia, el 28 por ciento en

Portugal y el 22 por ciento en España, contra una media comunitaria del 8,7 por ciento (2).

Por otra parte, el sector industrial (que ocupa al 38 por ciento de la población activa en España, al 33 por ciento en Portugal y al 28 por ciento en Grecia frente al 42 por ciento en la Comunidad) se caracteriza por una específica estructura dualista. Junto a un gran número de pequeñas industrias poco productivas y que operan en sectores que ya son frágiles en la economía comunitaria como, por ejemplo, el calzado o el vestido, se encuentran en efecto, grandes empresas competitivas a nivel internacional con tecnologías sofisticadas y métodos de gestión modernos, generalmente con una participación extranjera total o parcial.

Además, el tipo de crecimiento realizado por los tres países candidatos ha determinado gravísimos desequilibrios internos que han originado, por un lado, una gran concentración de población y de actividades secundarias y terciarias en una o pocas regiones, y por otro lado, una grave despoblación en partes importantes del territorio nacional.

Del conjunto de estos elementos (tratados someramente) se desprende que la ampliación del área comunitaria a un área con un desarrollo más débil podría tener un impacto que frenase el crecimiento interno de los Nueve, justo en un momento en que tales países sufren una seria aminación de su ritmo de expansión.

Se plantea, en particular, dos órdenes de problemas.

En primer lugar, el aumento de la capacidad productiva de la Comunidad ampliada a sectores industriales como el acero, el textil, las cons-

(1) De los datos comunitarios resulta que el producto interior bruto por habitante de Portugal es igual al 32 por ciento, el de Grecia al 44 por ciento y el de España al 54 por ciento del PIB por habitante medio de la Comunidad, contra el 47 por ciento de Irlanda y el 59 por ciento de Italia.

(2) Hay que subrayar que la parte de la agricultura en el producto interior bruto era en 1975 del 10,3 por ciento en España, del 16,7 por ciento en Grecia, de aproximadamente el 12 por ciento en Portugal frente a un valor del 8,9 por ciento en Italia, pero de alrededor del 16-17 por ciento en el Mezzogiorno (sur de Italia).

trucciones navales, o a sectores agrícolas como el vino, aceite de oliva y algunos productos hortofrutícolas, frescos y transformados, implicará la necesidad de reestructuraciones y reconversiones que tendrán consecuencias serias en la situación ocupacional, ya de por sí grave, tanto de la Comunidad de los Nueve como de los países candidatos.

En segundo lugar, la adhesión de tres países con fuertes desequilibrios regionales internos agravará la dimensión de las disparidades comunitarias ya existentes. De los 53 millones de habitantes que se añadirán a la población de la CEE, unos 34 millones habitan en regiones cuyo producto medio per cápita está cerca del medio del Mezzogiorno de Italia y del oeste de Irlanda. Valorada en términos de producto interior bruto por habitante, la diferencia de 1 a 6 entre la región más rica, Hamburgo, y la más pobre, el oeste de Irlanda (que junto con Calabria se disputa el primado de la pobreza), pasará a valores de 1 a 10 entre Hamburgo y las regiones más pobres de Portugal.

Pero más allá de los términos cuantitativos, hay que subrayar el empeoramiento cualitativo de los desequilibrios de la Comunidad con 12 miembros. En ella aumentará efectivamente, y de manera sensible, el peso de las áreas periféricas desequilibradas, junto aquellas en las que predomina el sector agrícola, cuya productividad es baja, donde además más grave es el problema del paro, donde más profundas se presentan las disgregaciones territoriales, sociales y económicas.

Todo esto en un momento en el que la CEE se ve obligada a enfrentarse con desequilibrios que no afectan tan sólo a las áreas por así decir «históricas» de subdesarrollo, sino más o menos a todo el territorio, habiéndose superpuesto a los viejos desequilibrios de estas áreas la crisis de sectores industriales —siderurgia, fibras sintéticas, astilleros navales— localizados a menudo en las áreas más avanzadas de la Comunidad.

En estas condiciones, los frenos a una profundización del proceso de interpenetración entre las dos áreas son objetivos. Aun así, si bien estos frenos han debilitado actualmente el entusiasmo de algunos gobiernos que apoyan la ampliación —preocupados unos, como el de Francia, por la competencia española en el plano agrícola y respecto a algunos pro-

ductos manufacturados, preocupados otros como el de la República Federal Alemana por la fuerte presión que la mano de obra mediterránea podría ejercer sobre un mercado del trabajo europeo que está ya sometido a fuertes tensiones— no parecen tener la suficiente envergadura como para poner en peligro, al menos en el período medio, el desenlace positivo del proceso de ampliación. Las peticiones, por parte de los gobiernos comunitarios, de largos períodos de transición o de dispositivos de salvaguardia capaces al final de absorber el impacto más disgregador, parecen confirmar la intención de los gobiernos europeos de aminorar la marcha hacia la ampliación, a la espera de un deseado y estable restablecimiento económico, pero en ningún caso de invertir el sentido de tal marcha.

El interrogante sobre el futuro de la ampliación hay que ponerlo en consecuencia no tanto sobre su desenlace positivo, como sobre la configuración que asumirá la Comunidad ampliada o, en otros términos, sobre el modo en que, en perspectiva, se definirán en su interior los equilibrios entre las economías nacionales.

Se ha dicho que la adhesión de nuevos países mediterráneos podría ser una ocasión importante para renovar el proceso de integración actual, en el sentido de que podría iniciar una transformación del mismo proceso, la cual, negado el dominio de algunas fuerzas y de algunos países, traslade el eje de las «conveniencias» desde las regiones fuertes centro-septentrionales de Europa a políticas de nuevo equilibrio de toda el área.

Aun así, la adhesión de los tres miembros nuevos, o mejor dicho el acceso más fácil a sus mercados, podría también ser utilizada para relanzar en perspectiva la economía a fin de cuentas estancada de la Europa del Norte, reafirmar su función hegemónica y otorgar una vez más la función de «servicio» a las áreas periféricas meridionales tanto nuevas como viejas.

Esta perspectiva debe preocupar cada vez más puesto que se va fortaleciendo ese entendimiento franco-alemán, o mejor esa coalición de intereses, que está de hecho en el origen del actual y desigual proceso de integración de las economías europeas.

Hay que plantear pues con fuerza

la cuestión de la ampliación, no para poner en duda su validez política o para retrasar su realización. Efectivamente, a nadie se le debe escapar que la ampliación representa una ocasión histórica para la consolidación de la democracia en los tres países candidatos y para la afirmación de una identidad europea que englobe a los países mediterráneos y de los países del norte de Europa.

Es, sin embargo, esencial que los términos sean también expuestos con claridad y explícitamente, si se quiere impedir de hecho el intento muy concreto de volver a recorrer el viejo camino de la integración europea y crear, por el contrario, las condiciones que hagan posible un proceso de interpenetración más avanzada de las dos áreas que refleje las necesidades y los intereses de las poblaciones de ambas.

En este sentido hay que rechazar esa aproximación que contempla la ampliación como un problema de adaptación de los nuevos países miembros mediterráneos a la situación comunitaria, por cuanto se trata de un modo fácil de descargar sobre los más débiles una recuperación imposible de su retraso en el desarrollo y delimitar la contribución de los más fuertes a alguna ayuda financiera de importancia (prueba de ello es el escuálido convenio sobre el paquete mediterráneo) que no puede producir ningún efecto serio en el plano de la reabsorción de las diferencias de desacuerdo existentes.

Hay que enfrentarse a la ampliación, por el contrario, a partir de un dato crucial, es decir, que a la Comunidad de los Doce se le planteará una «cuestión meridional ampliada», la cual —como la experiencia nacional— no se resuelve con ayudas extraordinarias sino con transferencias de recursos, que no obstante deben ser resultado de políticas de saneamiento y de reequilibrio que afecten conjuntamente a toda el área comunitaria ampliada.

Si éste es el planteamiento correcto para enfrentarse a la sin duda difícil problemática que impone la ampliación, es necesario entonces volver a discutir las viejas líneas de integración de los mercados europeos para buscar los caminos que permitan poner fin a los fallos de las actuales políticas comunitarias y transformar la concepción misma de la intervención común.

# EL ARMA SECRETA



Es necesario pues superar la vieja filosofía comunitaria, según la cual el dinamismo del mercado y la libre competencia son suficientes por sí solos para eliminar o prevenir los desequilibrios y las desigualdades, e iniciar una política programada de intervenciones cuyo fin sea alcanzar objetivos comunes, pero diferenciados y elásticos en su realización.

Este debe ser el sentido que se ha de dar a esa profundización o reforzamiento de la Comunidad de que tanto se habla como condición preliminar de la ampliación: no la creación de un cuadro institucional y normativo cada vez más rígido, sino la realización de una mayor cohesión en los objetivos políticos y económicos y una mayor flexibilidad en la utilización de los instrumentos que responda a las necesidades y a las realidades territoriales específicas de cada país.

Puede parecer absurdo hablar de unidad de intentos en un momento en el que más que nunca se muestran divergentes los objetivos de los gobiernos europeos y aún mayores los egoísmos nacionales. Sin embargo, la persistencia y la gravedad de la crisis económica general están demostrando ya la inutilidad de los esfuerzos realizados por separado para enfrentarse a ella. La realidad objetiva de una Europa con dos velocidades dificulta en efecto la creación de un área monetaria estable —que por otra parte es esencial al crecimiento de los países fuertes— que no esté acompañada por actos de política económica dirigida hacia un desarrollo convergente de cada una de las economías nacionales.

Esto hace necesario dar un paso indispensable, es decir, elaborar una política que tenga en cuenta una colocación mejor de las áreas y de los países más débiles, lo que se consigue, como ya se ha esbozado antes, solamente con dos condiciones:

— que se corrija la lógica y el automatismo de esos mecanismos comunitarios que han permitido drenar ingentes recursos humanos y materiales precisamente desde las áreas más débiles que son no por mera casualidad las periféricas de la Comunidad;

— que se determinen a nivel comunitario las condiciones para la individualización de un cuadro de coherencias que estimulen y hagan posible un desarrollo armónico de cada una de las economías.

En este sentido, habría tres puntos sobre los cuales sería necesario actuar: corrección de una política, la agrícola, que actualmente es una fuente de desequilibrios muy graves porque es excesivamente vinculante y automática; introducción de algunos elementos de política industrial; reforzar seriamente un instrumento que hoy está en embrión y que es ineficaz, la política regional.

1) *Una reforma profunda de la actual política agrícola común* es tanto más urgente por cuanto el paso a una Comunidad de Doce hará aumentar considerablemente tanto los desequilibrios productivos como el peso de situaciones estructurales difíciles. La cuestión es por tanto superar la actual anarquía productiva y establecer un cuadro programático común en cuyo interior se deje espacio suficiente al desarrollo equilibrado de cada una de las agriculturas de los Estados miembros.

Mediante un desarrollo productivo programado es posible en efecto, no sólo reabsorber en el plano general desequilibrios productivos estructurales, sino también, ya en el plano específico, permitir a cada país (y por lo tanto sobre todo a aquellos en los que los desequilibrios son mayores) que establezca una relación satisfactoria entre potencialidades productivas y necesidades alimentarias internas, lo que es una condición esencial para el desarrollo equilibrado de toda la economía de un país.

En efecto, si no se corrigiesen los fallos de la actual política agrícola, ello podría determinar el surgimiento en los tres países candidatos de fenómenos análogos a los que han tenido lugar en un país como Italia: una progresiva marginación del sector primario acompañada por un aumento de las importaciones alimentarias (cereales, carne, etc.) con el consiguiente incremento del déficit de su balanza comercial y un aumento de las tensiones inflacionistas (ya de por sí considerables), con un empeoramiento serio de los desequilibrios generales de la CEE.

Un desarrollo productivo programado a nivel comunitario podría, por el contrario, contribuir en lo específico a encaminar las potencialidades productivas de los países mediterráneos desde las producciones meridionales habituales hacia las producciones proteicas de las que la cuenca en conjunto es deficitaria y

contribuir por ello a evitar exasperaciones competitivas y a garantizar un grado mejor de autoaprovisionamiento interno de los países cuya balanza alimentaria está excesivamente desequilibrada.

Se subraya por tanto con fuerza la importancia de una reforma de la política agrícola común que atribuya un nuevo papel al sector primario en el desarrollo económico general de las economías nacionales. La posibilidad de lograr un sistema económico más equilibrado a nivel europeo depende en efecto también de una solución justa de los problemas agrícolas de la Comunidad de Doce miembros.

2) *La necesidad de definir algunos elementos de política industrial a nivel europeo* nace, en primer lugar, de las dificultades que actualmente amenazan a sectores enteros de la industria comunitaria, como consecuencia de la participación cada vez mayor de países del Tercer Mundo en la producción y en los intercambios económicos internacionales, dificultades cuya solución —está ya más que ampliamente demostrado— no depende de repliegues nacionalistas o, más en general, proteccionistas.

Por otra parte, en la perspectiva de la ampliación, el desarrollo industrial de los países candidatos plantea problemas de coherencia a nivel comunitario que no pueden ser subvalorados. Las elecciones sectoriales de estos países no sólo pueden constituir una seria amenaza competitiva para determinadas producciones de los países miembros, sino también condicionar en una medida importante a la Comunidad de los Doce respecto a la política comercial en relación al conjunto de terceros países.

Al enfrentarse con los problemas de reconversión y desarrollo productivo de la industria comunitaria y a los gravísimos problemas de empleo relacionados con ello, no es por tanto, posible no tener en cuenta el potencial productivo de los países candidatos en algunos sectores sensibles como la siderurgia, el sector naval, la flota mercantil, las confecciones, el calzado, los vehículos de motor, así como sus condiciones de producción más favorables, al menos con respecto a la Comunidad de los Nueve.

La definición de un cuadro indicativo del desarrollo del sector industrial a nivel comunitario podría representar una contribución impor-

tante para orientar el esfuerzo productivo de la Comunidad ampliada en relación a las nuevas condiciones del mercado mundial.

3) *El fortalecimiento de un instrumento hoy ineficaz como es la política regional* se vuelve una condición esencial para restablecer o crear condiciones de desarrollo equilibrado en las áreas menos favorecidas de la Comunidad, viejas o nuevas. Sólo mediante una política regional orgánica, articulada sobre acciones territoriales específicas —con fines estructurales y con carácter intersectorial— es posible realizar de un modo eficaz esa transferencia de recursos necesaria para la reabsorción de las diferencias de desarrollo. Actualmente ya existen a nivel comunitario instrumentos financieros con fines estructurales que si se utilizasen de una forma adecuada podrían por lo menos poner las bases para una política regional comunitaria. Estos instrumentos (el Fondo Regional, el Fondo Social, el FEOGA —orientación, el Banco Europeo para las Inversiones, los fondos CECA) están en la actualidad al servicio de polí-

ticas sectoriales, adoptadas además en diferentes épocas y caracterizadas por normas y objetivos propios, pero que sobre todo son expresión de un grado de integración muy distinto. A ello se debe que las intervenciones financiadas con estos instrumentos hayan quedado fuera de cualquier lógica de conjunto y se hayan visto caracterizadas por una gran dispersión —las áreas de intervención de los distintos fondos no coinciden— y una gran fragmentación, al ser muy amplia y variada la gama de intervenciones financiadas. Hay que subrayar además la gran rigidez de las intervenciones financiadas con estos instrumentos. Se trata en efecto, de intervenciones no adaptables a las exigencias específicas de un determinado sector o de una cierta área territorial, sino que por el contrario deben ser realizadas según esquemas y reglas que no se pueden eludir. Si se piensa por último, que los recursos financieros destinados a ellas han sido siempre modestos, se comprende fácilmente qué poco eficaz haya sido en conjunto la intervención estructural de la Comunidad.

Se trata por lo tanto de utilizar de una forma nueva esta gama de instrumentos, poniéndolos al servicio no de intervenciones sectoriales, sino de acciones orgánicas que, en relación a un área territorial determinada, hagan frente a los desequilibrios existentes en su totalidad.

Una primera acción comunitaria de este tipo podría referirse al objetivo específico de reequilibrio del área mediterránea de la Comunidad ampliada. Tal acción parece tanto más oportuno si tenemos en cuenta que, más allá de la exigencia de reabsorber los desequilibrios de este área, la negociación directa instaurada por cada país candidato con la CEE y los diferentes tiempos en que cada negociación finalizará, no permiten valorar plenamente el impacto global de la adhesión de los nuevos miembros, ni mucho menos definir una estrategia de reequilibrio y desarrollo del área mediterránea en su conjunto.

En estas condiciones, se vuelve esencial un concierto de los países interesados (de los candidatos a la adhesión y en particular de Francia

Rudolf Bahro

*Por un comunismo  
democrático*

*La alternativa*

Contribución a la crítica  
del socialismo  
realmente existente



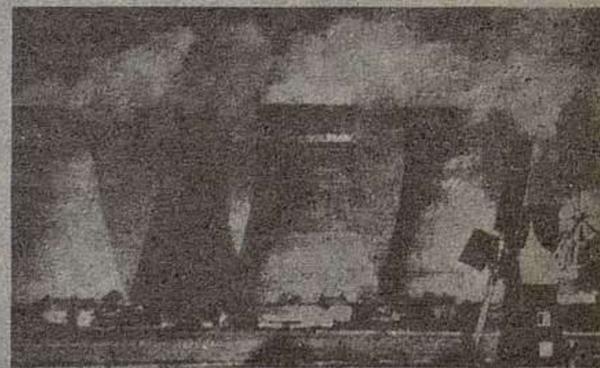
Editorial

MATERIALES

Wolfgang Harich

*¿Comunismo  
sin crecimiento?*

Babeuf y el Club de Roma



Editorial

MATERIALES

Pedidos: **Materiales, S. A. de Estudios y Publicaciones**

Calle Escipión, 21, Atico - BARCELONA-23

e Italia) para que, bajo el estímulo de los servicios comunitarios y con la más amplia participación de fuerzas sociales y políticas, se definan las grandes líneas de una estrategia de desarrollo del área mediterránea, una especie de *plan para el reequilibrio de la Europa meridional* que desemboque al final en esa convergencia de las políticas económicas de los Estados miembros que es condición indispensable para un desarrollo equilibrado de toda el área europea.

Concretamente, esta especie de plan debería permitir, en primer lugar, delinear (de una manera más profunda y problemática de como lo ha hecho la Comunidad en el llamado «fresco» sobre el Mediterráneo) el conjunto de las cuestiones planteadas por la adhesión en los diferentes sectores productivos, agricultura, industria y servicios, y sobre todo individuar los problemas cruciales que pueden ser comparados entre todos los países y aquellos que, por el contrario, se plantean de diferente manera en cada uno de ellos. Sobre la base de tal análisis y de las grandes directrices de desarrollo definidas a nivel comunitario, el plan debería, en segundo lugar, indicar para grandes áreas territoriales los objetivos máximos que se pretende llevar a cabo, los sectores clave de intervención, el tipo de acciones específicas necesarias, los instrumentos que se piensa son más idóneos para realizarlas.

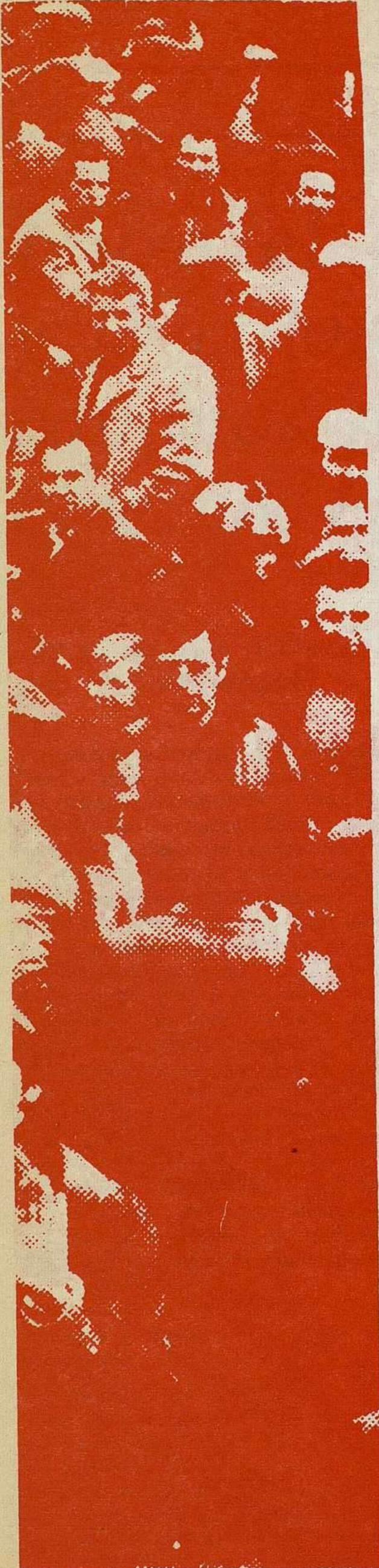
Un plan delineado así debería ser entendido como un cuadro de referencia tanto para las intervenciones nacionales como para las comunitarias. La acción comunitaria regional iría precisamente inserta en el contexto estratégico delineado por el plan como estímulo y apoyo de los esfuerzos de los gobiernos nacionales. Esta acción debería articularse en programas territoriales orgánicos a cuyo servicio se pondría el conjunto de los instrumentos financieros de que dispone la CEE y aquellos de los que tuviese que dotarse en un futuro.

Esta acción regional de la CEE, de cualquier modo, no se debería entender como intervención especial referida a la situación particular determinada por la adhesión de los nuevos países mediterráneos, sino que debería ser considerada como el comienzo de un nuevo tipo de intervención que, en un segundo tiempo, podría valer como contribución para la solución de los problemas territo-

riales de grupos de países o de áreas de la Europa septentrional.

En suma, un proyecto de reequilibrio y desarrollo del área meridional de Europa no se plantearía como una alternativa al resto de Europa, sino como condición para un desarrollo suyo más equilibrado.

Un proyecto de este tipo en el que los países candidatos encontrasen reflejadas también sus específicas exigencias de desarrollo, podría transformarse en concreto en un objetivo de lucha de todas las fuerzas democráticas de los países candidatos y comunitarios para impedir el intento de las fuerzas dominantes de salir de la crisis descargando una vez más los costos sobre las áreas más débiles.





# Entre el raquitismo y la colonización: caminos para el cine en España

Entrevista con Roberto Bodegas  
por Miguel Bilbatúa

Acaba de celebrarse el I Congreso Democrático del Cine español. Por vez primera, los distintos sectores de la industria cinematográfica se han sentado a la mesa con representantes de partidos políticos y de centrales sindicales, con los trabajadores del sector para encontrar unas bases que permitan tanto el desarrollo de la cinematografía nacional como la posibilidad de que el cine pueda ser considerado un hecho cultural. Roberto Bodegas, director de cine, que ha participado en los trabajos de este Congreso desde su gestación inicial sitúa en la conversación los problemas que presenta el cine en nuestro país.

MIGUEL BILBATUA.—En las conversaciones cinematográficas de Salamanca celebradas en 1956 se definía el cine español como «polí-

ticamente ineficaz, socialmente falso, intelectualmente ínfimo, estéticamente nulo, industrialmente raquítico». Quizá podemos partir de esta definición, ya tópica, para trazar una panorámica del cine español actual, para analizar los orígenes de la situación de hoy.

ROBERTO BODEGAS.—Podíamos empezar hablando de dos elementos de la definición muy importantes: «industrialmente raquítico y políticamente ineficaz». Podemos partir de esta definición porque debemos retroceder hasta el año 39 cuando se establece el régimen franquista, y ver cómo se organiza el sector de la cultura, el sector del cine. Entonces existen unos intentos de cine oficial, de cine ideológico, que duran hasta el final de la guerra mundial. Y, finalizada ésta, existe otro fenómeno muy importante que es la colonización por parte del cine americano. Mientras que los Pirineos se convierten en una frontera a partir de la cual intentan introducirse todos los «rojos», una frontera que nos separa de aquellos países que pretenden la condena del régimen franquista como criminal de guerra, existe una apertura de otras fronteras al cine americano, pues en aquellos momentos no llega ningún

ejemplo del cine europeo. Dejando al margen los residuos del cine fascista, no hay cine italiano, no hay cine francés, no hay cine inglés, sólo hay cine americano, lo cual supone una curiosa rotación ideológica del régimen franquista.

M. B.—Quizá debemos tener en cuenta las transformaciones que existen en aquellos años en las cinematografías europeas...

R. B.—Exacto...

M. B.—Tanto en Francia como en Italia aparecen unas cinematografías renovadas, que se basan en los ideales democráticos...

R. B.—Claro. En ese momento la única industria cinematográfica que quedó a salvo de la guerra fue la americana. Mientras Hollywood seguía funcionando, las industrias europeas habían quedado desmanteladas. No existía una infraestructura: no había estudios, no había laboratorios.

M. B.—Mientras tanto el cine americano no sólo se conserva en su aspecto material, sino también mantiene su aspecto ideológico, lo cual permite una colonización tanto ideológica como económica.

R. B.—Este es el punto de arranque de la segunda fase en el cine; la primera es la revolución industrial, su reconocimiento como espectáculo, y hay una segunda fase que arranca de la segunda guerra mundial en la que Norteamérica, que tiene la industria intacta, exporta una forma de vida. España que anteriormente había creado una primera infraestructura seria, en los tiempos en que Benito Perojo marcha a América a realizar las versiones españolas de las películas americanas; pero ya entonces, en la prehistoria, faltaba un elemento fundamental que es la información sobre la forma de vida. España ha exportado toreros, bailarinas, flamenco; mientras tanto el cine americano nos estaba introduciendo sus formas de vida: cómo tienes que vestir, cómo tienes que comportarte.

Roberto Bodegas,  
filmografía:

*Españolas en París* (1970).

*Vida conyugal sana* (1973).

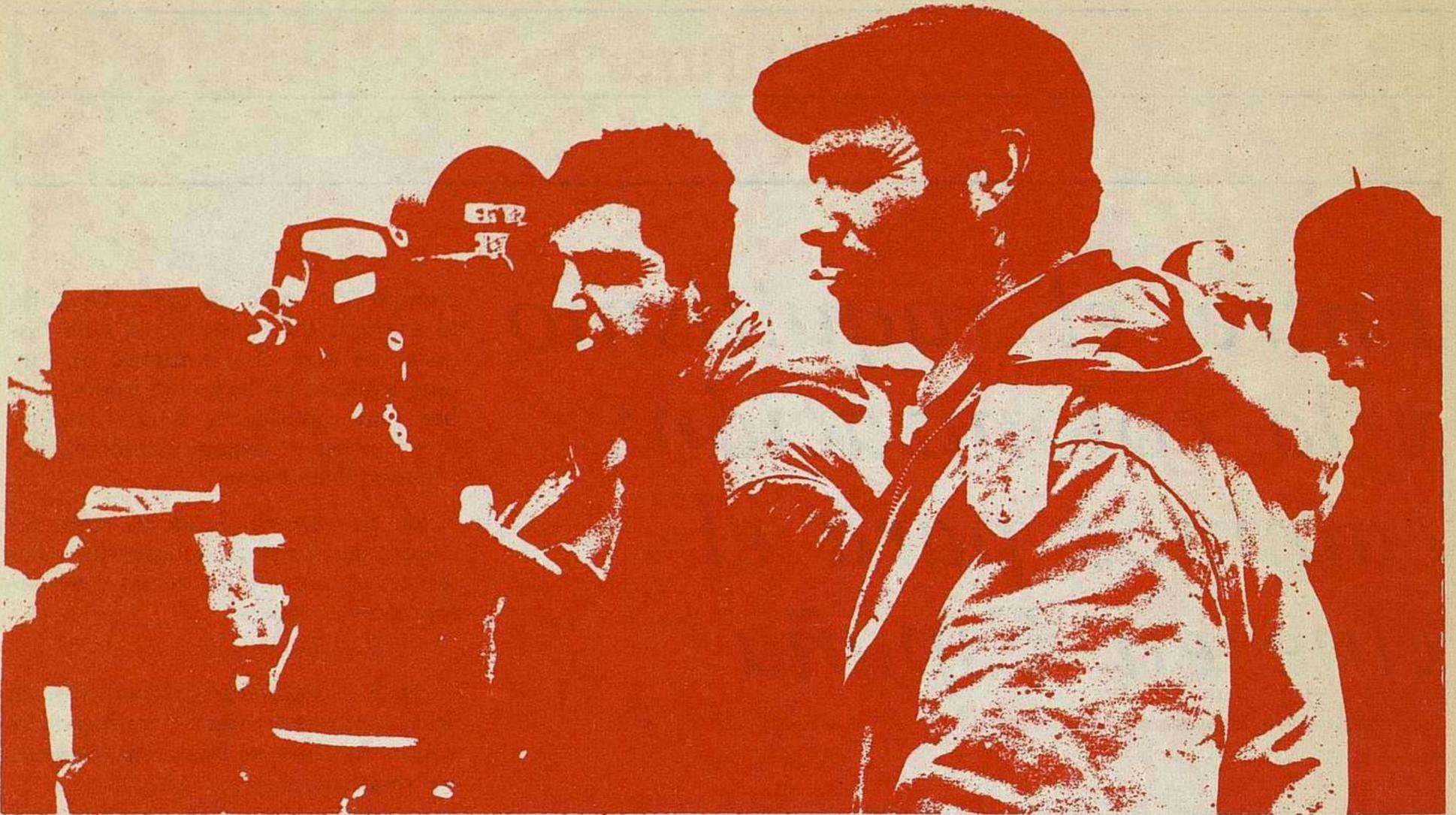
*Los nuevos españoles* (1974).

*La adúltera* (1975).

*Libertad provisional* (1976).

Guionista de *O Salto* (1966).

Y productor ejecutivo de *Siete días de enero* (1978).



M. B.—Te has estado refiriendo a los años de la segunda guerra mundial, e incluso a años anteriores, cuando se comienza a crear lo que podríamos llamar una industria cinematográfica española, que se inicia ya con una relación bastante estrecha entre los estudios españoles y la industria de Hollywood. Incluso se participa en una cierta «fuga de cerebros» españoles, de toda Europa, a Estados Unidos. Este primer momento lo podríamos situar en los comienzos del cine sonoro en el cual existe una cierta intercomunicación entre las industrias nacionales; es decir, la industria estadounidense no ha asumido el papel hegemónico ideológicamente y monopolista industrialmente. Pero este tipo de relación se transforma finalizada la segunda guerra mundial.

R. B.—Finalizada la guerra mundial se establece en toda Europa lo que se denomina protección al cine; se considera el cine como industria protegida. En España, como te decía antes, se cierran los Pirineos y carecemos de información sobre el cine que se hace en los países europeos que vencieron al fascismo. Sin embargo, yo creo que el cine que se hace en esa época era muy coherente con la situación política. España era un país vencido; ideológicamente el fascismo había sido vencido en la guerra mundial. Era además una

país aislado. La industria cinematográfica española se encuentra que no tiene mercado exterior; debe hacer, pues, un cine para el mercado interior, un cine que fortalezca la razón de ser del estado. Se hace, al principio, un cine justificativo de la guerra civil, de la idea nacional-sindicalista. Pero al finalizar la guerra mundial se cortan amarras con este tipo de cine justificativo y se establece el cine como un negocio a través del aparato del sindicato vertical. En esa época, a partir del 45, no se puede hablar de hombres de cine, sino de negocios de cine; se establece una protección muy fuerte al cine español.

Es la gran época de Cifesa. Cifesa representa la grandeza pseudoimperial, en momentos en que la gente se moría de hambre. En una época de racionamiento se gastaban centenares de kilos de aceite y de leche condensada para un efecto de lluvia, por ejemplo. Es la época de la industria nacionalsindicalista.

Es el momento del apogeo de la industria al estilo hollywoodense, de la creación de los grandes estudios: de Sevilla Films, es el momento en que se establecen la base de lo que posteriormente analizaremos en su repercusión sobre los profesionales del cine que, dentro de la sociedad española del momento, eran unos privilegiados. Se trataba de un cine

realizado a fondo perdido. En los momentos de mayor penuria que estaba atravesando el país se realizaba un cine, se subvencionaba un cine, que no se podía exportar, que se consumía en el mercado interior que ya estaba en parte dominado por el cine americano.

M. B.—En gran parte has señalado las distintas corrientes del cine español...

R. B.—Hay tres facetas: el cine religioso (el cura podrá cantar, sonreír, pero hay siempre películas con cura o monja), el cine folklórico (el cine del folklore regional, en el que se hace un estereotipo de la regionalidad), y un tercer cine que se beneficia, en cierta manera, del clima de la guerra fría.

M. B.—¿Cómo repercute todo ello en el aspecto industrial?

R. B.—Fue un momento en que pudo haberse levantado una industria y no se hizo, porque eran unos planteamientos falsos. Este tipo de planteamiento industrial lo alargaría hasta mediados de los años cincuenta.

M. B.—Te refieres a una industria basada en grandes estudios, grandes —relativamente— producciones, etc.

R. B.—Lo que ocurrió en Francia

o en Italia tras la segunda guerra mundial en España era imposible. Volverse a la realidad de un país, contar esa realidad desde dentro era imposible. Entre otras cosas porque, sociológicamente, se iba al cine para estar calentito y porque le ofrecían una forma de vida diferente a la suya. En ese sentido el cine americano desclasaba a la sociedad española.

M. B.—¿Cómo se relaciona este raquitismo industrial, pese a su fachada, con el auge de la exhibición cinematográfica, del número de espectadores?

R. B.—Habría que distinguir dentro de la exhibición. Para mí, toda la exhibición rural de aquellos años se hace a través de los jerifaltes de FET y de las JONS, porque su origen está en que los vencedores entraron en los pueblos y se quedaron con los cines. Entonces viene la segunda parte: la distribución. A la distribución se le presenta un cine americano, de gran impacto sociológico como te decía, sobre la que se arrojan las distribuidoras, pero como la industria está en manos del «vertical» en los aspectos de la producción aparecen las primeras barreras proteccionistas del cine español que son, primero la contingentación y una protección a la producción del cine español. No se preocupan de proteger la exhibición, ni la distribución. Se crea un sistema de premios a la producción, premios que consisten en licencias de importación de películas americanas. Aquí se ve claramente la dependencia.

M. B.—Esto es también una forma de control ideológico, ya que la clasificación es una forma indirecta de incidencia sobre los temas, etc.

R. B.—Por supuesto, existía la junta de censura.

M. B.—Sí, la junta de censura podía impedir la exhibición de una película, o desfigurarla, pero me refiero a otro tipo de control, de dependencia, derivado de la clasificación de las propias películas españolas en relación con su capacidad de obtener licencias de importación.

R. B.—Este es el problema, porque todos sabemos que se han rodado cientos de películas que ni siquiera se han estrenado. Se trataba de obtener, a partir de la clasificación, una serie de permisos de importación. ¿Qué se protegía? Una pro-

ducción degradada, porque el negocio se desplazaba a manos de las multinacionales: se trataba de poder importar películas americanas.

M. B.—Esta es la situación en que nos encontramos antes de las Conversaciones de Salamanca...

R. B.—Lo primero que hay que tener en cuenta es que con los años cincuenta aparece una nueva generación que se encuentra con una falta de libertad absoluta, con una falta total de engarce ideológico, porque ya ni siquiera se puede ser fascista. Se ha asumido la victoria de los aliados, y el régimen sólo lucha por sobrevivir. Aquí se inserta la generación de la Escuela de cine, una generación en la que aparece incipientemente una inquietud crítica, junto a una gran curiosidad por lo que pasa fuera de nuestras fronteras. Quizá colocaría en estos momentos el gran «tournant» del cine español. La industria está totalmente entregada al cine americano y aparecen una serie de personas en las que se puede fundar la renovación del cine español, una renovación que se nutre de elementos procedentes, claro está, de la burguesía.

M. B.—¿Esta renovación es de carácter estético-ideológico o va acompañada de una nueva forma industrial?

R. B.—Yo creo que no hay ningún cambio substancial. Lo que sí ocurre es que a partir del momento en que España empieza a ser aceptada en la comunidad internacional comienza a haber un cambio a nivel económico. Comienza la época de las coproducciones. Se crean empresas, algunas de ellas ligadas al Opus Dei, como era Procusa de todos conocida, donde se da un servicio a las multinacionales, se les entrega España como plató, alquilándose sus técnicos y realizándose una producción totalmente híbrida. Pero industrialmente es una época degradada: los estudios han desaparecido o se han hipotecado...; lo que es interesante es ver cómo ideológicamente esta generación sí representa una ruptura.

M. B.—¿Esta generación nueva tiene su reflejo en nuevas formas de realizar cine?

R. B.—Existe un momento, que coincide con la gran crisis del régimen del año 56, en el que se apunta un cine que ofrece la posibilidad de decir nuevas cosas. Es el

momento de las grandes movilizaciones de los intelectuales. Existe una presión que repercute en el cine, pero que muere pocos años después al cerrarse sus caminos. Era el momento en que podía haber despegado el cine español, si la situación política hubiera evolucionado. Ya han empezado a proyectarse películas del cine italiano, comienza a hablarse del neorrealismo... Si en ese momento hubiera existido el cambio político, el cine español podía haber despegado. En este sentido la política de García Escudero era una gran contradicción porque se quería un cine que mostrara que estábamos en un estado de derecho, que justificara el estado franquista, sin posibilidad de desarrollarse.

M. B.—Con la política de García Escudero aparece una disociación dentro del cine español. Por un lado, un cine de consumo interno; por otro, un cine altamente protegido para el mercado exterior, o mejor para el mercado de festivales, es decir para mostrar una nueva imagen del régimen como estado de derecho, siguiendo tus palabras...

R. B.—Ello es paralelo a la desaparición progresiva de los símbolos fascistas. Y esta evolución ha de reflejarse en el cine. Pero, ¿cuál es la contradicción que se mantiene y que impide que se desarrolle un cine español en libertad? La permanencia del estado franquista. Mientras que la economía funciona en el cine en régimen liberal, el estado se mantiene dictatorial. García Escudero renueva los aires de la economía del cine, pero todo lo que pretende llevar a cabo —control de taquilla, con apoyo a la calidad, etc.— es inaplicable porque quienes pueden abrir o cerrar el grifo de su aplicación son los del sindicato vertical que tienen unos intereses dominados más que nunca por la distribución y la exhibición. La dicotomía está clara y se ve incluso en la distribución de los premios, cuando los premios de sindicato favorecen a un cine vacío, a un cine que ya se muestra como «negociete» y el cine que el ministerio manda a los festivales es otro.

M. B.—Has dicho que la distribución domina a la industria del cine. ¿Cómo entran, si entran, en la distribución las multinacionales americanas?

R. B.—El tema está muy claro. Si te paseabas por la Gran Vía madri-



leña en aquella época veías las filiales de todas las grandes empresas norteamericanas. En esto el capitalismo americano juega muy bien para sus intereses. Cuando ven que el desarrollo español puede funcionar lo que hace es venir a rodar al sitio. Ruedan aquí grandes películas, crean una infraestructura enorme, con unos trabajadores pagados extraordinariamente, se crean grandes estudios y después de aprovecharlos durante una serie de años se van del país dejando una industria destrozada porque no había quien compitiera con ellos desde el punto de vista de los productores nacionales y dejan la industria arruinada. Esto lo han hecho en España, como lo han hecho en otros países europeos.

M. B.—Existen además los mecanismos derivados de la supuesta protección al cine español del famoso cuatro por uno...

R. B.—Sí, podemos analizar las consecuencias del cuatro por uno. Al contingentar las películas extranjeras, esto quiere decir que los distribuidores están obligados a poner una película española por cada cuatro extranjeras. Entonces los distribui-

dores empiezan a pagar las películas españolas con el único fin de cumplir con esta legislación. El productor pierde iniciativa. Ya no se buscan tanto beneficios de mercado como beneficios administrativos. El productor realiza películas lo más baratas posibles, con dinero de las distribuidoras y con el único fin de cumplir esta legislación. Pero al mismo tiempo existe un fenómeno paralelo porque a las grandes multinaciones que adelantan el dinero, estas películas sólo les interesa en cuanto les permite importar sus propias películas: no sólo no les interesa su calidad, sino que les interesa que ésta sea mala para que no puedan competir con sus propios productos. Es una legislación que envicia de nuevo a la industria cinematográfica, que una vez más le impide despegar, le mantiene colonizado. En el cine español nunca ha habido crisis de mercado, lo que sí ha habido es una presión que ha impedido desarrollarse la producción nacional.

M. B.—En los años setenta aparecen nuevos síntomas en el cine español.

R. B.—Nos encontramos en un

momento en el que asistimos a la descomposición del régimen franquista. La sociedad española comienza a desbordar al régimen. Y el cine español empieza a interesar a la sociedad española. Un cine en el que se introduce la realidad social, tocando una temática que el público está deseando ver.

Creo que todavía no hemos superado el cine de esa época, que al no haber existido esa ruptura esperanzada en que se fundan estas películas no hemos sabido adaptarnos a la nueva forma de llegar la democracia.

M. B.—Se ha celebrado estos días el I Congreso Democrático del Cine. ¿Cuál es su génesis?

R. B.—Es en el momento en que la ruptura política con el régimen franquista es clara, que desaparecen parte de los aparatos administrativos del viejo régimen, sobre todo el sindicato vertical a través del cual se articulaba el cine. No olvidemos que tú tenías que presentar unos contratos sellados por el sindicato vertical, los grupos de distribución y exhibición eran grupos centrados en el vertical. Al desaparecer esa estructura toda la

industria del cine se queda al aire administrativamente hablando. El cine se hace en una anarquía total. Los productores que se quedan sin su sindicato vertical se asocian y crean una Asociación Profesional de Productores que, casualmente, la preside Frade que antes había presidido el sindicato vertical; los distribuidores hacen lo mismo, y la nueva asociación la dirige Manuel Salvador, que anteriormente había dirigido la del vertical, y lo mismo ocurre con los exhibidores y en este caso, también casualmente, la dirige Del Villar, antiguo presidente del vertical correspondiente. Te encuentras con las mismas personas, pero con un talante distinto. Ya quieren hablar con nosotros. Llamamos a las centrales sindicales, a los partidos políticos... Así nacen los primeros contactos. Tímidamente, en unas conversaciones que se tienen en el 77 con los productores creándose un Comité de vigilancia del cine. Vamos a ver a Pío Cabanillas y de estas conversaciones sale el famoso decreto del 2 por 1 y la liberalización de la importación. Lo que ocurre es que se cumple plenamente la liberalización de la importación, se importan todas las películas que no habían podido exhibirse en España, y la producción autóctona se descapitaliza más que nunca. Ya el bache es para todos. No solamente para los productores, sino también para los pequeños distribuidores que se ven invadidos por las grandes firmas...

Este es el caldo de cultivo en el que se inician los preparativos del Congreso. Partiendo de la base de que el cine español puede tener una época de expansión y que no hay que tomar únicamente medidas defensivas, vamos a encontrar entre todos las bases de una ley marco que permita el desarrollo del cine.

El Congreso lo convocamos en junio, y durante seis meses, por vez primera hemos estado sentado juntos los distintos sectores de la industria cinematográfica.

M. B.—El Congreso reúne a fuerzas muy dispares: desde los sindicatos a las fuerzas empresariales, ¿cómo se han resuelto sus intereses contradictorios?

R. B.—En realidad te das cuenta que la sectorialización que imponía al cine el verticalismo impedía que nos conociéramos; desconocíamos los problemas de los pequeños empresa-

rios, por ejemplo. En el Congreso se ha analizado el cine teniendo en cuenta todos estos puntos de vista. Y los empresarios se han visto muy sorprendidos al ver que nosotros estamos interesados en comprender todos estos problemas. Esto es lo que nos ha mantenido unidos a pesar de los intereses dispares.

M. B.—¿Hasta qué punto la base ideológica, si podemos llamarla así, en que se ha fundado el Congreso ha sido por una parte el rechazo de la colonización tanto industrial como ideológica y, por otra parte, la defensa de la pequeña y mediana empresa?

R. B.—En España hay 4.800 salas de exhibición, de las cuales 3.000 no son rentables y su tendencia normal sería la desaparición. En el fondo hay dos tipos de cine: el cine por los canales comerciales ante el cual queremos que se tomen una serie de medidas y otro tipo de cine al que sí le tienen miedo, que es un cine de circuitos paralelos, de pequeños formatos, de dar la libertad de expresión a la gente, de municipalizar los cines que no son rentables. Ese es el otro cine que podemos hacer.

M. B.—¿Cuáles son las líneas generales para una nueva ley de cine que han salido de este Congreso?

R. B.—Todavía no está terminada la redacción de las conclusiones, pero me parece que van a salir unas bases muy amplias que van a contemplar sobre todo la industria del espectáculo cinematográfico y no van a contemplar la otra parte a que me acabo de referir. El intento será que la noción del cine como cultura recorra esas bases pero a mí me parece que esto va a ser difícil por el momento. Sin embargo, si dentro de esas bases se incluye el hecho cultural reconociendo todos los formatos, potenciando los Centros autónomos en las nacionalidades y regiones entonces sí puede esperarse un desarrollo de lo que deberíamos llamar ya la cultura de lo audiovisual. Esto supondría un avance progresista. Pero dar ese marco de ley no creo que pueda hacerse sin antes solucionar por un paquete de medidas administrativas la crisis industrial del cine español.

M. B.—En el Congreso se ha hablado de la liberalización del pequeño formato, ¿qué incidencia podría tener en el aspecto cultural?

R. B.—Cuando hablas del pequeño formato y de la posibilidad de liberalizar la comercialización del pequeño formato los empresarios se echaban las manos a la cabeza porque dicen que es competencia desleal. Pero cuando lo analizas a fondo y te das cuenta de que el medio audiovisual ya no está ligado a la gran sala de proyección, comprendes que el pequeño formato es, primero, una posibilidad de acceso a la expresión cinematográfica y que su comercialización debe ir acompañada por la creación de unos circuitos de distribución y exhibición propios.

M. B.—Estos circuitos paralelos en qué deberían basarse y qué protección deberían tener...

R. B.—Deberían tener una protección estatal con arreglo al volumen que tuvieran esa industria, pero sobre todo el estado debería equipar con proyectores de 16 mm. a todo tipo de asociaciones culturales, de vecinos, etc., que estuvieran interesadas en la potenciación del cine como hecho cultural.

## Cultura

### Arqueología

# *El patrimonio histórico-artístico y la arqueología*

Juan Aymerich

La noción de patrimonio histórico artístico viene en general considerada únicamente en relación con obras de arte, de cualquier época pero reconocidas estéticamente como tales, o con los objetos y monumentos que se relacionan con hechos históricos señalados. Merecen una consideración especial las obras calificadas de «antigüedades», o sea pertenecientes a épocas más o menos lejanas.

En realidad los criterios estéticos son imprecisos y variables como lo son también lo que se entiende por «histórico» y más aún por «antiguo». Poco satisface ya que el patrimonio histórico artístico de una región, de una nación, se limite a determinadas categorías de objetos o de monumentos y a ciertas épocas (que han correspondido durante demasiado tiempo exclusivamente a aquellas «antigüedades» calificadas de «clásicas»). Como injusto aparece hoy que períodos enteros, a veces todo el pasado, de una nación hayan sido ignorados, escamoteados quizá por razones de pura coyuntura histórica actual.

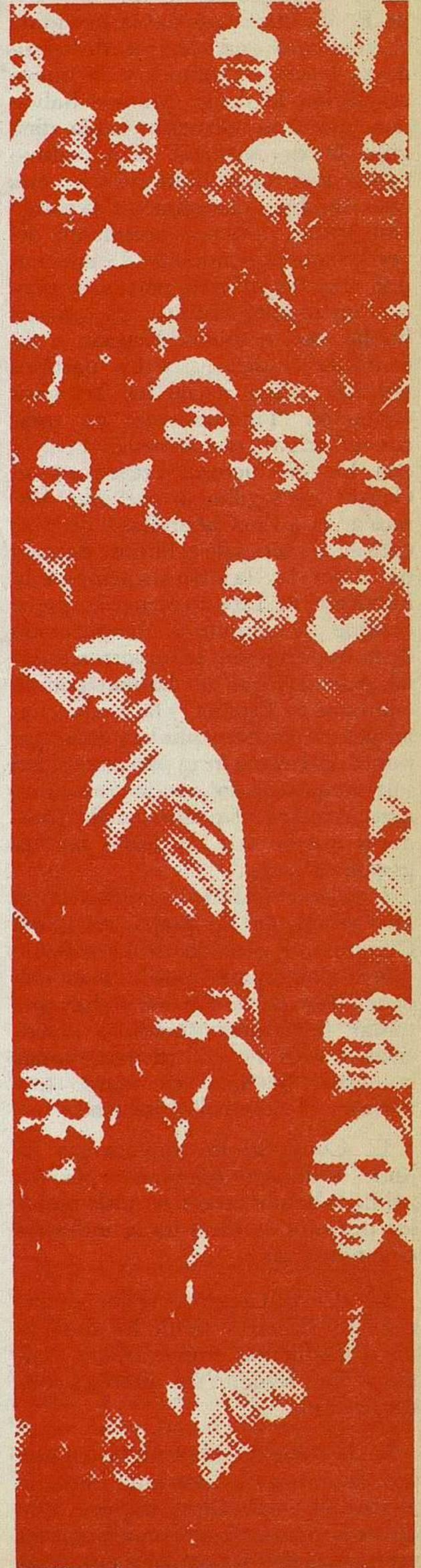
Ultimamente se desarrolla y se impone la idea que los diversos testimonios materiales de la actividad humana son el patrimonio histórico artístico de todos; al igual que aquellos de orden científico, literario,

filosófico o religioso. La cultura material es la herencia de nuestro pasado, que va más allá del discurso histórico: es la filiación directa con la vida cotidiana de toda estructura social.

Está claro que esta visión para corresponder a un proceso cognitivo científico debe ponerse en términos de universalidad y sin restricciones preliminares: considerando todas las categorías de objetos (de consumo, de producción, de cambio, vehículo de ideas o visiones...), en cualquier orden de monumento o de estructura ambiental (habitación, lugar de producción, de reunión o simple alteración del medio ambiente) y sin prejuicios culturales (de orden espacial, temporal o étnico).

No se trata de debatir inútilmente sobre las «culpabilidades» de una visión eurocentrista de los investigadores actualmente hegemónicos en el mundo; y de admitir que bien que científicamente la visión debe ser universal, cada nación es responsable en primer lugar de su propio pasado, que es el que explica directamente su presente.

Asistimos también a una importante apertura del campo cubierto por la investigación arqueológica: del mundo limitado de las «antigüedades clásicas» se ha desarrollado una disciplina aplicada al estudio de



las culturas a través de sus testimonios materiales. Con la denominada «Arqueología industrial» el espacio temporal alcanza nuestro pasado más inmediato.

La conjunción del patrimonio artístico y de la actividad arqueológica significa que nuestra visión del pasado material se propone como totalidad: o sea que proponemos este estudio del pasado sobre criterios científicos y no la búsqueda de argumentos para respaldar valores ideológicos del momento.

El patrimonio histórico artístico engloba todo lo arqueológico y es objeto de otros discursos cognitivos (historia del arte, historia, sociología...): así la investigación arqueológica se integra ampliamente con otras disciplinas que valorizan y explican dicho patrimonio.

En su práctica el proceso arqueológico comporta tres fases de elaboración principales y obligatoriamente sucesivas en el tiempo (o sea diacrónicas): de identificación-excavación, de estudio en cuanto a la información que transmiten los sujetos de estudio (o sea la lectura de sus datos) y de integración de datos, modelos e hipótesis dentro de las visiones históricas, sociales o económicas, o sea en sus respectivos horizontes culturales.

### CRISIS DE LA ARQUEOLOGIA Y DESTRUCCION DEL PATRIMONIO HISTORICO ARTISTICO

No se puede negar la existencia de una crisis en la arqueología actual: es decir la manifestación de una contradicción profunda entre las necesidades nacionales, el potencial intelectual y los medios desarrollados por la revolución científico-técnica por un lado y la práctica cotidiana por el otro. Los aparatos de estado en la enseñanza y la investigación, como en los organismos de tutela del patrimonio histórico-artístico (museos, archivos, direcciones de bellas artes...) se desarrollan a un ritmo ampliamente inferior al de las destrucciones consecuentes al desarrollo socio-económico (urbanismo, obras públicas, plantas industriales o energéticas, intensificación de los métodos de agricultura).

Lo que sí sucede es que, del mismo modo que la investigación arqueológica, como otras disciplinas de las

ciencias sociales, necesita de un grado mínimo de desarrollo económico-social para existir (y no todas las naciones o regiones disponen de equipos de investigación locales para reconocer y valorar su patrimonio histórico-artístico) también el reconocimiento de una inadecuación entre las actividades concretas y las necesidades reales implica un nivel de desarrollo y de madurez mínimo.

Es particularmente notable que la «crisis de la arqueología» se exprima precisamente en aquellos países en los cuales la investigación goza de más madurez y desarrollo (Gran Bretaña, Francia e Italia, por ejemplo). También se puede argüir que como expresión de una problemática, incontrolable por los aparatos de estado en su forma actual, para que exista debate y que el problema no sea «congelado» es necesaria una vida pública y científica ampliamente democrática, lo cual no es siempre el caso.

A partir del siglo XIX los aparatos de estado poseen la dirección del estudio y la tutela del patrimonio histórico-artístico: enfrentados con un desarrollo socio-económico lento, investigadores y eruditos han podido complacerse en una actividad científica introspectiva por lo esencial. Hoy ya no es así y la noción de servicio de estado, y servicio de urgencia, transforma radicalmente la perspectiva que fue en un tiempo la de aquellos humanistas que en el estudio de las «antigüedades» buscaban un romántico retorno al pasado. Los aparatos de estado tienen que afrontar actualmente un nuevo incremento de la destrucción de nuestro patrimonio histórico artístico que ni siquiera la actual crisis económica ha frenado, y al cual ya hemos hecho referencia.

Si las ingentes destrucciones debidas al desarrollo económico no son «selectivas», no ocurre lo mismo con aquellas que emanan de la iniciativa individual y que corresponden a una búsqueda incontrolada, una verdadera caza, de objetivos (a veces incluso de conjuntos monumentales). También estas son, indirectamente, fruto del desarrollo económico: por la extensión del mercado de antigüedades y del coleccionismo o por el aumento del tiempo disponible y la multiplicación de los aficionados.

Tampoco frente a estos dos fenómenos los aparatos de estado disponen actualmente de medios de inter-

vención adecuados. Se suele considerar a las empresas de excavación clandestina pura y simplemente como delitos y a todos sus inculcados como delincuentes, mezclando así dos fenómenos absolutamente diferentes: la especulación mercantil y la afición desinteresada. El recurso a la represión, al expediente judicial, no soluciona ninguno de estos problemas puesto que no tiene en cuenta sus causas profundas y diversas. Estas son por lo general la ignorancia y el desinterés: la respuesta a ambas debe concebirse en una amplia política educativa y cultural.

### POR UNA POLITICA CULTURAL DEL PATRIMONIO HISTORICO ARTISTICO, LA ARQUEOLOGIA Y EL MEDIO AMBIENTE

Como respuesta a las transformaciones que hemos brevemente señalado en lo que se refiere a la problemática del patrimonio histórico artístico y de la arqueología, pensamos que es necesaria la alternativa de una nueva política cultural. Alternativa cultural que debe madurarse principalmente entre aquellos que ocupan los puestos de responsabilidad y de gestión: o sea en los ambientes universitarios, administrativos, culturales y de investigación. Pero una política cultural que basada en la explicación y en el desarrollo del nivel educativo tiene que abrirse a aquellos que son legítimos detentores del patrimonio histórico artístico: es decir a la nación entera.

Desarrollar el grado de madurez de los cuadros científicos, educativos y de los museos quiere decir principalmente incrementarlos numéricamente y cualitativamente, o sea ampliando los créditos de los ministerios correspondientes (educación, ciencia, bellas artes, museos, archivos y bibliotecas). Pero también quiere decir cambiando la imagen tradicional de dichos responsables que no pueden corresponder ya al cliché de viejos sabios, pobres y distraídos, obsesionados por algún extraño problema al cual nadie presta atención porque es de incomprensible interés.

Es decir que hay que otorgarles el carácter de responsables como científicos y como administradores de un



capital que es común y del cual son comanditarios. No se trata en absoluto de intentar procesos de auto-crítica superfluos, ni de aumentar la ya insoportable carga de unos cuerpos de funcionarios en su mayoría abnegados: se trata de proponer a nivel nacional una alternativa nueva a una serie de problemas nuevos.

La extensión de una política cultural sobre el medio ambiente y el patrimonio histórico-artístico al conjunto de la nación (por la educación a partir del nivel general básico, los museos, los medios de gran difusión y las organizaciones) no corresponde sólo a vagos deseos de promoción cultural: corresponde a una necesidad que existe ya y que se manifiesta muy concretamente por todos aquellos que practican una caza al objeto, una «arqueología salvaje».

Como hemos señalado, el problema de la excavación clandestina con fines especulativos es otro, íntimamente relacionado con el mercado incontrolado de antigüedades, y afortunadamente de una extensión relativamente limitada en nuestro país (aunque tiende a desarrollarse rápidamente).

Aumentan sin cesar al contrario las iniciativas individuales o de grupos por lo general incontrolados, que sin ningún interés material y a menudo creyendo incluso colaborar a la investigación, destruyen *selectivamente* el patrimonio nacional. Muchos más todavía son aquellos que no han encontrado aún la ocasión de materializar tales deseos.

Con la integración de los aficionados a unos colectivos respaldados por especialistas, o sea por los aparatos de estado, no se trata de buscar una suplencia al déficit de los créditos en un personal benévolo; y que sería la institucionalización de unas «muletas para la ciencia» (como lo son las llamadas al mecenazgo del capital privado). La responsabilidad de los órganos de estado es absoluta pero por ello mismo debe responder a esa exigencia nueva que es la participación fuera del profesionalismo en la preservación, la gestión y el estudio del patrimonio nacional por todos aquellos que ejerciendo otra profesión sienten la necesidad o el deseo de participar directamente.

La integración en la arqueología nacional de aquellos que desean consagrar una parte de su tiempo a la intervención directa sobre el patrimonio histórico-artístico - significa

también una más amplia integración del personal profesional en la nación. Ello puede contribuir a sacar a los intelectuales del ghetto del profesionalismo y de la especialización. O sea que una política cultural en este sentido sería complementaria a nivel de profesionales y del conjunto de la nación, facilitada por la intervención de aquellos que consagran una parte de su tiempo libre a otras actividades, en este caso dentro del marco del patrimonio histórico-artístico.

Terminaremos señalando los dos puntos que nos parecen esenciales, que merecen un amplio análisis, y sobre los cuales propondríamos la apertura del debate: la reapropiación por las masas del patrimonio histórico-artístico (pero sin calcar la visión burguesa tradicional) y la valoración como fuerza productiva del patrimonio histórico-artístico.

Juan Aymerich

## Cultura Barrios

# La cultura en los barrios

Jordi Teixidor

Uno de los temas fundamentales de toda política cultural de signo avanzado es el acceso de los trabajadores y las demás clases populares a la vida intelectual y artística.

Es conocido el interés de los partidos de izquierda para imponer a un medio de comunicación tan importante como la televisión un control parlamentario que asegure su función como servicio público del Estado, para evitar su manipulación partidista desde el gobierno y al servicio de los intereses mercantiles y consumísticos.

Otras batallas se están librando ya o se van a librar en el terreno de la prensa, la radio y las industrias del ocio: teatro, cine, etc.

Son, evidentemente, capítulos fundamentales para la democratización de la cultura. Hay que decir, sin embargo, que éste es sólo un aspecto de la cuestión: el que se refiere a los grandes medios culturales, sobre los que una minoría ejerce un monopolio de hecho, poniéndolos al servicio de sus intereses ideológicos de clase.

Tres consideraciones nos llevan a insistir en la necesidad de plantear la política cultural también en otra dirección.

La primera, que no necesita de más comentario, es que los grandes medios culturales, sean estatales o privados, no cubren sino una parte de lo que debemos entender por cultura en la acepción amplia del término.

La segunda se refiere al carácter sumamente «direccional» de estos grandes medios: sus mismas características tienden a establecer una distinción permanente entre un estamento de «productores» y los «receptores» de cultura, con escasas posibilidades, para estos últimos, de convertirse también en «productores».

Si entendemos correctamente el concepto mismo de «cultura», no podemos ni imaginar que la democratización de la cultura pueda basarse exclusivamente en unos centros y unos estamentos privilegiados que difunden cultura, sino que debemos reconocer que la práctica cultural, que significa creación y comunicación, debe ser una práctica generalizada y al alcance de todos.

No podemos olvidar tampoco que el derecho a la cultura, entendida no sólo como acceso a unos conocimientos y a un patrimonio cultural, sino también como práctica creativa intelectual y artística, con todo lo que supone de satisfacción, de diversión y de placer, es un derecho fundamental, el ejercicio del cual debe ser accesible a toda la población.

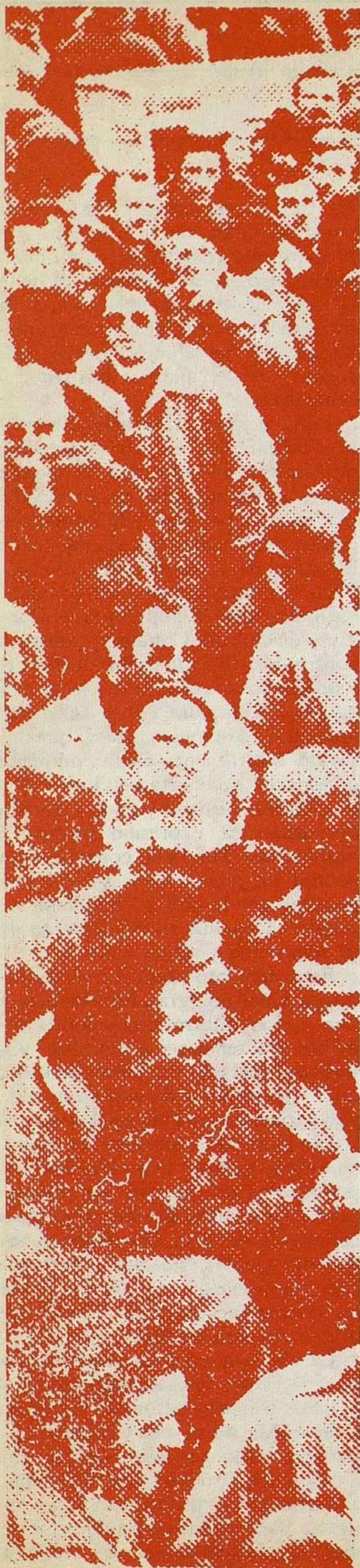
La tercera consideración se refiere a la resistencia cultural que, en multitud de formas, se ha desarrollado durante los últimos años frente a la política anticultural del régimen franquista, y en la que han participado amplios sectores de la intelectualidad y de las clases populares.

En Catalunya, como en las demás nacionalidades con cultura y lengua propias, esta resistencia tenía obviamente otro aspecto decisivo: el de la conservación y la recuperación de la identidad cultural, gravemente amenazada por la salvaje represión del régimen en su afán uniformador y centralista.

Publicaciones (literarias, artísticas, comarcales, etc.), recuperación de asociaciones culturales, grupos de teatro independiente, desarrollo del movimiento popular y de las Asociaciones de Vecinos, recuperación de fiestas y de espacios para uso público, y concretamente en Catalunya, participación popular en el Congreso de Cultura Catalana, campaña contra los 18 concejales de Barcelona por su *no* a la ayuda a la lengua catalana, campaña teatral del «Grec 76»... La resistencia cultural ha consistido básicamente en la conquista de espacios de libertad en los canales de difusión cultural y en la creación de formas de expresión propias y autónomas. Todo ello constituye un caudal de experiencias y de lucha popular por la cultura que debe ser tenido en cuenta en el momento de plantear una política cultural.

Estas tres consideraciones nos inducen a dar una gran importancia a una acción cultural dirigida precisamente a potenciar y a impulsar, y a institucionalizar, en cierto sentido, estas experiencias de expresión y de participación nacidas en las peores condiciones de represión. Se trata, en suma, de que la población disponga de sus propios centros de producción cultural y de sus propios canales de difusión, al margen de los grandes medios estatales o empresariales: una acción que tiende a crear las condiciones para la eclosión de una verdadera cultura popular.

La vía democrática al socialismo supone, entre otras cosas, un alto nivel de concienciación de las masas, inseparable de su nivel cultural. Es por esta razón que la acción cultural a una escala próxima a la población, a partir de sus propias organizaciones de base, y tendente a dotarlas de medios (locales, dotaciones, etc.) y a



promover en ellas la práctica cultural —podemos definir así la *Animación Cultural*— debe ser vista como una acción política de primer orden.

Como para todos los sectores de la vida pública, la animación cultural debe ser emprendida con un criterio profundamente descentralizado y basado en una unidad territorial que facilite tanto la participación ciudadana como la coordinación y los intercambios culturales de cualquier orden.

Esta unidad básica es el barrio —o el municipio de dimensiones equivalentes al barrio—. Esta escala responde al radio de atracción de las actividades culturales, a las facilidades de desplazamiento de la población y a la exigencia de rentabilidad social de unas instalaciones de servicio público. Responde, por otra parte, a la existencia de unos núcleos de población con tradición y personalidad propia articulados a esta escala, y de otros que, a la misma escala, se caracterizan por la inexistencia de estos factores (barrios de inmigración reciente).

El barrio —o el municipio de dimensiones equivalentes— es pues el ámbito territorial en el que debe inscribirse la animación cultural, y el núcleo básico de una estructura flexible que debe facilitar los intercambios culturales a todos los niveles.

Dentro de este ámbito territorial, la animación cultural debe ser comprendida como un gran esfuerzo colectivo en el que deben participar todas las fuerzas políticas, sindicales y entidades culturales, y mediante unos órganos que garanticen la calidad, la frecuencia y la continuidad de las actividades culturales.

No hace falta insistir en la gravedad del déficit de instalaciones y recursos que sufren los barrios y pueblos en el terreno cultural. Este déficit es uno de los mayores problemas de la animación cultural. La financiación de los servicios culturales, tal como está admitido para la Educación, es una de las responsabilidades que la Administración pública debe asumir y satisfacer como un servicio público. La financiación de los servicios y de la actividad cultural del barrio debe estar, en buena parte, a cargo del Ayuntamiento, mediante:

- a) un plan de recuperación de locales
- b) un presupuesto para instalaciones y su mantenimiento

c) un presupuesto para financiación de actividades.

No se trata, sin embargo, de convertir el Ayuntamiento en un empresario que produce y distribuye cultura o que organiza actos culturales. Este planteamiento responde sobre todo a una política de prestigio.

Tampoco creemos que la política correcta consista en distribuir subvenciones, lo que da pie a toda clase de arbitrariedades y favoritismos. En cuanto a la gestión de los recursos municipales (locales, presupuestos) parece necesario y posible introducir elementos concordantes con los conceptos de autogestión y de democracia de base.

En primer lugar, el aprovechamiento integral de todos los recursos culturales del barrio (municipales o de entidades) exige una colaboración entre todas las entidades del barrio, una visión de conjunto y una gestión coordinada. Hay que considerar, además, que estas exigencias son condiciones necesarias para estimular la conciencia comunitaria y para la aparición y el desarrollo de la personalidad del barrio.

Es pues aconsejable que la distribución del presupuesto municipal para la cultura en el barrio se efectúe a propuesta de una Comisión Coordinadora de Cultura, representativa de las entidades culturales del barrio o con intereses culturales (partidos, sindicatos, Asociaciones de vecinos, etc.).

Hay que tener en cuenta, por otra parte, que los planteamientos tendentes a satisfacer las necesidades culturales de la población se elaboran así lo más cerca posible de donde se producen estas necesidades, y que no se trata ni mucho menos de instituir un contra-ayuntamiento para los asuntos culturales, sino una instancia coordinadora y representativa de los intereses culturales del barrio.

En resumen, la animación cultural se entiende como una acción política que tiende a conferir al pueblo un papel activo en la vida cultural, y por lo tanto, a promover unos ámbitos de vida comunitaria y cultural, unos auténticos centros alternativos de producción y difusión de cultura, donde las clases populares puedan desarrollar todo su potencial creador sin manipulaciones por parte de intereses mercantiles o por parte de la Administración.

# Cultura

## Libros

**Faustino Cordón:**

### LA ALIMENTACION, BASE DE LA BIOLOGIA EVOLUCIONISTA.

Historia natural de la acción y experiencia. Vol. I  
Origen, naturaleza y evolución del protoplasma.

Edit. Alfaguara. 664 págs.

### LA CONCEPCION BIOLOGICA DE FAUSTINO CORDON

La aparición del libro de Faustino Cordón, *La alimentación base de la biología evolucionista* (Madrid, Alfaguara, 1978), ofrece una ocasión incomparable para intentar un bosquejo de su concepción de los seres vivos y del desarrollo del conocimiento científico mismo. Creo que este intento es interesante por cuanto en ello Cordón formula una teoría general unitaria, de los seres vivos, desde el protoplasma al hombre; esta teoría trasciende ampliamente los límites particulares de la biología y realiza una aportación inapreciable a la comprensión del ser vivo y, en especial, del hombre, lo que significa una contribución esclarecedora a la concepción científica del mundo y de la inserción del hombre en él. La característica principal de la concepción de Cordón es el más riguroso monismo, toda actividad y procesos de los seres vivos son explicados en términos de la propia realidad; a este respecto merece atención especial el concepto de *organismo* que, junto con el concepto acción-experiencia, son claves para entender el pensamiento del autor, y absolutamente necesarios para comprender los seres vivos. Este monismo permite enlazar la historia de la cultura con los niveles

superiores de la evolución inorgánica.

Al considerar el alimento como fundamento del enfoque de su concepción Cordón abre una vía general de acceso al estudio de todos los seres vivos, porque el alimento es el determinante de su existencia: la alimentación constituye la relación existencial de los seres vivos. Todo ser vivo para existir necesita tomar del medio materia cargada de energía para construir su estructura y mantener su actividad. Alimentarse es, pues, la condición de existencia de todo lo viviente.

Pero alimentarse implica, necesariamente, acciones: descubrir alimento y apropiarlo; y el alimento se presenta en las formas más diversas y variadas; tan diversas, como diversos son los seres vivos, porque todo ser vivo es alimento real o potencial de otros seres vivos. La variedad de alimentos condiciona (determina) la variedad de seres vivos, es decir, sus acciones y la ordenación de éstas, su experiencia. De ahí que una condición correlativa a alimentarse sea la acción y la experiencia, porque el alimento del animal es, por naturaleza, discontinuo, disperso, escaso, y, por esa naturaleza del alimento, el animal tiene que detectarlo, moverse hacia él, desmenuzarlo, demolerlo (digerirlo) para convertirlo en alimento de sus células y, finalmente, de su protoplasma. El éxito en conseguir alimento es resultado de los progresos de la acción y la experiencia que son los que modelan la estructura del animal; precisamente, para perfeccionar su aptitud para captar alimento; en otras palabras, la acción y la experiencia constituyen el fundamento de toda ventaja evolutiva. En este sentido, cabe decir, que toda la evolución animal está condicionada por la naturaleza de su alimento, debido a que el alimento constituye el centro de la acción (y, por tanto, de la experiencia) del animal. Partiendo del alimento como centro, el animal va extendiendo su acción y experiencia

no sólo a formas diferentes de alimento, sino a aquellos objetos y procesos relacionados con él, cada vez más distantes hasta llegar al hombre que se interesa por toda clase de alimentos y por toda la naturaleza, incluso por lo aparentemente más distante, abarcando con su acción y experiencia toda la realidad. En este sentido la acción y la experiencia humana no es cualitativamente distinta de la acción y experiencia animal, sino, solamente más general, más universal; la evolución de la acción y experiencia constituye, de hecho, la historia natural de la conciencia humana.

Ahora bien, explicar la estructura y actividad de los seres vivos en términos de procesos del medio obliga a Cordón a considerar, no sólo a los seres vivos, sino a los mismos elementos de la naturaleza inorgánica como históricos; pero entender unos y otros como históricos exige descubrir en los seres (vivos o no) elementos de distintas edades: átomos, moléculas (compuestas de átomos), protoplasma, células y animales. Es en los animales donde la historia se presenta de la manera más evidente y demostrativa. Todo animal está constituido por células, muchísimo más antiguas que el animal; pero asimismo, en las células se descubren elementos muy anteriores y que las han precedido, son los elementos o individuos protoplásmicos; en otras palabras, Cordón descubre en los seres vivos niveles de organización. El concepto de nivel de organización juega un papel importantísimo en la concepción monista de Cordón y supone un determinismo y una coherencia universales; precisamente por eso impone a los niveles condiciones muy rigurosas, al revés de la mayoría de los biólogos y bioquímicos, que hablan de niveles considerando como tales los genes, las células, los tejidos, los órganos, etc. Cordón restringe el concepto de nivel a genuinos seres vivos, verdaderos focos de acción y experiencia y, por tanto, verdaderos individuos, debido

a que cada uno se aplica como un todo a cada acción, y sólo a una. Esta propiedad de todos los seres vivos es la que los distingue radicalmente de los mecanismos, ya que, en cuanto todo ser vivo se aplica como un todo (*organismo*) a cada acción, crea una referencia de la acción al todo; precisamente, esta es la naturaleza de la experiencia: referencia de la parte con el todo (el organismo), que favorece la acción futura. Cada acción enriquece al todo, al organismo, en cuanto referencia, es decir, en cuanto experiencia, ya que como experiencia constituye al todo, al organismo. Según Cerdón el organismo es de la misma naturaleza que la experiencia, de la misma naturaleza que el estímulo que es la energía provocadora de la experiencia. Entendido así el organismo es la genuina sede de la individualidad y, en el animal, su base material es el sistema neuromuscular. Conviene aclarar que en cuanto el organismo es la verdadera sede de la individualidad y, por tanto, el foco de la acción y experiencia, no sólo el animal, sino la célula y los individuos protoplásmicos son verdaderos individuos, tienen actividad orgánica y coherente y, por consiguiente, tienen sus correspondientes organismos. Por eso Cerdón distingue en los seres vivos esos y sólo esos tres niveles de organización: el protoplásmico, el celular y el animal.

Estos tres niveles de organización representan los tres grandes estadios de la evolución de la vida; la evolución desde los orígenes hasta la aparición de las primeras células; la evolución de la célula y de sus agrupaciones (los vegetales) hasta la aparición del primer animal; la evolución de este nivel (del celular y vegetal) prepara un tipo nuevo de alimento, imposible de aprovechamiento por las células, individuales o asociadas (vegetal), que constituye el estímulo determinante para el surgimiento del animal; y por último, la evolución animal que no es otra cosa que la constante adaptación a los distintos tipos existentes de alimento. La integración de individuos de un nivel para constituir seres vivos de un nivel superior es consecuencia del creciente agotamiento de alimento coherente (con la propia organización) y la existencia de masas de alimento de imposible aprovechamiento para los individuos del nivel, pero que su utilización representa una

gran ventaja evolutiva. Gracias a su nuevo modo de acción y de experiencia los individuos del nuevo nivel irrumpen en un medio muy rico en posibilidades lo que abre camino a una rápida expansión y a la evolución posterior para adaptarse a la más completa explotación del alimento disponible en las diversas formas. Ahora bien, y en esto radica uno de los hallazgos más fecundos de Cerdón, los individuos del nuevo nivel evolucionan condicionados por su acción y experiencia, que modelan su soma, obligando a que los individuos del nivel inferior evolucionen en homeostasis, constituyendo el soma de los individuos del nivel superior. Pero esto no quiere decir que los individuos del nivel superior configuren hasta anular su individualidad (de ser vivo) a los individuos de nivel inferior. Es verdad que estos últimos se adaptan a funciones complejas y distintas, por ejemplo, la célula oxíntica, la neurona, la célula conjuntiva, etc., pero su naturaleza de ser vivo no ha cambiado, no ha sido anulada. Asimismo, el protoplasma se halla integrado en las células, pero manteniendo su actividad y experiencia, su individualidad, del mismo modo que las células se hallan integradas en el animal, constituyendo su soma, precisamente, por su peculiar modo de acción y experiencia.

El concepto de niveles de organización (o de integración) de Cerdón, con su complementario, la evolución en homeostasis, explica y desarrolla dos importantes leyes de la dialéctica: el surgimiento de lo superior a partir de lo inferior y el surgimiento de lo nuevo a partir de lo viejo; en general, estos dos conceptos constituyen una aportación fundamental al desarrollo de la ley del cambio de cantidad en cualidad y la inversa.

Asimismo estos dos conceptos, niveles de organización y evolución en homeostasis, constituyen una aportación teórica de primer orden que Cerdón hace, no sólo a la biología, sino a la ciencia, en general; esto es, que todo genuino individuo encierra en su interioridad toda su historia con sus principales etapas e hitos. Historia y etapas que no es difícil de dilucidar así en la naturaleza inorgánica como en los seres vivos, y constituyen un instrumento analítico de extraordinario valor científico.

Otra aportación de gran interés científico es el desarrollo del concepto de *medio* de una especie, que

Cerdón ha concretado sacándolo de la abstracta nebulosidad en que se encontraba. El centro del medio es el alimento y las señales que le anuncian; por tanto, el medio es el alimento y las señales que lo anuncian; por tanto, el medio es aquello sobre lo que recae la acción del animal y, a la inversa, lo que opera sobre el individuo y lo moldea, por ejemplo, el medio de una especie animal está constituido por aquellas especies vegetales y animales de que se alimenta; es, sobre todo interesante, la aseveración de que la especie y su medio son coetáneos. La acción mutua entre individuo y medio es un mecanismo fecundo para explicar la evolución de los seres vivos y su organización; incluso, cuestiones tan arduas como el salto del primate al hombre y los caracteres de éste, son esclarecidos por esa acción mutua. Según Cerdón existe el hombre desde el momento en que un nuevo medio; esto es la sociedad humana se despegó del medio "en especies" en que se hallaba inserto el primate prehumano; su explicación del origen y evolución del hombre abre nuevos caminos a la comprensión de la sociología, de la educación, de la psicología, incluso, de los trastornos psíquicos humanos.

Pero el Dr. Cerdón no sólo dedicó su vida entera, paciente y abnegadamente a unificar y desarrollar el conocimiento de los seres vivos, sino que prestó una atención paralela al esclarecimiento de la actividad misma de conocer, al conocimiento, a la ciencia, a los obstáculos sociales e intelectuales que se oponen a su desarrollo, y a los estímulos que lo favorecen. El hábito científico ganado en el conocimiento de la realidad biológica fue aplicado por Cerdón al análisis del conocimiento, de la ciencia. Descubre tres etapas en el desarrollo de la ciencia, la etapa de la ciencia empírica, la etapa de la ciencia experimental y, finalmente, la etapa de la ciencia evolucionista o dialéctica.

Dos cuestiones fundamentales destacan en la comprensión de la ciencia, el origen y fiabilidad de la experiencia y, reconocido que toda experiencia es concreta, fragmentaria, cuál es la base de la organización de la experiencia en constelaciones teóricas de alcance creciente. Sobre el origen y fiabilidad de la experiencia no es necesario insistir, porque la obra entera de Cerdón es

un análisis riguroso y exhaustivo de la experiencia animal, de cuya naturaleza procede la humana. Ahora bien, la experiencia atomizada carece de valor biológico, sin embargo, toda experiencia es la huella residual de la acción del ser vivo en búsqueda y captura de alimento; su integración es motivada por la naturaleza del alimento y las señales que conducen a él; o en otras palabras, la integración de la experiencia de cada especie animal tiende a constituir un trasunto, un reflejo del medio del animal. Al menos, en todas las especies animales, el alimento y todo lo vinculado con él, es el motivo que fuerza la integración de la experiencia. Esta afirmación es igualmente válida para la especie humana, que durante la casi totalidad de su evolución ha recogido y ha integrado la experiencia, obligada por sus necesidades básicas: alimentación, abrigo, defensa, etc., y por los grandes propósitos humanos, la caza, la pesca, la recogida de frutas y semillas, la agricultura, la ganadería y la fabricación de herramientas, etcétera.

Podría decirse, que la integración subjetiva de experiencia ha sido la práctica dominante de la humanidad y lo seguirá siendo para las grandes masas durante largo tiempo todavía. (Se entiende por integración subjetiva la organización de la experiencia motivada por las necesidades o propósitos humanos y no por un esquema obtenido de la estructura del mundo exterior.) Esta manera de integrar la experiencia es la que Cordón denomina etapa empírica de la ciencia. La acumulación de conocimiento en esta etapa se caracteriza por la atención preferente al resultado de la acción humana sobre la naturaleza y, como consecuencia, por confundir constantemente la acción del hombre con los procesos objetivos de la naturaleza. En tanto, que el hombre no distinga los efectos de su acción de los procesos objetivos suscitados por la acción, le será imposible el conocimiento objetivo de la naturaleza; no le será posible formular leyes teóricas sobre el comportamiento de los hechos exteriores (naturaleza), que permitan al hombre anticipar los resultados, es decir, conocer para prever.

Fue, precisamente, el esfuerzo por prever los resultados de la acción humana (una cuestión de significación e importancia decisivas para el

futuro y la seguridad de la vida humana) quien impuso el salto del conocimiento empírico al conocimiento experimental. El esfuerzo por prever el comportamiento de los procesos de la naturaleza de una manera desinteresada, hizo prestar más atención a los procesos naturales y a deslindar la acción humana en relación con ellos. Este propósito estaba de acuerdo, por otra parte, con la condición social y preocupaciones de los científicos, que, en cuanto, miembros de la clase dominante, no prestaban atención a los resultados pragmáticos de la acción y se interesaban, preferentemente, por el conocimiento puro de la naturaleza, es decir, por el conocimiento. Cuando coincide esta actitud con una gran acumulación de conocimiento empírico y con la indagación de objetos que constituyen un nivel de la realidad surge la ciencia experimental. De estos tres factores, la condición social de la actitud intelectual, la acumulación de conocimiento empírico, y la atención a un nivel de objetos de la naturaleza, este último es el realmente determinante. Es, justamente, la coincidencia en la indagación de objetos y procesos de la naturaleza constituyentes de un nivel, lo que ha hecho posible el nacimiento de la ciencia experimental moderna; pues sólo cuando el científico se aplica a la indagación de un campo de objetos uniformes, cuyas acciones son reversibles, como los objetos de la mecánica o de la química irrumpe la genuina ciencia experimental moderna. No hay ciencia experimental si no se aplica a la investigación de un nivel de la realidad; un campo de objetos iguales y uniformes que interaccionan entre sí reversiblemente. Solamente así puede constituirse una ciencia capaz de prever con sus leyes el comportamiento de su campo de objetos. De aquí el extraordinario éxito de la mecánica y de la química que estudian sendos campos de objetos de un nivel, especialmente, la química que estudia el nivel de las moléculas.

Los extravíos y vacilaciones de la biología se deben al hecho de estudiar a los seres vivos como si constituyesen un único nivel; asimismo se explica la avasalladora penetración de la química en la investigación de los seres vivos, que intentó dar cuenta de todos los fenómenos de lo vivo, buscando la justificación en un orden de objetos cada vez más

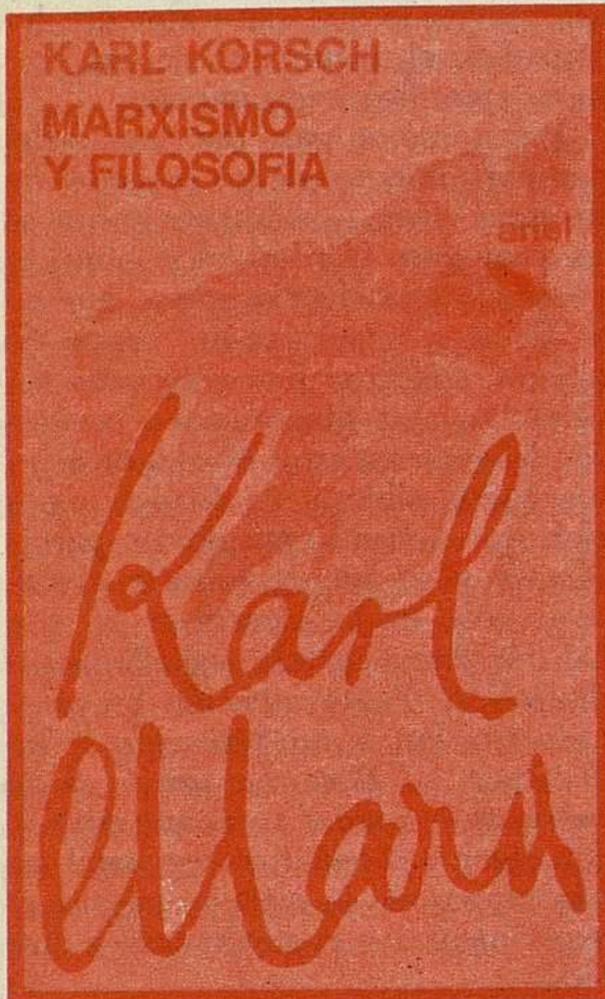
recóndito hasta que llegó a los objetos propios de su nivel de indagación, las moléculas; justamente, el nivel de objetos donde la química adquirió su extraordinario éxito. Pero al reducir la explicación de los fenómenos vivientes al comportamiento de las moléculas, fue necesario establecer una compleja casuística subjetiva para dar cuenta de los procesos más característicos de los seres vivos, lo que, naturalmente, ha impedido el nacimiento de una biología científica experimental.

Precisamente para dar cuenta del comportamiento (de los procesos) de los seres vivos, (justamente lo que se ha propuesto Cordón en su obra) es necesaria una ciencia nueva, que no se limite a investigar un campo de objetos uniforme y con acciones reversibles, sino objetos cuya organización encierra otros niveles de objetos, irreductibles a los de nivel superior, que tienen su propio comportamiento y su propia historia evolutiva; esta es la ciencia a la que Cordón llama ciencia evolucionista o dialéctica. Tanta atención ha prestado Cordón a este tema que le ha dedicado su libro *La función de la ciencia en la sociedad* en el que estudia con rigor y claridad excepcional las tres etapas de la ciencia, empírica, experimental y evolucionista o dialéctica.

Eloy Terrón

# Cultura

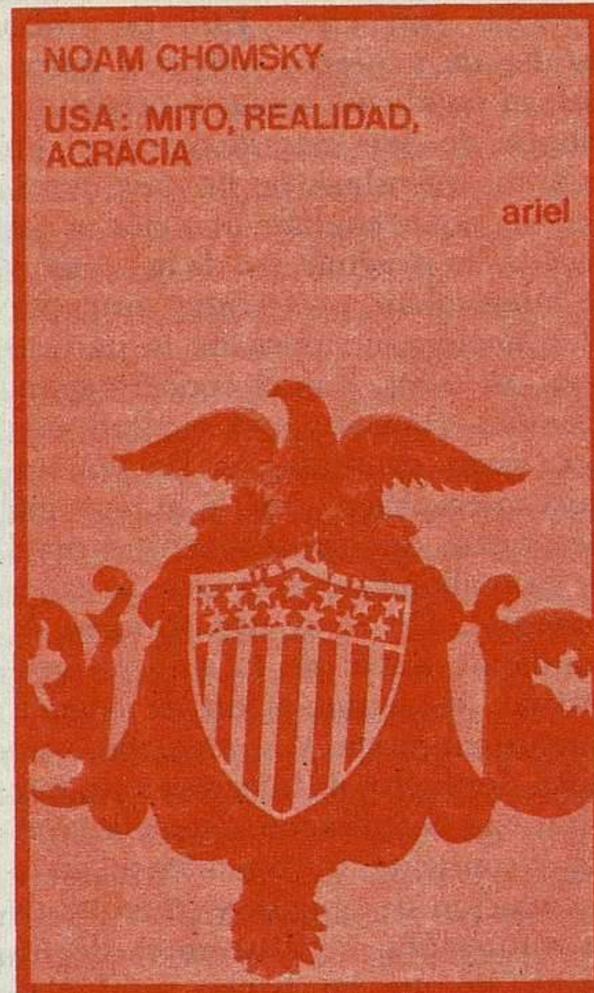
## Libros



**MARXISMO Y FILOSOFÍA,**  
Karl Korsch

Ariel. Colección Ariel Quincenal.

La actualidad del pensamiento de Karl Korsch se pone de manifiesto cada vez más en nuestros días por las cuestiones que se plantean en las diversas corrientes del análisis marxista. La necesidad de un nuevo punto de partida antidogmático implica el enfrentamiento con el pasado teórico del marxismo, y esta problemática planteada con gran urgencia a las teorías socialistas se encuentra en el centro de la obra de Korsch. En «Marxismo y filosofía» profundiza en el tema de la unidad de teoría y praxis revolucionaria, y en el sentido de la filosofía en la dialéctica materialista. Es una obra fundamental para replantear el problema de la función de la crítica teórica en el marco del materialismo histórico.

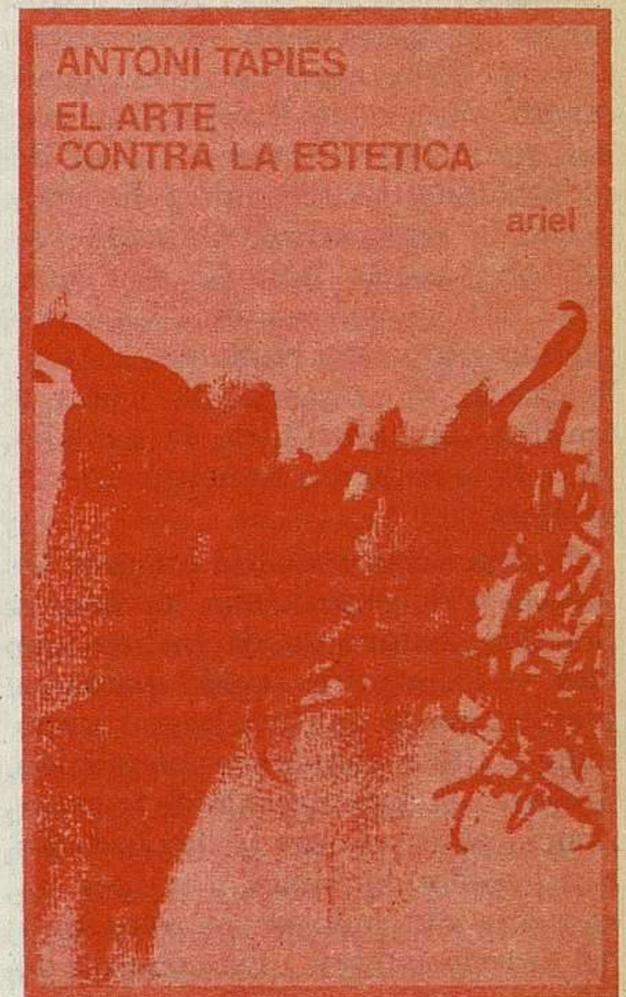


**USA: MITO, REALIDAD,**  
**ACRACIA.** Noam Chomsky.

Ariel. Col. Ariel Quincenal.

Carlos-Peregrín Otero reúne bajo el título de USA: Mito, realidad, acracia, un conjunto de escritos del intelectual más destacado de la izquierda norteamericana, en los que se perfilan los esquemas fundamentales de su posición crítica ante la sociedad. Chomsky, figura de primera magnitud en la lingüística y en la historia de las ideas, analiza diversos hechos sociales y estructurales de poder en su actividad concreta, desde su táctica hasta los principios en que se apoya. Sostiene que otros principios de índole solidaria diametralmente opuestos a los vigentes son necesarios para crear una sociedad plenamente humana. Si la capacidad fundamental del hombre es la autoexpresión creativa y libre disposición de su vida y sus ideas, es preciso crear una nueva organiza-

ción social que permita el desarrollo más libre y completo del individuo. La originalidad de Chomsky está en haber contribuido a dar una base intelectual más sólida a una teoría del ser humano y de la sociedad.



**EL ARTE CONTRA LA**  
**ESTÉTICA.** A. Tapies.

Ariel. Colección Ariel Quincenal.

Desde Leonardo da Vinci a Klee, Kandinsky o Léger no pocos son los pintores que han publicado sus reflexiones acerca del fenómeno artístico. Antoni Tàpies se incorporó ya a esta tradición con su primer libro. La práctica del arte (Ariel - quincenal, núm. 53). Desde entonces, como ha escrito Pere Gimferrer, "la actividad teórica de Tàpies ha sido ininterrumpida y, particularmente a partir de finales de 1972, ha adquirido tales proporciones —tanto por lo que respecta a la cantidad y continuidad

de sus escritos como en lo que se refiere a la progresiva profundización que éstos revelan y a la madurez de su pensamiento— que convierten el caso Tapiés en uno de los pocos acontecimientos realmente relevantes de nuestra literatura ensayística de postguerra». En este nuevo volumen, significativamente titulado «El arte contra la estética», Antoni Tapiés toma partido, de modo crítico y a menudo deliberadamente provocativo, a favor de una concepción ética y política de la práctica del arte. En efecto, lo mismo al hablar del arte de vanguardia que del arte conceptual, de Picasso o de Miró, destaca siempre en los textos de Tapiés la apasionada consideración del arte como moral, como contemplación o como acción.

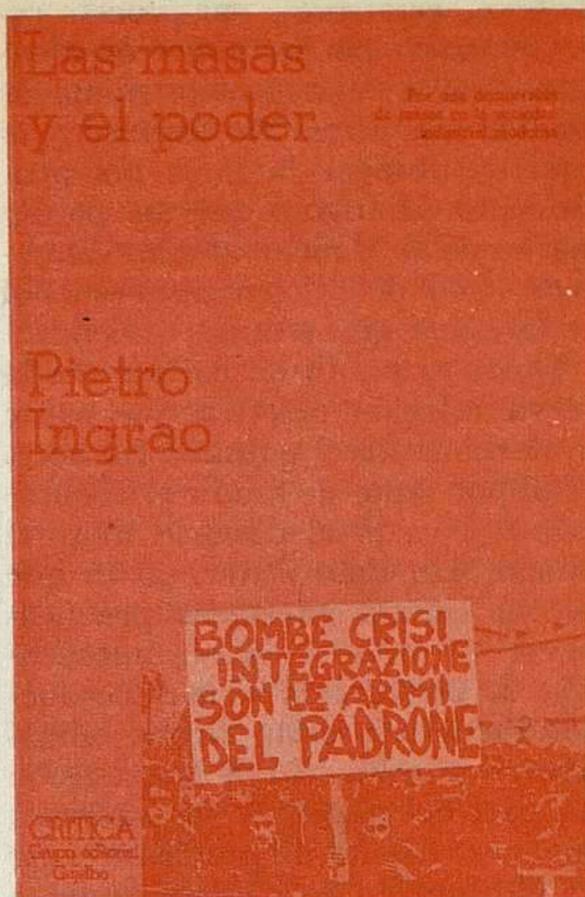
**Rafael Alberti**  
Poemas anteriores a "Marinero en tierra", *Marinero en tierra*, *La amante*, *Dos estampidas reales*, *El alba del alhelí*  
Seix Barral

POEMAS ANTERIORES A «MARINERO EN TIERRA», *MARINERO EN TIERRA*, *LA AMANTE*, *DOS ESTAMPIDAS REALES*, *EL ALBA DEL ALHELÍ*. Rafael Alberti.

Seix Barral. Col. Biblioteca Breve Especial.

Se reúnen aquí, por vez primera en un solo volumen, todos los títulos que configuran la primera etapa poética de Rafael Alberti, en la que la huella neopopularista de la poesía anónima andaluza alterna con la herencia de los cancioneros tradicionales, y el paisaje marítimo, salino y sensorial, con la adusta belleza de las fragosidades del monte y la sierra. Tres amplias entregas —*Marinero en tierra*, *La amante* y *El alba del Alhelí*— hallan su complemento en otros textos menos difundidos, aunque no menos bellos: *Dos estampidas reales*, alado y refinadísimo prodigio verbal, y el interesantísimo bloque de poemas anteriores a *Marinero en tierra*, que documentan el nacimiento de la gran poesía albertiana. En su más clara luz, este primer Alberti reunido muestra ya la plenitud de invención verbal —no ceñida sólo a las modalidades de lo popular esterilizado, sino desplegada también en el lujo de los sonetos— que definió, desde su aparición, al gran poeta.

\* \* \*



«MASAS Y PODER» de Pietro Ingrao

Editorial Grijalbo

Empezaré diciendo que en mi opinión, siempre que aparecen textos de Ingrao, se trata de cosas interesantes. Pero en este caso hay algo más: considero que su libro «Masas y poder» es uno de los trabajos más importantes que se han publicado sobre la temática del eurocomunismo. No es un texto donde se glosen o repitan ideas básicas; no simplifica nada; penetra en nuevos terrenos, problematiza, se enfrenta cara a cara con las dificultades reales.

Algunas palabras sobre el estilo: el libro está formado de textos diversos, polémicos, entrevistas. Quizá eso lleva consigo una carencia de sistematización. Pero, en cambio, ¡cuántas ventajas! Los problemas aparecen así mucho más en lo vivo, más cerca de la realidad. No puedo esconder que, por principio, no me gustan los «manuales». Ingrao no «manualiza» nada.

No es posible hacer aquí una enumeración de todos los problemas abordados en el libro, ni siquiera de los más importantes. No sería exagerar decir que los aspectos más con-

flictivos, candentes, del proceso revolucionario en los países occidentales están reflejados, unos en mayor medida que otros. Me limitaré pues aquí a subrayar la línea del pensamiento de Ingrao que me parece más esencial, al menos desde el ángulo de visión de un comunista español de la etapa que estamos viviendo.

Quizá el punto de partida sea la nueva relación objetiva que existe entre economía y política. La necesidad por tanto de fundir el discurso económico con el discurso sobre el Estado. Un dato elemental es que hoy el Estado interviene prácticamente en todo; y sin esa intervención la producción y la reproducción modernas serían inconcebibles. Pero no se trata sólo de la extensión material del papel, de las intervenciones del Estado. El problema es *qué tipo* de función está cumpliendo; a qué lógica responde; y, si vamos más al fondo, qué intereses sirve.

Entrando de lleno en el corazón de los problemas. Ingrao elude las respuestas fáciles, superficiales, incluso si pueden aparecer «evidentes» a primera vista y generadoras de autosatisfacciones que suelen embotar el pensamiento y entorpecer la búsqueda de nuevas concepciones.

Sin duda, uno de los rasgos decisivos del período histórico actual es *la presencia* en la Historia de ingentes masas humanas, ayer marginadas. Este hecho transforma, puede transformar, la relación masas-poder políticos. De ahí el acierto del título del libro que estoy comentando. Pero sigamos: ese potencial de transformación, que está ahí, en la Historia de hoy, puede, o no, convertirse en la realidad del mañana. O mejor dicho, puede discurrir por diversos cauces.

Quizá la característica más original de la reflexión eurocomunista de Ingrao se manifiesta precisamente en este punto. Muestra que no cabe identificar al Estado democrático de hoy, digamos del postfascismo, resultado de grandes luchas de la clase obrera y del pueblo, con poderosos sindicatos y partidos de masas, con las instituciones clásicas de la democracia liberal. Y de lo que se trata es de descubrir, definir, esa nueva colocación que el Estado debe tener, sus nuevas funciones, no como algo aislado, como una realidad puramente política, sino enlazándolo con el complejo entramado de las estructuras sociales contemporáneas.

Para mí está muy claro las dos respuestas sencillas (demasiado sencillas) que Ingrao rehuye, rechaza: no se trata de «conquistar el Estado» y luego estatificar la economía. Tal «superstición del Estado» como él la llama, no resuelve los problemas. Ni se trata tampoco de una mera aplicación del formalismo de la legalidad democrática. El eurocomunismo es otra cosa. Y dando todo su valor a la democracia representativa, a un Estado de derecho, la cuestión es cómo ponerlo a la altura de la temática contemporánea; cómo dotarlo incluso de los medios nuevos para que pueda cumplir de verdad, ese papel que hoy cumple tan mal.

Ingrao subraya la contradicción que existe entre la organización del viejo Estado liberal y las funciones de intervención económica, etc., que hoy asume. ¿Es lógica, por ejemplo, la distribución clásica por Ministerios? ¿No hay un desfase entre la exigencia de una planificación económica compleja y las actuales barreras burocráticas? Y sobre todo: siendo el Parlamento el órgano supremo de la soberanía popular, ¿cómo lograr que el Parlamento decida las grandes opciones de la intervención del Estado, de la planificación económica, etc.?

Ello plantea problemas, no ya de organización, sino de correlación de fuerzas, de lucha de clases, de poder en el sentido más profundo del término.

En páginas particularmente sugestivas, Ingrao aborda la relación entre la democracia representativa y la «democracia de masas» (expresión que él prefiere a la de «democracia directa»). Llega así a una conclusión esencial: para que el Parlamento elegido democráticamente pueda de verdad *decidir* la planificación económica, es *necesario* también que el Consejo de fábrica tenga espacio propio en la vida económica. Y asimismo, un Consejo de fábrica que vaya más allá de la pura contratación salarial, *necesita* de esa asamblea popular soberana para proyectar y encuadrar sus aspiraciones.

Se abre así toda la temática de lo que puede ser hoy un programa económico a través del cual se vayan expresando —no sólo una racionalidad científica frente a la anarquía capitalista— sino las necesidades objetivas y las aspiraciones profundas de las masas frente a la ideología del consumismo y del individualismo.

La cuestión planteada desde hace tiempo por el PCI de la «austeridad» aparece con una luz nueva: no como simple táctica de coyuntura, sino como parte de una estrategia de lucha por la hegemonía de la clase obrera. Se trata de un desarrollo cualitativamente nuevo que pone sobre el tapete la necesidad de una nueva jerarquía en las inversiones. Que cuestiona el esquema predominante del papel prioritario de la industria y la subordinación de la agricultura. Y que postula sobre todo el nuevo poder de un sector público capaz de tomar iniciativas, no sólo en el campo estrictamente económico, sino de otorgar a la escuela, a la investigación, a la reorganización del mercado del trabajo (honorarios, vacaciones, estudios...) al urbanismo y a la producción ecológica, y a la información de masas, un lugar diferente en la vida social.

Hoy la ciencia se incorpora como fuerza productiva directa. Pero Ingrao agrega que hace falta también incorporar a la producción «ciencia política».

Así el tema gramsciano del bloque histórico y la hegemonía se moderniza en contacto con las realidades contemporáneas. Y las perspectivas estratégicas del eurocomunismo, en el libro de Ingrao, se hacen sin duda más complejas. Pero es la única forma en que se pueden aclarar de verdad.

Quiero agregar que varias partes del libro están dedicadas al tema del estalinismo y de las degeneraciones que se han producido en los países socialistas. Precisamente porque yo he usado en algunos trabajos ese argumento, quiero decir que Ingrao combate la idea de que la raíz de esas degeneraciones está en una contradicción entre relaciones sociales socialistas y el sistema político autoritario. El insiste en que hace falta buscar esa raíz en las contradicciones de las estructuras sociales.

No creo necesario insistir en la actualidad que tiene para nosotros el libro que estoy comentando. Claro que nuestra situación, nuestra etapa, es muy diferente de la que conoce Italia, después de más de 30 años de sistema democrático. Pero la sustancia de los problemas que plantea Ingrao es para nosotros «política diaria» en nuestra tarea de consolidar la democracia y de abrir a la

vez un creciente espacio político a los trabajadores.

Terminaré con unas observaciones sobre *el método* de Ingrao. Por lo que ya he dicho aparece claro en entrelazamiento que él realiza siempre en su reflexión entre la zona política, el Estado, el partido, y las estructuras económicas y sociales. Badaloni califica ese método de «interrelación extensiva», subrayando la tendencia de Ingrao a poner en relación siempre el tema que aborda con un extenso marco de otras cuestiones que permiten entenderlo mejor. Pero a la vez hay en él una tendencia a la «interrelación intensiva», que sería, según el mismo Badaloni, la capacidad de prescindir de lo secundario y de enfocar el tema, o los temas, realmente importantes, necesarios. Creo que estas observaciones pueden ayudarnos a comprender necesidades nuevas que son inherentes a la aplicación del método marxista ante los problemas contemporáneos; de enlazar las zonas políticas con las sociales; de superar la tendencia a la parcialización y las visiones unilaterales.

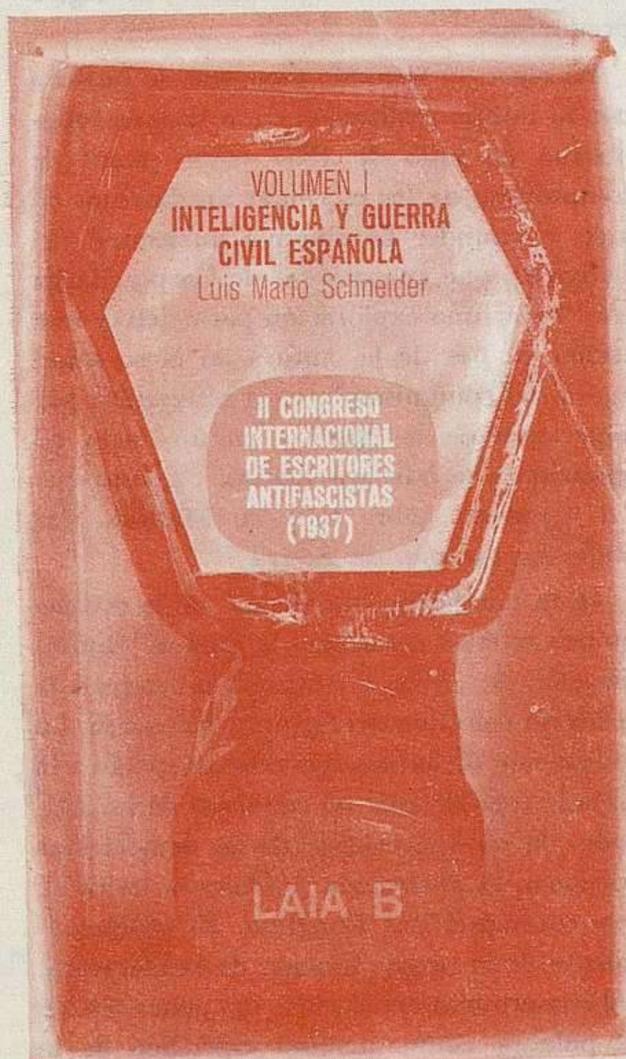
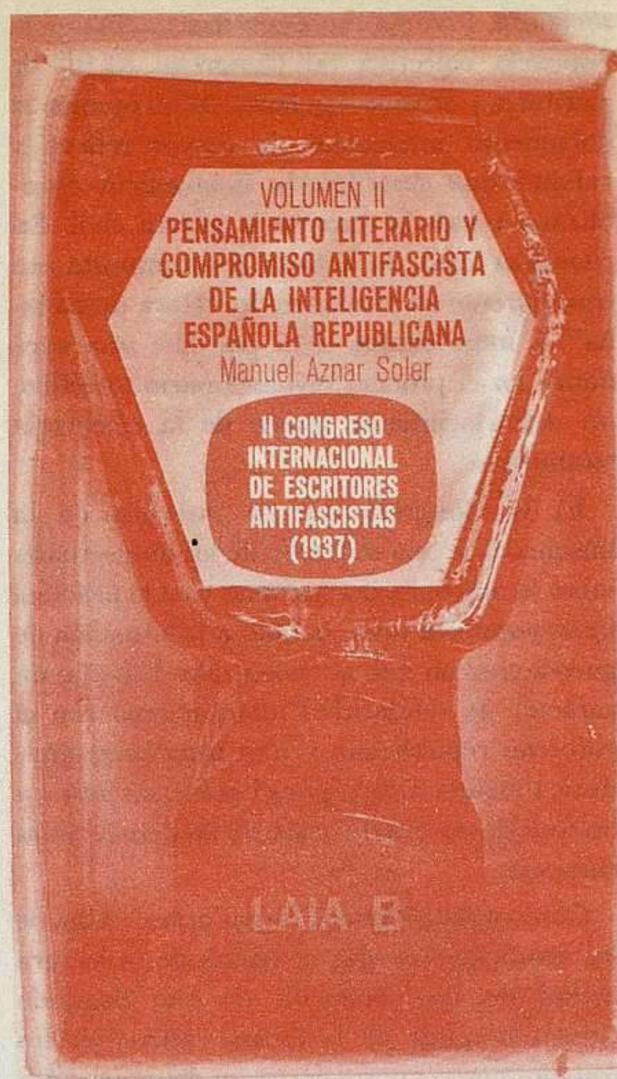
M. Azcárate

## II CONGRESO INTERNACIONAL DE ESCRITORES ANTIFASCISTAS (1937)

Volumen I: Luis Mario Schneider: *Inteligencia y guerra civil española*.

Volumen II: Manuel Aznar Soler: *Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana*

Editorial Laia. Barcelona, 1978. 308 y 250 páginas, respectivamente.



La editorial Laia acaba de publicar dos estudios paralelos sobre uno de los acontecimientos más importantes de la vida cultural española durante la guerra civil: la celebración en Valencia, con sesiones en Madrid y Barcelona, del II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas. La editorial

anuncia un tercer volumen en el que se recogerán las distintas ponencias e intervenciones que tuvieron lugar durante el Congreso. La importancia de este tercer volumen anunciada es, como puede comprenderse, capital, y extraña que no haya sido editado simultáneamente a los dos primeros que ahora comentamos, entre otros motivos porque la lectura de la parte documental de las intervenciones ofrecería al lector un material informativo de primera mano que le permitiría juzgar por sí mismo acerca de la importancia en los diversos ámbitos de la vida española del momento (intelectual, política, etc.) de la celebración de este Congreso. A la espera de este tercer volumen, el lector puede tener una referencia de las intervenciones a través de la revista *Hora de España* (recientemente reeditada en edición facsimilar por Verlag Detlev y por la propia editorial Laia) en la que se recogieron parcialmente.

La ausencia de este tercer volumen se siente aún más si tenemos en cuenta la disparidad de estos dos primeros volúmenes, su desigual interés, la oposición de los criterios de partida. En este sentido, resulta extraña una política editorial que mezcle estos dos estudios en un mismo lanzamiento; lo que a primera vista pudiera aparecer como dos estudios complementarios, se convierte en un juego de despropósitos. Vayamos por partes.

El primer volumen, «Inteligencia y guerra civil española», pretende ser una descripción día a día de lo ocurrido en el Congreso. Pretende serlo, decimos, porque nos encontramos ante una auténtica manipulación de la realidad histórica. No se trata de que Luis Mario Schneider se pierda en la hojarasca del anecdotario impidiéndole tener una visión global de lo ocurrido; se trata de una consciente manipulación de las anécdotas más superficiales para orientar todo el volumen hacia un único objetivo: la ridiculización del significado del Congreso.

La frase con que Luis Mario Schneider termina el volumen resume, mejor que cualquier otra, su talante: «El Segundo Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, a la manera de una ficción cíclica, que comenzará con un té en París un día 30 de mayo, cierra su círculo con otra reunión social el domingo 18 de julio, también en la Ciudad Luz». La frase resulta ingeniosa pero no es un modelo de rigor histórico ni permite al lector comprender cuál fue el significado del Congreso. Quizá Luis Mario Schneider no lo pretendiera. Quizá esté realizando su autorretrato cuando bosqueja la situación española un año después de iniciada la guerra civil: «La exaltación y la autodivinización de nuestras individuales creencias y posturas son maravillosas por la fe que nos empuja a objetivarlas».

Objetivar su postura no le resulta difícil a Luis Mario Schneider. Le basta con tomar las anécdotas más superficiales e inventarlas un

sentido acorde con sus intereses. De este modo, destaca al transcribir la lista de los asistentes cuantos errores de transcripción puede observarse en los periódicos de la época. Valor del dato, ninguno. Pero en el proceso incoado por Luis Mario Schneider el dato se convierte en la falta de interés por el Congreso; del mismo modo que las muestras de solidaridad o de simpatía con los congresistas vienen siempre con el contrapunto de la miseria material de un pueblo en guerra.

Todo este tratamiento deformado de la anécdota no tiene más que una finalidad: autodivinizarse su postura sobre la Historia (con mayúsculas): «Quizá solamente varían los nombres de un eterno concepto: nacionales y republicanos, fascistas y rojos, según la perspectiva o el mirador; según se prefiera retardar el cambio inaplazable por la necesidad de los hechos o el hecho de cambiar exagerando la inexorable necesidad; según se crea en un concierto preestablecido de las estructuras o en una ruptura radical del ritmo», porque «la Historia no cambia su ontológica dialéctica y la sociedad evoluciona sin crisis cuando logra reconocer en su marcha la exactitud del péndulo y organizar su vaivén».

¿Visión ontológica de la Historia (con mayúsculas)? Más bien acarrear el agua al molino de sus intereses. De este modo, el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, celebrado en 1937, puede servir para atacar a Fidel Castro o centrarse en el tema del estalinismo, como elemento fundamental del Congreso.

Como señala Manuel Aznar Soler, al estudiar la evolución de los intelectuales españoles durante la República y la Guerra Civil: «La relación entre la inteligencia comunista, hegemónica en el poder cultural, y el bloque de “compañeros de viaje” integrados en la Alianza, no experimentó tensiones especialmente graves. La enorme penetración comunista en el sector cultural estaba respaldada por el prestigio de sus figuras públicas. Desde Jesús Hernández a Rafael Alberti, desde Josep Renau a Emilio Prados o Arturo Serrano Plaja, se trataba de estimular un criterio de calidad y libertad en las publicaciones frentepopulares. Su estalinismo, latente en aisladas pero inquietantes afloraciones, fue realmente moderado y tampoco tuvo espacio para materializarse. Conviene señalar su existencia, condenar con toda energía sus brotes, pero no exagerar su presencia. Gracias a esta orientación tolerante y al sentido común dominante, pudieron escribirse revistas de la altura literaria de “Hora de España”... El espíritu de “Hora de España” era de raigambre institucionalista, dentro de la mejor tradición liberalburguesa española, con un pasado de Misiones Pedagógicas en la mayoría de sus redactores y una fuerte influencia de las actitudes de Gide y Malraux, modelos “más que literarios, éticos”. Este talante ético, humanista y

socialista, tuvo su expresión más valiosa en la ponencia colectiva (al Congreso, M.B.) de escritores y artistas españoles, en mi opinión el documento intelectual de mayor relieve y calidad que suscribió la inteligencia republicana española durante la guerra civil. En cualquier caso, la actitud procomunista era transparente en el núcleo de “Hora de España” y manifestaba, a la par que una confianza en el proceso revolucionario soviético, un desconocimiento lógico de la ejecutoria estalinista».

El II Congreso que se inscribía en la búsqueda de una reflexión de los intelectuales sobre la amenaza del fascismo y en la práctica frentepopulista tuvo, debido a la situación de guerra civil en que se encontraba España, un carácter de solidaridad internacional con el gobierno republicano y una baza propagandística jugada a tope por el gobierno frente a las tesis de no-intervención de las democracias europeas.

Como señala Manuel Aznar Soler: «Una de las insuficiencias más acusadas de la lectura actual de las ponencias de este Segundo Congreso reside en la escasa calidad de los trabajos como aportación a un debate teórico de problemas específicamente literarios, debate que, desplazado por la significación política antifascista de la convocatoria, no llegó a producirse».

En rigor, el Segundo Congreso se justifica por su misma realización en la España republicana de julio de 1937 como praxis de compromiso de los escritores antifascistas de todo el mundo. El objetivo intelectual del Congreso, que en palabras de Corpus Barga era “hacer una exploración para ejercer una acción en pro de la cultura en la sociedad nueva del comunismo”, va a convertirse por imperativo de la Historia en un “acto de oposición a la barbarie fascista”, puesto que “el Congreso, sobre todo en Madrid, sólo podía ser un acto de guerra”.

«Esta condición “sacrificial” de la problemática estética determina la falta de profundización de los ejes temáticos planteados a la reflexión colectiva del Segundo Congreso. La indagación de formas concretas de ayuda a la España republicana, las condenas de las actitudes de no intervención de las democracias europeas, la afirmación antifascista unitaria, son constantes del Congreso. El replanteamiento de la propia función de la literatura, del compromiso del escritor, del poder real de la palabra como atributo específico de la inteligencia, son interrogantes planteados a la consideración colectiva del mismo».

Esta larga cita de Manuel Aznar Soler sintetiza, en mi opinión, lo que fue aquella gran reunión de intelectuales celebrada en España durante la guerra civil.

Miguel Bilbatúa

## HACIA EL SOCIALISMO

REVISTA BIMESTRAL

Nº 0

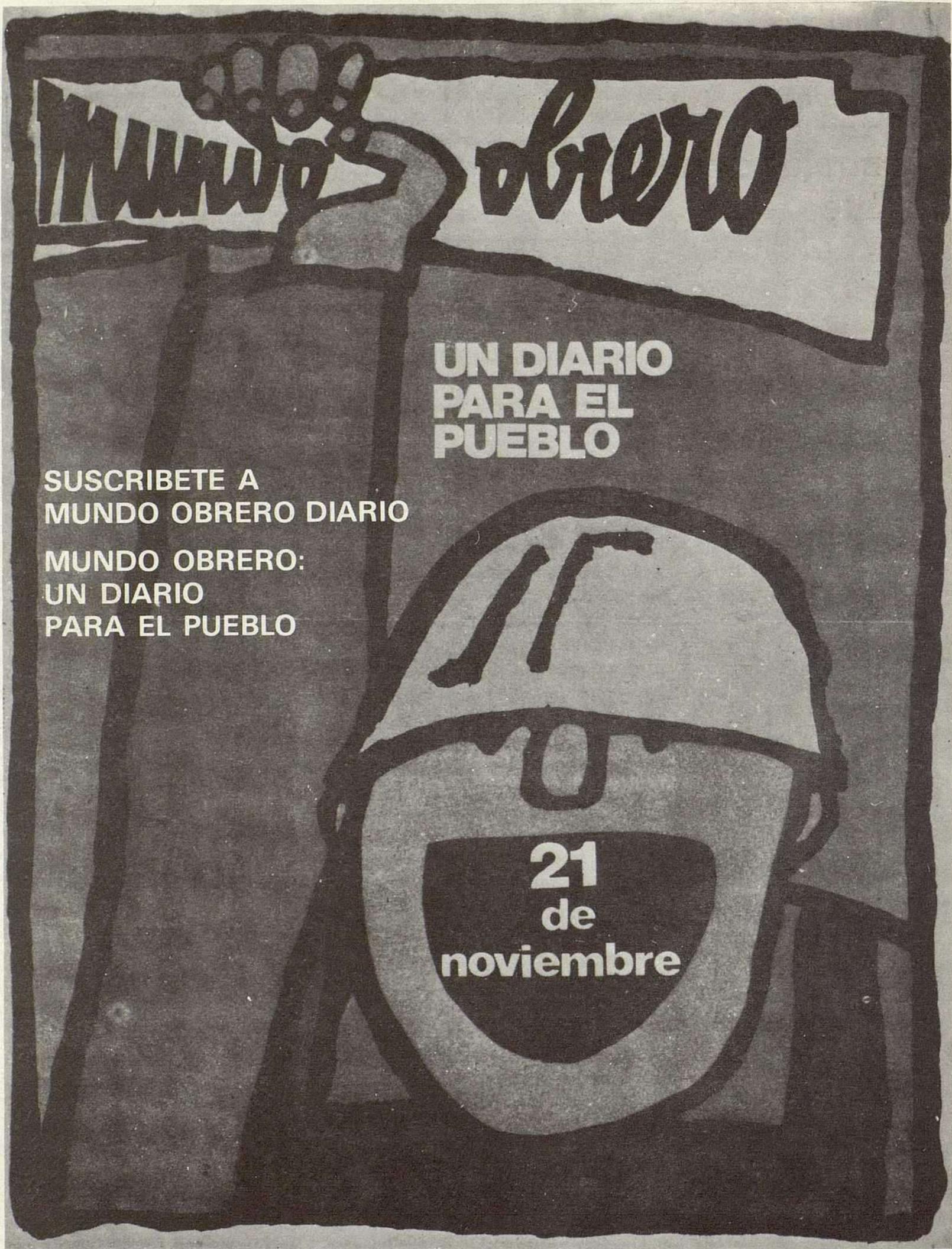


### HACIA EL SOCIALISMO. REVISTA BIMESTRAL, N.º 0

Ha aparecido el número 0 de «Hacia el socialismo», revista teórica del Partido del Trabajo de España». Pese a ser cauce de expresión de un partido político, en el editorial de este número cero se dice textualmente: «Hacia el socialismo ha de ser el órgano de esa corriente socialista y progresista, en la medida en que aquí —y desde ahora— siempre tendrá abierta sus páginas para los trabajos de quienes, de acuerdo o en desacuerdo con nuestras opiniones, pretendan ensanchar el campo del debate, de la crítica y autocrítica, de la profundización del pensamiento y la actividad de cuantos no alineamos por el Socialismo».

Damos la bienvenida a esta nueva revista bimestral, deseando que pueda convertir en realidad sus objetivos. El precio del número suelto es de 125 pesetas, y la suscripción anual (seis números) de 600 pesetas.





SUSCRIBETE A  
MUNDO OBRERO DIARIO

MUNDO OBRERO:  
UN DIARIO  
PARA EL PUEBLO

UN DIARIO  
PARA EL  
PUEBLO

21  
de  
noviembre

### Tarifa

	3 meses	6 meses	1 año
España (Correo ordinario)	1.487,—	2.974,—	5.948,—
Canarias, Baleares y resto de España (correo aéreo)	1.612,—	3.224,—	6.448,—
Europa (correo aéreo)	2.889,—	5.778,—	12.556,—

Al resto de los países se establecerá de acuerdo con las tarifas de correos.

La tarifa de suscripción incluye el envío gratuito de las publicaciones no periódicas de la serie "informe Mundo Obrero".

Los suscriptores que formalicen su alta antes del 30 de noviembre recibirán un libro —o libros— de la colección Ebro por un importe de 200 ptas.